



Eduardo
Belgrano Rawson
Setembrada



Lectulandia

Cada mañana, un globo cautivo levanta vuelo a través del manto neblinoso para observar la mayor guerra librada en América.

«Desde quinientos metros de altura, la guerra era muy llevadera. Podías pasarte la guerra arriba. Yo sólo quería volver para encontrarme con esa chica. Hasta que cierta mañana aciaga nos quedamos sin el globo. En unos pocos minutos, nuestra suerte entró en picada. La vida cambió en un suspiro por culpa de un nudo mal hecho».

Una patrulla debe internarse en la selva para volar la fortaleza enemiga. Sus cuatro integrantes conforman una extraña hermandad. Bebeto añora su guitarra perdida; el Chino y su novia, Silvaninha, sueñan con abrir una cantina detrás de las trincheras; Universo, que fue maestro y ahora es desertor, busca sin descanso a sus pequeños alumnos, finalmente convertidos en máquinas de matar.

Un relato cautivador sobre la amistad y la guerra. Una historia de amor conmovedora, que atrapa al lector y confirma el estilo único de un escritor insoslayable.

Lectulandia

Eduardo Belgrano Rawson

Setembrada

ePub r1.1

Achab1951 16.07.13

Título original: *Setembrada*
Eduardo Belgrano Rawson, 2001

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Correcto. Yo no quería soltarla. Uno se pasa la vida soñando con una chica como ésa y de pronto la tiene en sus manos. Era tan linda que me saltaron las lágrimas. Olvidé los heridos y todo, mientras ella me cubría de besos. Estaba muerta de miedo. Las chicas muertas de miedo se ponen mucho más lindas. Yo no tuve el valor de besarla, pero aproveché para acariciarle la espalda, aunque la idea era tocarle el culo. Entonces ella se recompuso, se tiró para atrás y me sonrió avergonzada.

Así fue como conocí a Silvaninha, mi mulatinha de Mangabeira, que hasta la fecha, cuando la recuerdo gritándome desde abajo si ya podía poner el arroz, mientras llegaba el fin de la niebla, me hace temblar de contento. En esos días yo andaba al filo de enamorarme y sólo cruzaba los dedos para que no llegara un niño, pues el diablo siempre mete la cola y no estábamos para eso.

I

Rua Bananeira

Así que pasamos diez meses a bordo del Setembrada, mirando desde lo alto aquella guerra de locos. Cada mañana, cuando Mamulengo daba la orden de soltar las amarras, mi compadre se santiguaba y empezábamos a subir. Mi compadre era Paulino Monteiro, más conocido como Bebeto, cabo primero del batallón de macacos. Luego de dos o tres cabezazos, el Setembrada cobraba altura con la mayor placidez. Bebeto cerraba los ojos y se largaba a rezar.

Lo peor era el colchón neblinoso, una capa delgada y espesa que flotaba pegada al suelo. A veces duraba días enteros. Nosotros íbamos a pleno sol, pero el mundo estaba perdido. Sólo permanecían visibles los mangrullos de los centinelas, que apenas emergían del manto. Eran las torres de observación de la Alianza. En lo alto de cada uno se divisaba un centinela con el capote lleno de escarcha. El enemigo tenía sus propios mangrullos, pero se alzaban mucho más lejos, casi perdidos en la distancia. En cuanto trasponíamos el colchón neblinoso podíamos distinguir sus figuras en la mañana radiante.

El Setembrada llegaba a destino en sólo nueve minutos. Sentíamos un suave tirón de los cables y quedábamos detenidos. Entonces llegaba a su fin la exaltación del despegue. Era lo malo de estar ahí arriba, desconectados del mundo. Perdíamos todas las referencias. En esos días de bruma no soplaba una pizca de viento. Apenas podía escucharse el crujido de la barquilla o el silbido del globo perdiendo aire. Cada tanto llegaban señales que servían para orientarnos. Por ejemplo, algún jaguar solitario que refunfuñaba en dirección al Gran Chaco. O una clueca escandalizando en los gallineros del Mariscal. Los alaridos de un tipo mientras le serruchaban la pierna. El ruido de una cadena cuando la escuadra fondeaba en el río.

En el teatro de operaciones había una tierra de nadie. Era una franja boscosa entre los topos y los aliados, que veníamos a ser nosotros. En aquella región incierta había una especie de chacra; en la chacra vivía una vieja y era entretenido mirarla. Aun en los días cubiertos uno podía aguzar el oído y deducir en qué andaba. Sabíamos si estaba plantando mandioca o dándole a los zapallos. Sentíamos el ruido del hacha y el refregón de la ropa en la tabla jabonosa. Ni el cañoneo más crudo conseguía distraerla. Un día bien despejado pasamos sobre su casa y atiné a saludar con el brazo. Ella me contestó muerta de gusto, sin soltar un segundo las tetas de su lechera.

Su chacra estaba en un claro, cercada por las palmeras. De la guerra, seguro que nunca vio nada. Vivía en el corazón del infierno, pero estaba tan ciega como nosotros en esos días extraños, cuando se depositaba la niebla sobre el campo de batalla.

El Setembrada era un globo cautivo. Unos cuantos cables tirantes lo vinculaban con tierra. Se perdían de vista allá abajo, al sumergirse en la capa lechosa. Estos cables, de alguna forma, terminaban en los arneses de los treinta percherones. Les decíamos percherones a los tipos del remolque. La eminencia gris de la brigada del aire era el suboficial Madureira, Mamulengo para nosotros.

La brigada estaba en servicio desde comienzos de primavera. El vuelo del Setembrada era una de las pocas operaciones de los aliados revestidas de cierto recato, sin redobles de tambores ni continuos clarinetazos. Los percherones trotaban por dentro de las trincheras, arrastrando al Setembrada. Si lo pedíamos por el telégrafo, el avance se detenía. Pero en aquellas mañanas sucias, mientras persistía la niebla, el Setembrada podía quedar inmóvil durante horas enteras. La única ventaja era que entonces nadie nos tiroteaba. De lo contrario, en cuanto surgíamos en el cielo, los topos enseñaban los dientes y disparaban con saña. Era un total despilfarro, pues estábamos fuera de alcance. Como no podían permitirse esos lujos, con el tiempo fueron mermando los tiros, aunque siempre retumbaba algún fusilazo. Para un tirador ocioso, no hay nada más insultante que un globo colgado en el cielo.

Pero durante la niebla se podía sentir hasta el bostezo de los soldados. Por lo general llegaban las voces del campamento macaco. Era el mote que aplicaban los topos al personal brasileiro. Una vez oímos la charla de dos centinelas bahianos. Terminaba de salir el sol. Abajo, contra el mantón neblinoso, se distinguía la sombra del globo. La noche anterior había llovido. Supusimos que los tipos estarían con el barro hasta las pelotas, rezongando a toda máquina por cuestiones de la guerra. Se quejaban de la cantina. Por lo que sacamos en limpio, les habían cortado el crédito. No pudimos menos que comprenderlos, pues terminaba de sucedernos lo mismo. Todo se estaba poniendo muy mal en las cantinas del frente, debido a la gente que se moría dejando un reguero de clavos. Ahora, hasta para comprar cigarrillos, los españoles de la cantina exigían un vale de Mamulengo certificado por el mayor. Pero éste ya no autorizaba vales a nadie. ¿Quién iba a convertirse en garante de clientes como nosotros? ¿Quién iba a fiarnos mercadería? ¿Quién iba a responder por sujetos que venían oliendo a muerto tan pronto trasponían la puerta y se acercaban al mostrador?

De cualquier modo avisamos por el telégrafo que aquellos tipos de abajo estaban demasiado pegados, pues eran los días en que informábamos todo. Pensé en la sorpresa de los cretinos cuando les cayera la policía del campamento. Se habrían tomado a pecho aquello de nunca perder contacto entre los centinelas de cada puesto. Era difícil pasarse la guardia solo. Tal vez al filo de la madrugada, cuando uno tiene

más frío y más miedo, ambos habrán empezado a acercarse con disimulo para compartir un cigarro. Es la hora en que los mosquitos se ponen muy tercos y sólo se escuchan los cachetazos de los centinelas a lo largo de toda la línea. Luego les habrá costado volver a sus pocitos de zorro. Aún así se mantenían alertas. Nosotros seguíamos allí arriba, a la espera de la patrulla, cuando uno de ellos gritó: «*Quem vem la?*».

Los bahianos se la pasaban gritando quién vive. Los topos deben haberlos oído a un millón de kilómetros, pues empezaron a contestarles de todo, meta matraca y cornetas. Ésta era la principal distracción de los topos, sobre todo cuando andaban jodidos de balas. Y siempre andaban jodidos. «*Quem vem la?*», aullaba un macaco en mitad de la noche y los topos rugían alborozados. Era precisamente lo que estaban esperando, que algún chico de los nuestros perdiera la compostura para replicarle desde las sombras: «¡Un negriño! ¡Un negriño!», supuestamente en el tono arrastrado de los macacos nortinos, mientras a los demás centinelas se les helaba la nuca al comprender que vivíamos con aquellos salvajes encima. Pero si uno quería gozar del verdadero show de los topos no tenía más que meterles un cohetazo después del anochecer. No se puede creer el escándalo que desataban entonces. Como tocaban por turno, un batallón a la vez, la serenata podía durar muchas horas. Eran pitadas, cacerolazos, mugidos, tambores o simplemente alaridos. Lo hacían con metódica ferocidad, un batallón detrás de otro. La cosa era que de este lado nadie cerrara los ojos.

Pero mientras duraba la niebla, todo quedaba en silencio. Yo anotaba la humedad y la altura, junto con la presión atmosférica. Luego limpiaba los vidrios del telescopio y ya no tenía nada que hacer. Beбето escribía su diario. No era muy apasionante. «*Noite muito quente, fuzilando ao Norte*». *Segunda feira*: «*Aguaceiro breve. Em pouco tempo o céu clareou*». Parecían las memorias de un meteorólogo.

Cada tanto nos dedicábamos a jugar con el telescopio. Raramente se conseguía ver algo a través del aire plumizo. La artillería permanecía inactiva para no delatarse con los fogonazos. El tiempo transcurría despacio. El mundo estaba desierto. Sólo había un poco de acción mientras duraba el despegue. Un día pasamos rozando un mangrullo. Era uno de los nuestros. Apenas sobresalía de la franja neblinosa. Era un mangrullo muy alto sin techo ni barandillas, de modo que el centinela parecía un santito de veras, de los que se ven en cualquier iglesia flotando sobre las nubes. El tipo se pegó el susto del siglo, cuando nos vio surgir a su lado. El también lucía rarísimo con su bigote goteando hielo y su morrión de zuavo bahiano. «Mierda», murmuró Beбето cruzando los dedos, pensando quién sabe qué, a lo mejor, que estábamos llegando al Cielo y que el zuavo de bigote aterido era el encargado de abrirnos.

Los topos vivían rogando por esas mañanas sucias, pues entonces podían dejar

sus cuevas y volcarse por el frente en busca de balas perdidas. Era la época del bloqueo y las municiones del mercado negro debían pagarse al contado, de modo que cada pieza recuperada tenía su recompensa. Una bala de Whitworth sin estallar valía cinco mandiocas. Por cada cohete Congreve les daban el doble. De prolongarse la guerra, los topes pronto deberían disparar sus cañones con cocos rellenos de vidrios.

Tan pronto llegaba la bruma, sus patrullas de basureros salían furtivamente a recobrar hasta el último proyectil. Por lo general eran mujeres y niños. De esta gente no se salvaba nada. Una vez desapareció un mangrullo completo. Los basureros dejaron al centinela en el suelo, abierto desde la panza hasta el cuello. Nadie oyó siquiera un chasquido. No sé qué pasaba en aquellos momentos, pero hasta el jaguar del Gran Chaco se mantenía callado. Los nuestros ni suspiraban para poder sorprenderlos, mientras los topes se deslizaban como lombrices por el suelo pantanoso. Con Beбето, en la barquilla, hablábamos en secreto. Nos parecía raro estar ahí al sol, mientras abajo pasaba todo eso. Hasta que algún metrallazo disolvía el sortilegio. Un alboroto entusiasta indicaba que un tirador de la Alianza había bajado algún topo. Luego el tiempo se despejaba y la vida seguía su curso.

Era un globo de tafetán barnizado con caucho amarillo. Verde con *amarelo*. ¿Qué otra cosa podía esperarse de una brigada macaca? A su paso ladraban los perros y dejaba un reguero de comentarios. De abajo te preguntaban cosas. A quinientos metros de altura, todo se oía perfecto. Un mediodía sentí a Silvaninha: «Chino... ¿pongo el arroz?». Yo me llamo Albertano Pereyra, pero me conocen por Chino. Beбето soltó la risa. Aún duraba la niebla y el Setembrada seguía pendido encima del campamento. Mamulengo nos quería ahí mismo para vigilar la otra orilla del río. Disponía de ciertas informaciones. Según un desertor de los topes, algo grande vendría de allá. Aunque Silvaninha seguía gritando, no pude contestar palabra. Mamulengo nos tiene prohibido charlar con la gente de abajo.

Al rato empezó a saltar el telégrafo. «Tu negra me tiene podrido. Dice que si pone el arroz. Mejor que vaya comiendo sola», me comunicó Mamulengo. A mí me vinieron ganas de comerme una *feijoada* con Silvaninha y tirarme un rato con ella y de paso darme un refrescón entre sus piernas ansiosas. Vi bostezar a Beбето. Tal vez nos quedamos dormidos. De pronto Beбето dio un salto. La brisa entre las orejas anunciaba el fin de la niebla. Empezó a barrer con el telescopio la cinta barrosa del río, hasta que a través de un súbito claro pudo enfocar a seis topes procedentes del Gran Chaco que venían cruzando una vaca. Pero no alcanzamos a dar la noticia. Acababan de atracar la balsa en la costa cuando llegaron dos cañoneras aliadas. Los topes ni siquiera alcanzaron a bajar la pobre vaca. Empezaron a correr por la orilla, ametrallados por los macacos. Cayeron cinco rápidamente, entre la polvareda que levantaban los proyectiles. El otro aún corrió media milla. La cañonera lo seguía por el agua, escupiendo una lluvia de balas. Los macacos jugaron un rato con él,

disparándole entre las patas. Yo vi su final por el telescopio, cuando una ráfaga le arrancó la garganta. La escena parecía tan próxima que me tiré para atrás, como si fuera a salpicarme la sangre. Cuando Bebeto logró sacarme del telescopio, todo había terminado. Pobre imbécil, al fin y al cabo. Está condenado a perderselo todo. Cualquiera día de estos volaremos el cuartel de los topes. El estallido lo agarrará, como siempre, con la vista fija en el río, observando los camalotes que lo tienen tan preocupado.

Bebeto estaba en el mundo para vigilar ese río. CUALQUIER COSA que le ocurriera a la escuadra iba a ser por su culpa. Mamulengo se lo recordaba cada mañana en cuanto subíamos a la barquilla. TODO lo que flotara aguas abajo era responsabilidad de Bebeto. Una LADILLA que pasara haciendo la plancha tenía que ser informada. Ni hablar de los camalotes. No BASTABA con avisar por telégrafo: Bebeto debía estimar el curso del camalote y calcular al milímetro su encuentro con los barcos, pocas millas más abajo. Pero antes de usar el telégrafo tenía que resolver si el camalote representaba un verdadero peligro para la flota. ÚNICAMENTE DE ÉL dependía que las cañoneras dejaran el fondeadero para ir a interceptarlo. «Pero no ande sembrando pánico al pedo». Le advertía Mamulengo. «Cuesta un huevo mover cada barco».

Bebeto tragaba saliva. ¿Quién podría vivir tranquilo después de semejante discurso?

Despegábamos unos metros y el pobre ya estaba prendido al telescopio Zeiss Ikon provisto por el ejército. No había poder en la tierra que lo hiciera olvidarse del río. Ni siquiera logró distraerlo el desfile del marqués de Boqueirao, que se organizó en el verano para impresionar a los topes. Fueron cincuenta mil hombres que marcharon durante más de tres horas sobre Lomas da Bananeira, cuestión que pudiera verlos hasta el último de los topes. Nosotros lo disfrutamos al máximo. Una cosa es decirlo y otra era estar en el Setembrada. Hasta los topes enmudecieron cuando los Hulanos de la Muerte, encabezados por el barón de quién sabe qué, abrieron la marcha a los sonos de María Cachucha, una marcha medio sambada que tocaban las charangas macacas en fechas muy especiales. Un alarido de júbilo brotó de los corazones aliados. Durante más de tres horas, todo fue para nosotros. Ese día estábamos todos: ni siquiera faltó mi viejo regimiento de Patas Blancas, que pasó dando gritos y vivas a las naciones, unidas. Las bandas de setenta batallones pusieron la música. Y bien: Bebeto se lo perdió. Estaba sudando la gota gorda, de espaldas al gran desfile mientras miraba sus camalotes. Pensaba que el enemigo sólo esperaba un día como ése para joderle la vida. No le hubiera sorprendido en absoluto que a la mitad del desfile toda la escuadra saltara en pedazos. Era evidente que su trabajo le destrozaba los nervios. Conociendo a Mamulengo, cualquiera podía entenderlo.

Pero vigilar esos camalotes era tiempo perdido. Lo supe desde mi primera subida,

durante los días en que aquel planterío a flote no desvelaba a nadie, pues sólo parecían ser lo que eran, inofensivos retazos de la floresta dejándose ir aguas abajo, tripulados por culebras y pajarracos o algún mono pendiente de las orillas mientras la corriente lo llevaba hacia el mar. Luego pude verificarlo cada vez que ascendimos, hasta que vino a ocurrir lo del *María da Gloria*.

«*Noite quente, vento Leste. Chuvas pela madrugada*», había puesto Bebeto en su diario. Eran las nueve de la mañana. Espléndida jornada de sol; buenos días a todo el mundo. Ni una gota de niebla en los campamentos aliados. A bordo del Setembrada iba el agente de United Weapons, la proveedora habitual de armamento. Bebeto estaba a sus anchas: míster Sampson de aquí, míster Sampson de allá. United Weapons era nuestro principal vendedor de equipos. Con la excusa de poner el globo a punto, Sampson llevaba dos meses junto a nosotros.

Los percherones de Mamulengo se calzaron el arnés en el pecho, cada uno enganchó su soga y empezaron a remolcarnos. Sobrevolamos la chacra de la mandioca y a la vieja se le alzó la lechera. Medio ejército estaba mirando, mientras la gente de Mamulengo nos arrastraba hacia el río.

Míster Sampson fue el primero en mostrar el camalote. Venía cruzado a la correntada, lustroso como una mañana de abril. «Debe estar lleno de víboras», alcanzó a murmurar Bebeto. Una corazonada, diría después todo el mundo. Sampson miró por el telescopio. Yo miré por el telescopio. Bebeto miró por el telescopio. Nos cansamos del camalote y apuntamos el objetivo hacia el cuartel general de los topos.

Era la hora del copetín. En la galería del Mariscal ya había un soldado acomodando los sillones de caña. Cada mañana, alrededor de las once, el Mariscal llegaba para el vermu con todos sus invitados. Entre tanto, un oficial se subía al techo con un catalejo y dirigía el cañoneo del mediodía. Este era uno de los mayores placeres del Mariscal. La operación era cumplida por El Panzudo, el principal cañón de los topos. Todo estaba dispuesto para brindar un buen espectáculo. El oficial del techo bajaba un brazo, la dotación de El Panzudo hacía la venia y el jefe de la batería levantaba una señal con una letra en el medio, por ejemplo, la letra M. Esto significaba que el primer cañonazo sería para el Marqués, cuya casa con jardincito se apreciaba desde lo alto. Los brasileros hervían de vizcondes y de marqueses que tenían su barrio exclusivo. Estos eran los preferidos del Mariscal para darles con El Panzudo.

Pero la mañana del camalote no se veía ningún invitado en la casa del Mariscal. Sólo estaba el soldado descalzo plumereando los muebles de caña. Dejamos el telescopio un momento y nos pusimos a armar un cigarro. Sampson sacó su petaca para mandarse un trago de algo. ¿Qué más podría decirse? Todo parecía normal. A nadie le sorprendió el silencio de El Panzudo. Tampoco nos inquietaron los movimientos de un pelotón enemigo, más allá del palmeral. A nadie se le ocurrió que

fuera una maniobra distraccionista. De cualquier modo, transmitimos la novedad: «Enemigo en el palmeral». ¿Media hora nos habrá llevado todo eso?

Cuando miramos de nuevo hacia el río, el camalote tomaba la curva recostado contra la costa. Chacoteamos un rato con Sampson, que vivía boleado con las palabras y jamás le acertaba al género y pocas veces al número. «¿Mañana vamos a subir de nuevo las tres?», quería saber el gringo. «Si, míster Sampson. Nosotras vamos a subir encantadas», le contestamos a dúo. «Ella va a traer emparedados», dije yo señalando a Beбето. Éste pensaba que ya era hora de enseñarle algo nuevo a Johnny Sampson, así que arrancó una hoja de su cuaderno y escribió la siguiente frase: «*Te dou um beijinho de língua, depois arreberto seu cuzinho*. Que significaba, según me tradujo más tarde: »Voy a darte un besito de lengua y después voy a romperte el culito". Pero él sólo explicó a míster Sampson que se trataba de un típico saludo bahiano. Pretendía que Sampson lo aprendiera de memoria y se lo dijera al Marqués. Sampson sonreía con desconfianza, pero igual empezó a repetirlo. Sólo era una broma, como explicamos después.

Estábamos entretenidos en eso cuando el *María da Gloria* voló en pedazos.

Hagamos de cuenta esto. Supongamos que la corte marcial hubiera resuelto nomás condenarme a muerte. Pongamos que, como última chance, con el pelotón de fusilamiento frente a mis ojos, hubieran resuelto decirme: «Sólo queremos saber la verdad. ¿Acaso no sospecharon que aquel camalote podía esconder cuatro topos con dos torpedos en yunta? Dígalo de una vez y olvidamos el asunto». Yo, con todo el dolor del alma, por simple lealtad a Beбето, hubiera tenido que contestar: «No, señor. Nadie podía maliciar semejante cosa».

Pero no hubo Consejo de Guerra ni nada, aunque el peso de la culpa recayó sobre Beбето. ¿A quién otro, si no, le tocaba cuidar la escuadra? ¿No era el único macaco a bordo del *Setembrada*? ¿No era yo un vulgar Pata Blanca, como se encargaban de refregarme? ¿Acaso Beбето no era el cabo Paulino Monteiro, miembro dilecto de la célebre Brigada Aerostática mandoneada por el suboficial Madureira, Mamulengo para nosotros? ¿Acaso no era su propia escuadra de acorazados? ¿No era la quinta flota del mundo, según se llenaban la boca? ¿No iba yo como simple soldado raso, extranjero para colmo, lo cual significaba poco más que un eructo a bordo del *Setembrada*?

Pero hasta entonces, hay que decirlo, nadie había mostrado la menor preocupación por aquellos camalotes. Sólo Mamulengo y Beбето, que vivían obsesionados. Pero ahora resultaba que medio mundo se la había visto venir. Todos habían tenido la misma corazonada. El silencio de El Panzudo encerraba algo raro. Ahora decían que aquel pelotón de topos vagando entre las palmeras era una maniobra extraña que nada bueno anunciaba. La verdad era que nadie había tenido la

más mínima sospecha. La historia de siempre, supongo. Sólo después que truena, la gente se acuerda de Santa Bárbara.

Seis horas corridas duró la celebración de los topos. Estos degenerados inmundos la tenían preparada. Cuando el último retumbo de la explosión se disipó en el Gran Chaco, estalló la batahola. Pero no fue el típico cacerolazo que organizaban los topos cada vez que nuestros Withworth se tomaban algún respiro. Fue algo verdaderamente distinto, que ninguno de los que estuvimos ahí podrá olvidar mientras viva. Empezó como un redoble de cien berimbaos, a los que pronto se unieron cien tamborines, sin melodía ni nada. Una oleada de maracas recorrió todo el frente como una manga de piedra. Luego mil cavaquinhos rasgaron el aire, seguidos por los marimbas y las gunzugas. Pronto perdimos la cuenta de los instrumentos en danza. Para Beбето, que conocía algo de música, esto fue sólo el Primer Movimiento. Después una banda tras otra empezaron a tocar La Palomita. Y Dios sabe el arsenal de orquestas y bandas que tenían los desgraciados. Nos hacíamos a los topos bailando como poseídos, desde el jefe del Estado Mayor hasta la última soldadera. Pronto se puso el sol. Nosotros, olvidados de Dios, continuábamos ahí arriba. Pedimos órdenes por el telégrafo. Nadie se dignó contestarnos.

A Beбето se le caían las lágrimas. Cuatro zaparrastrosos disfrazados de camalote, a caballo de dos torpedos, habían volado en su cara el acorazado más grande del mundo.

Para contribuir al concierto, una cañonera del Imperio no tuvo mejor ocurrencia que lanzarse río arriba a descargar su rabieta contra las orillas desiertas. Daba vergüenza ajena, pero ya se sabe que a estas guerras viene cualquier pelotudo. Cuando cesó la metralla, Sampson prendió un cigarro. Puso sus brazos peludos sobre nosotros y nos aplastó brutalmente contra su cuerpo y acercó nuestras orejas lo más que pudo a sus labios, mientras los dedos de su cigarro apuntaban al Gran Nidal, o sea la capital de los topos.

—¿Saben cuándo van llegar ustedes allá?

Apeataba a sudor y a cigarro. ¿Qué podíamos decir nosotros? Pero cuando Sampson quería redondear una idea, no había modo de resistirse.

—¿Saben cuándo? —repitió.

Nos mantuvo bajo sus garras hasta que sacudí la cabeza.

—En la puta vida —reveló entonces.

Lo dijo suave y melancólicamente, en un castellano terso.

Y a continuación expresó:

—*Te dou um beijinho de lingua, depois arrebeno seu cuzinho.*

Que venía a significar, según tengo entendido: «Voy a darte un besito de lengua y después voy a romperte el culito».

—¿Está bien dicho? —le preguntó a Beбето.

—Perfecto —musitó éste.

—¿Tal vez demasiado nasal?

—No, señor —dijo Bebeto.

—Dígame la verdad. Prefiero la verdad, aunque duela.

—Ni yo lo pronunciaría mejor —suspiró Bebeto.

Ya no le decía Joaozinho ni Johnny. Ahora miraba con miedo a ese norteamericano afable con cara de San Bernardo.

La perversidad de los topos parecía inagotable. Ninguna de sus acciones era casual. Eso fue más que evidente con la voladura del barco. Aún se olía la pólvora cuando los topos ya estaban ejecutando el concierto. Así quedó definitivamente aclarado el misterio de los carretones remitidos al coronel. Me refiero a los instrumentos de música procedentes de Sao Paulo. Venían en diez carretones que desaparecieron por arte de magia. Esto había sucedido unos cuantos días antes de la voladura del barco. Los topos interceptaron la carga muy cerca del campamento. Fue algo muy sospechoso. Habían tenido otra docena de carros para elegir, desde remedios hasta porotos, pero sólo se llevaron los cajones de instrumentos. Mamulengo pasó varias noches en vela procurando descifrar el misterio. Se lo tomó tan a pecho como si los topos se hubieran robado un Whitworth o un acorazado completo. Encima fue el encargado de darle la mala noticia al coronel Vitoriano.

Este no podía con su alma. Los instrumentos venían consignados a él. Como le dijo a sus ayudantes, no hay comedido que salga bien. ¿Qué buscaba, al fin y al cabo, con aquellos instrumentos? Un poco de alegría en el frente, algo de esparcimiento para soportar mejor la desgracia. Por eso había diseñado al milímetro su polémico plan de febrero. Para darle cierta credibilidad burocrática, le puso Operativo Marimba. Se trataba, en pocas palabras, de organizar una *escola de samba* para los próximos carnavales. El mismo había hecho la nota solicitando los instrumentos a Rio; él mismo había pasado semanas enteras diseñando los trajes y soñando con su espectáculo. Entre los elementos solicitados no faltaban las caretas y las pelucas ni los disfraces de filibusteros o los trajes de hada madrina. Consiguió que los zapadores abrieran una hermosa avenida sobre Lomas da Bananeira, plantando dos mil tacuaras de cada lado para poner las antorchas. Hasta que un día avisaron del Ministerio que la remesa venía en camino, esa que nunca llegó a nuestras manos, como le informó Mamulengo. Una docena de topos en sus caballos anémicos habían tomado los carretones y se habían llevado hasta el último cavaquinho.

«Esto no ha sido casualidad», resoplaba Mamulengo. Un par de semanas después, cuando el *María da Gloria* voló por el aire, fue preciso reconocer que había dado en el clavo. Nadie quitaba la vista del coronel mientras los tamborines iniciaban el espectáculo. Tamborines, cavaquinhos y berimbaos, por no mencionar los bombos ni las guitarras caipiras. Cada redoble era una bofetada en la cara del coronel. Qué digo

del coronel: hasta del último lavaplatos de nuestra fuerza de operaciones, el poderoso ejército congregado por las naciones unidas de Sudamérica.

No hay ninguna gloria en negar la derrota. Cuando estás irremediabilmente perdido, sólo te queda tirar la toalla. Palabra más, palabra menos, tal era la opinión de Mamulengo. ¿Y qué pretendía insinuar con eso? Jugar limpio, hermano querido: reconocer el triunfo del otro. Se refería a los topos, naturalmente. Ésa es la ley de la guerra. De lo contrario, decía, no estamos frente a un ejército sino a una banda de pistoleros sin una pizca de honor. Como su compañero de banco en la escuela, que siempre pateaba el tablero y se negaba a rendirse aunque lo tuvieran de espaldas y con una rodilla en el pecho. Y un inmenso y humillante gargajo a punto de caerle sobre la cara. ¿Qué se podía hacer en tal caso? ¿Qué se debía hacer después de diez veces? ¿Aplastarle la cabeza con un ladrillo? Pues bien: eso había hecho Mamulengo en la prehistoria con cierto amigo de su niñez. Lo había matado en mitad del recreo por no rendirse honorablemente. «Fue un momento de locura», solía contar Mamulengo mientras soltaba una lágrima. «Era mi compañero de banco».

Ni por un segundo nos tragamos el cuento. Era una fanfarroneada de Mamulengo, una charla de sobremesa que mantuvimos al pie del globo mientras declinaba la tarde. Estábamos recostados junto al gran carro que transportaba la máquina de vapor. Ahí dormía Beбето todas las noches. Desde el fuerte Tarumba venía el furor de la fiesta. Los topos llevaban una semana con el concierto. Eso desquiciaba a Mamulengo; tal vez a todos nosotros. Era como verlos resucitar. Perdían quinientos tipos durante el día y al caer la tarde ya estaban en pleno festejo. Al cabo de cierto tiempo nadie sabía realmente quién estaba ganando la guerra.

Para nosotros, frente a cada recital de los topos, el asunto era pasar la noche, llegar como fuera a ese momento sublime que precedía al amanecer, cuando el ruido cesaba de golpe y casi podía sentirse el suspiro que brotaba de nuestras líneas. Los que aún no habíamos aprendido a dormir bajo cualquier circunstancia aflojábamos nuestra ira, le decíamos adiós al cuerpo y nos dejábamos ir río abajo, en algún paquebote soñado que nos dejaría de vuelta en casa.

Pero el día estallaba muy pronto. Mamulengo daba unas patadas al carro y le gritaba «bicho-papão» Beбето, que viene a ser algo así como una especie de bestia que se devora a los niños. Beбето emergía como una crisálida de su bolsa de dormir, mientras yo pensaba que aquella hora de gracia era peor que seguir despierto.

Surgíamos entre las ruedas del carro a engullir nuestra *farinha*, acompañados por la respiración de la máquina que reponía el aire perdido. Esperábamos a Johnny Sampson, ansiosos por iniciar el despegue. Desde arriba todo sería distinto. Volveríamos a distinguir las señales de nuestra indiscutible victoria. Por ejemplo, los vapores malolientes del Estero Carapá, donde se pudrían veinte mil de sus muertos.

También aquel francotirador del guayabo, atascado entre las horquetas del árbol con un balazo en forma de estrella que lucía en el entrecejo. Era un tirador de los topos que yacía en ese lugar desde el albor de la guerra. Por ahí pasaba entonces la antigua línea del frente. Por orden del coronel, no se podía tocarlo. Su cuerpo resecaado al sol era más bien una marca, la más cruda evidencia de nuestro avance. Los estábamos empujando en el sentido correcto, o sea aguas arriba, rumbo a su famosa guarida. Por eso los topos se lo querían llevar y nosotros no los dejábamos.

Cuando escuché esta teoría de Mamulengo me pareció descubrir cierta mueca en el rostro de Universo Morales, el más reciente desertor de los topos, que ahora cebaba mate para nosotros. Tenía varias semanas en nuestras filas, al parecer muy contento. Yo mismo lo había recibido la tarde en que llegó al campamento. «Hay un topo al lado del carro», había dicho alguien como al descuido. Universo llevaba una hora sin que nadie se dignara atenderlo. «¿Qué hacemos con ese tipo?», insistió Beбето después. «Que espere», gruñó Mamulengo, que ni la muerte quería facilitarles. Era normal que, cada tanto, se presentara algún topo en las filas de la Alianza, para ingresar de inmediato en la maldita legión de desertores y prisioneros. A nadie odiaban tanto los topos como a esos individuos. Más de una vez se infiltraban en nuestras líneas con el exclusivo propósito de liquidar a unos cuantos.

Al final salimos a verlo. El topo permanecía bajo la lluvia, aferrado a las riendas de su afligido caballo, pura pena y esqueleto. Pero Universo lucía peor que el matungo. Tenía unas espuelas sujetas con tiras de cuero crudo sobre sus talones desnudos, medio pantalón hasta las rodillas y un poncho atado en la panza. Ésa era toda su ropa. Había clavado a sus pies el fusil con la bayoneta. Como los topos no tenían ni para la vaina siempre andaban a bayoneta calada. Así renunciaban de plano al principal efecto del arma: el horror que produce en la gente el restallar de las *chuchas* al encajarse en las armas. Es un ruido capaz de paralizar a la muchedumbre más revoltosa.

El estado de aquella hoja herrumbrosa era realmente asqueroso. Universo pareció desolado cuando se lo hice notar. Estaba tan consumido como los cadáveres de los topos que debíamos cremar cada tanto. Era el peor de los trabajos posibles, pues estos tipos morían sólo costillas y nervios, tan flacos que se momificaban de un viaje y requerían tres veces más leña que cualquiera de los nuestros. Quién sabe para qué los quemábamos, pues ni siquiera alcanzaban a echarse a perder un poco. Ahora Universo miraba su bayoneta. Ofreció pulirla en la tierra. No supe qué contestarle. Lo hice arrodillar en el suelo, a la espera de Mamulengo. Por si acaso le puse la pata en el cuello.

Nos había caído en el campamento como un regalo del cielo. Con Beбето llevábamos varias semanas planeando cazar un topo para nuestro servicio exclusivo. Lo queríamos de baqueano a bordo del Setembrada. A esa altura de nuestras

misiones, la eficacia del cuerpo aéreo estaba muy cuestionada. ¿De qué vale tener todo a la vista si nadie puede explicarlo? La impaciencia de Mamulengo crecía. Estaba cansado de hacer cañonear campamentos de utilería armados en una noche, mientras que jamás disparábamos sobre pantanos supuestamente desiertos que en realidad escondían a regimientos enteros. Ya nos veíamos trabajando de nuevo en nuestros viejos destinos, yo en la Mesa de Arena y Beбето en el hospital.

La mala suerte de Mamulengo parecía llevarnos a eso. Encima fue reflatada la idea de las misiones nocturnas. Era un antiguo plan de trabajo, cuando se temía aún que los topos derribaran el globo a balazos. De modo que, por un tiempo, sólo volamos de noche. Despegábamos en las tinieblas y bajábamos con el alba. El frío nocturno, según Mamulengo, mantenía bien la presión y permitiría vuelos más largos, cuando en realidad sucedía justamente lo contrario. De todos modos, a pesar de la luna, no sacábamos mucho en limpio. Pronto pasamos a cuarto menguante. Lo único destacable eran las bellas fosforescencias que inundaban la noche bajo la espesura del Monte Negro. «¿Qué fue eso?», preguntó Sampson un día. «La Luz Trémula», dijo Beбето. «¿Y eso qué mierda es?». «Son las almas de los muertos», dijo Beбето. Cuando se lo contamos, Universo meneó la cabeza. Por supuesto, no estaba de acuerdo. Por fin halló una manera elegante de corregirlo a Beбето: «Bueno, nosotros también decimos así cuando se mueve la luz de la vela sin que haya corrientes de aire. Es un alma que va pasando».

Sólo reanudamos los vuelos normales cuando se le antojó a Mamulengo. De modo que ese día despegamos a la hora de siempre, con la salida del sol. Fue como para tirarse del globo. No habíamos alcanzado los treinta metros de altura cuando surgió a nuestra vista una flamante trinchera de cinco kilómetros, con murallones y todo, tan fortificada y profunda que un regimiento entero hubiera podido pasarse adentro la vida sin que les vieran el pelo. La habían hecho a escondidas, aprovechando nuestras misiones de medianoche. Mamulengo tuvo un ataque de nervios. «Primero los camalotes y ahora esto», clamó agarrándose la cabeza. Para Beбето era vital hacer algo. «Necesitamos un topo a bordo», me dijo. Quedamos en robarnos un centinela, pero no hallábamos cómo. Todavía lo discutíamos cuando apareció Universo en el campamento. Ahora era como de la familia, pero no terminaban de autorizarnos a llevarlo con nosotros. Con los topos desertores nadie andaba tranquilo.

—El señor Mamulengo me desconfía —hizo saber Universo—. No quiere saber nada conmigo.

—Tiene razón —dijo Beбето—. Si todos sabemos que sos espía.

—No diga eso, señor Beбето...

Era raro oírlo al pendejo tratándonos de Padre o Señor a nosotros, que entre los dos no juntábamos siquiera cincuenta años.

Estábamos en compañía de Sampson mateando a la sombra del globo. Serían las siete de la mañana. Ya teníamos media hora de atraso. Al parecer, había ciertos problemas con los percherones. A media cuadra de ahí, Mamulengo andaba a los gritos. Llevaba un rato bailando a sus hombres. Era un día perfecto para quedarse debajo del Setembrada, de modo que aprovechamos al máximo. Bebeto se la agarró con Universo.

—Así que los caballeros se pasaban el día cavando.

—Usted lo ha dicho, señor Bebeto —dijo Universo.

—Y nosotros volando de noche como boludos.

—De noche también cavábamos, señor Bebeto.

—Qué tal.

—Teníamos faroles, señor Bebeto.

—Y los tapaban con cueros.

—Sí, señor Bebeto. Yo corría de aquí para allá porque el viento los destapaba.

—¡La Luz Trémula! —exclamó Sampson con alegría, recordando la teoría de Bebeto.

—¿Y ustedes nos veían a nosotros?

—Nomás en las noches de luna, señor Bebeto —explicó Universo con cierto remordimiento.

—¡La Luz Trémula! —repitió Johnny Sampson.

Bebeto lo miró con odio, mientras Universo daba una chupada profunda al mate vacío.

—¿Por qué no me dejan ir en el globo? —preguntó éste—. De arriba yo podría ver muchas cosas.

—Seguro. Y vas corriendo a contárselo a tus compinches.

—¿Por qué insiste con eso, señor Bebeto?

—Mamulengo te la tiene jurada. Sólo quiere agarrarte con las manos en la masa. Universo meneó la cabeza. Ya no encontraba palabras.

—¿Por qué desertaste, Universo? —le pregunté...

—Porque ustedes van a matarnos a todos.

Lo dijo tan débilmente que Sampson no pudo entenderle.

—La verdad, no parecen muy derrotados —reflexioné.

—Mi gente cree que vamos ganando.

—Gracias a Dios que avisaste —dijo Bebeto—. Míster Sampson, dígaselo al coronel así empezamos la retirada.

El norteamericano escuchaba con atención. Por fin se decidió a preguntar:

—Señor Universo: ¿Por qué supone su gente que van ganando la guerra?

—Les dicen cosas, míster Sampson. Ellos se creen todo.

—¿Qué clase de cosas, señor Universo?

—Que no importa morirse, y todo eso.

—¿A usted le gustaría morirse?

—No, señor. Yo prefiero quedarme vivo, por más promesas que me hagan.

—¿Cuáles promesas?

—Que si uno llega a morirse, resucitará en Asunción.

(Era el nombre que le daban los topos al Gran Nidal).

—¿Y a usted qué le parece?

—Que no vamos a resucitar en ninguna parte.

—¿De qué trabajaba usted, Universo? —le pregunté—. Antes de la guerra, digo.

—De maestro, señor Chino. Mi escuelita quedaba en el Chirigüelo.

Aunque yo sabía todo sobre su escuela, igual me gustaba tirarle la lengua. Pero Beбето intervino:

—¿Y aquí, en el frente?

—Trabajaba un poco en el diario.

—¿Cuál diario? —preguntó Sampson, más interesado que nunca.

—Esa mierda que sacan ellos —dijo Beбето.

—Tenemos dos diarios, señor. *El Cabichuí* y *Cacique Lambaré*.

—¿Te das cuenta? —dijo Beбето—. Todo el año se cagan de hambre, pero no se privan del diario.

—¿Usted tiene familia, Universo?

—Ahora no —admitió.

Mamulengo seguía bailando a los percherones. La cosa pintaba para largo. Había tiempo de sobra para comerse un chipá. Beбето tomó por su cuenta la preparación de la masa. Le puso bastante queso y unas tazas de gordura. Luego la espolvoreó con cilantro. El almidón de mandioca estiraba perfectamente bajo sus manos. Al notar nuestra mirada, empezó a darle la forma de una artística verga con sus correspondientes testículos. Luego grabó una dedicatoria a lo largo: «A Universo, de su esposa que lo idolatra». Le pasó el chipá a Universo y éste sonrió cortésmente cuando iba camino al horno. Justo en eso vino la lluvia.

A Universo se le había perdido la escuela. De un día para otro, se la había tragado la guerra. Desde entonces no había hecho otra cosa que buscar aquellos chicos. Ahora pretendía seguir la búsqueda desde la barquilla del globo. Por eso andaba desesperado por ascender con nosotros. Beбето no se tragaba ese cuento. Siempre le pareció sospechosa la conducta de Universo. Había llegado aquí al cabo de muchas vueltas. Sólo se había entregado cuando estuvo seguro de hallarse en la Sexta Brigada Aérea, como si el Setembrada fuera lo único que le interesara en la vida. Ningún topo

andaba buscando esta o aquella unidad para hacer efectiva su deserción. Simplemente se entregaba y ya está. Universo se agarraba la cabeza. ¡Por supuesto que admitía todo eso! ¡Si él mismo se lo había contado a Bebeto! ¡Claro que nos había andado buscando! Conocía al Setembrada desde que volábamos sobre la zona del Chirigüelo. Nos había visto mil veces.

A mí me cansaba esta charla. De última, era una historia plausible. Lo imaginaba a Universo tornando lecciones en un rancho del palmeral, rodeados de niños descalzos que miraban absortos por la ventana. De pronto, contra el cielo de la mañana, se veía pasar nuestro globo. Me sabía de memoria esta parte del relato. De tanto oír a Universo, la escuela del Chirigüelo ya era para nosotros el sitio más conocido del mundo, por más que éste se la pasara añadiendo detalles, desesperado por convencernos de que era un simple maestro. Un día se le dio por nombrar a todos los chicos, de la forma en que suelen hacer los maestros, el apellido primero. Pero Bebeto era muy desconfiado y no quería otra cosa que hacerle pisar el palito. De cualquier forma Universo siguió llamando a los chicos por su apellido primero. Había dos, en particular, que nombraba todo el tiempo. Me refiero a Goyena Pancho y a Talavera Clarisa.

«No sé qué habrá sido de ellos», me dijo un día. «¿Sabe una cosa, padre? Yo daría el alma por encontrarlos». Sentí por primera vez que aquellos chicos eran de carne y hueso. Hasta entonces había creído que eran una invención de Universo.

Con Bebeto llevábamos cerca de un año en el frente. Primero habíamos estado juntos en el Estado Mayor, trabajando en la Mesa de Arena. Luego, como castigo por algo, él terminó de enfermero. De ahí lo rescató Mamulengo, para llevárselo al Setembrada. A Silvaninha la conocí por Bebeto: a eso quería llegar. Era su hermana mayor, aunque sólo le llevaba dos años. Por entonces, vivían juntos en un ranchito de la Trincheirinha, el pueblo surgido en el sector brasilero de los campamentos aliados. Lo mejor de aquella guerra era que podías caer al frente con cualquiera de tu familia. Conocí a más de un soldado que llegó con su mujer y los niños, por no mencionar a otro que se vino con la abuela. A su debido momento también pasé por el hospital, adonde llegué volando de fiebre. Consumido por la malaria, fui derecho a la guardia.

Estuve a la muerte tres días. Eso dirían después. Cuando abrí de vuelta los ojos, Bebeto me estaba mirando.

—Ya íbamos a enterrarte —anunció.

Había como cien camas. Era un hacinamiento asqueroso. Todo estaba impregnado de un olor a carne podrida. Cada tanto uno encontraba hasta dos pacientes por cama. Yo estaba solo, gracias a Dios. Pero el colchón era inmundo. Cuando pretendí levantarme, hubo una especie de chapoteo bajo mi espalda.

—Vas a tener que aguantarte mojado —dijo Bebeto—. No me queda una sola

sábana.

En ese momento surgió una silueta en la entrada.

—*Ot, doutor* —saludó Bebeto.

A contrapelo del sol mañanero, el pequeño facultativo parecía el Niño Dios.

—*Bom día, Brazil!* —saludó éste alegremente.

Era el teniente doctor Quintiliano Teodoro Da Fonseca Branco, del *Corpo de Sanidade* del 4.º de Infantería, alias *Língua Hedionda*, lo cual viene a ser Lengua Hedionda, a quien jamás lograría verle la cara por culpa del contraluz. Cada mañana a las nueve consumaba su visita desde ese mismo lugar. Bebeto le daba las novedades y Quintiliano prescribía su tratamiento sin trasponer el umbral, o sea purgante a las camas impares y enema para las demás. O viceversa. Pero aquella mañana Bebeto tenía un buen caso clínico, que expuso ante Quintiliano con aire afligido. Se trataba de un moreno con el triperío salido, que terminaba de ser rozado por un cohete Congreve. En definitiva, Bebeto no sabía qué hacer. Desde mi cama (quinta fila a partir de la entrada), la figura de Quintiliano crecía por efecto del resplandor.

Tras las palabras de su enfermero, *Língua Hedionda* reaccionó de inmediato. ¿Qué se pensaba Bebeto? ¿Acaso se imaginaba que estaba ahí de visita? Criticó la dejadez de Bebeto, tras lo cual cada uno se la tomó con el trabajo del otro. Bebeto no se dejó envolver. Estaba harto de sacar las castañas del fuego. Quería que *Língua Hedionda* se hiciera cargo. Este, según Bebeto, siempre estaba esquivando el bulto. Ahora debía ocuparse del negro. «Caso contrario renuncio», le hizo saber Bebeto. Al final Quintiliano, con evidente disgusto, dio unos pasos hacia el herido, agarró sus entrañas con la punta de los dedos y empezó a tirar para arriba. Cuando acabó el recorrido del brazo, dijo a Bebeto que las cortara de un tajo. Éste lo miró estupefacto y Quintiliano lo apuró con un gesto Bebeto suspiró derrotado.

—Deje nomás, doctor. Yo me arreglo.

Quintiliano asintió con una enorme sonrisa. Eso fue lo que supuse. Luego soltó el manojito de tripas desde lo alto. Estas cayeron en la panza del negro con la misma delicadeza que el bofe del perro cuando uno lo tira en el suelo de la cocina. Y a continuación se hizo humo.

(*Frasquinho de Veneno* era su otro apodo).

Los de las camas ni suspirábamos. Toda la siesta debimos aguantar a Bebeto, que entre puteada y puteada trataba de rellenar al negro, mientras nosotros lo contemplábamos en silencio.

—Ni siquiera sé si está vivo —mascullaba—. No sé por qué mierda me meto. Justamente yo, que ni los botones me coso. Ya lo vieron a *Frasquinho*. Ve un herido y sale alzado. Horror a contagiarse, eso es lo que tiene. Mírale la cara a éste. Debe estar muerto, seguro. Si no, estaría gritando. Fíjense si todavía respira. ¿Y esto qué mierda es? No me digan que es el apéndice... Tiene que ir por acá. No sé para qué necesitan

semejante triperío. Para hacerse los importantes. Como sesenta metros de tripas. No veo la hora de largar este trabajo... ¡Ajá! ¡El señor está abriendo los ojos! Quédate quieto, carajo. Retorcéte nomás, hijo de puta. ¡Por supuesto que debe dolerle! ¡Vengan a coserlo ustedes, ya que critican tanto! Resulta que ahora son todos médicos...

Esto lo dijo indignado, caminando hacia nosotros. De algunas camas le estaban haciendo demasiadas indicaciones, así que Bebeto les ofrecía la aguja con que cosía al moreno. Fue lo último que escuché antes de sucumbir a la fiebre. Cuando volví a despertarme estaba cayendo la noche y el campamento se venía abajo. Un cohete había caído en mitad de la cena sobre la soperas de los oficiales. El hospital era un caos. Estaba lleno de tipos despedazados y todo el mundo gritaba. Bebeto se había esfumado. Arrodillada junto a mi cama, una chica muy asustada parecía a punto de desmayarse. Supe por ella más tarde que se había refugiado allí porque yo era el único en toda la sala que no estaba cubierto de sangre ni vendado hasta las orejas.

La chica me había agarrado con alma y vida, pues acababa de ver al detalle cómo le serruchaban los muslos al internado más próximo. Ni siquiera alcancé a preguntarme qué hacía ella en ese lugar. «¡Soy la hermana de Bebeto!», gritó en algún momento. Parece que estaba esperándolo muy tranquila cuando retumbó el cohete contra una barraca cercana y enseguida comenzaron a desfilar los heridos. Ella se agarró de lo primero que pudo, que venía a ser casualmente mi mano. Eso había ocurrido en mi cama, mientras yo luchaba por despertarme.

No es que uno viniera del mejor de los mundos. Por culpa de la malaria, me había pasado tres horas soñando que estaba de guardia en mi viejo regimiento. En eso llegaba un topo, me sacaba el fusil de las manos y se iba lo más contento. Así empezaba mi sueño. Yo no me atrevía a ir detrás de aquel mastodonte con pinta de guaraní bondadoso. Estaba desnudo bajo el capote, tiritando hasta destrozarme los dientes, los tobillos sumergidos en un lago de sudor. Era como una obra de teatro representada a lo lejos, sólo que había un millón de mosquitos en el reparto. Entonces llegaba el doctor Quintiliano y procuraba introducirme en la boca dos cucharadas de quinina falsificada que acababa de sacar al fiado. Yo me negaba a despegar los labios para no tragar los mosquitos. El doctor forcejeaba conmigo al tiempo que resoplaba: «*Para os da direita, vomitorio: para os da esquerda, purgante*». Estábamos en ese trance cuando abrí penosamente los ojos. Sueño lúcido, llaman a eso. Uno sabe que está soñando.

Gracias a Dios que aún seguía en el hospital. Al verme por fin despierto, Silvaninha empezó a cubrirme de besos mientras lloraba como una loca, «¿Por qué hiciste eso?», le pregunté al poco tiempo, cuando ya estábamos medio de novios. «De puro alivio», me confesó. «Tenía miedo de estar agarrada a la mano de un finado y que no pudiera soltarme».

Correcto. Yo no quería soltarla. Uno se pasa la vida soñando con una chica como ésa y de pronto la tiene en sus manos. Era tan linda que me saltaron las lágrimas. Olvidé los heridos y todo, mientras ella me cubría de besos. Estaba muerta de miedo. Las chicas muertas de miedo se ponen mucho más lindas. Yo no tuve el valor de besarla, pero aproveché para acariciarle la espalda, aunque la idea era tocarle el culo. Entonces ella se recompuso, se tiró para atrás y me sonrió avergonzada.

Así fue como conocí a Silvaninha, mi *mulatinha* de Mangabeira, que hasta la fecha, cuando la recuerdo gritándome desde abajo si ya podía poner el arroz, mientras llegaba el fin de la niebla, me hace temblar por adentro. En esos días yo andaba al filo de enamorarme y sólo cruzaba los dedos para que no llegara un niño, pues el diablo siempre mete la cola y no estábamos para eso.

Una sola cosa más, que a lo mejor viene a cuento. Es algo referido a mi padre. Era un hombre solitario y lacónico. Le gustaban los refranes concisos: «Barco nuevo, capitán viejo», «Culo veo, culo quiero», aunque a veces sonaba más gótico: «Las mujeres sólo hablan cuando mean las gallinas». También refiriéndose a las mujeres, solía repetir algo que lo pintaba de cuerpo entero: «Todos los agujeros son iguales». Pero enseguida afirmaba que sólo una vez en la vida te toca una hembra en serio. Yo recordé aquella frase cuando conocí a Silvaninha. Me pareció que a mi viejo le hubiera gustado esa chica. Por eso ya no quería perderla. «La fiebre te tiene mal», dijo ella plantándome un beso. Yo aproveché para decirle un poema acerca de un tipo que remonta vuelo al cabo de una noche de lluvia, cuando el sol proyecta la sombra del globo sobre los campos arados. Era mi forma de hacerle saber que me sentía en el cielo. Es curioso que pensara eso, pues acabábamos de conocernos en los sótanos del Infierno.

Aquella semana en la enfermería selló el destino de todos. Yo me puse de novio, Beбето se hizo más bueno y el negro del cohetazo en la panza finalmente salió a flote. A los dos meses andaba como si nada. Pronto pasó por la enfermería para agradecerle a Beбето. Sólo entonces descubrimos que se trataba de un negro importante: el sargento mayor Madureira, más conocido por Mamulengo, a cargo del globo cautivo. Era el único negro con rango que tenían los brasileros en la Sexta Brigada Aérea. Ni siquiera estaba obligado a vivir en el morro del Quilombo, o sea pasando la Trincheirinha, donde se alojaban los negros emancipados de apuro para hacerlos venir a la guerra. Para nosotros, fue como sacarse la grande. Al cabo de dos semanas, ya estábamos trabajando en la brigada del aire.

Yo estimaba a míster Sampson, pues le debía mi puesto ahí arriba. Hasta que tuve mi lugar en el globo, había trabajado de percherón bajo las órdenes de Mamulengo. Como todos los percherones eran negros benguelas, pronto pude zafar de aquel sitio. Sólo hizo falta que Sampson me descubriera entre la manada. Aquella época del Setembrada fue realmente gloriosa. Desde quinientos metros de altura, la guerra era

muy llevadera. Podías pasarte la vida arriba. Yo sólo quería volver para encontrarme con esa chica. Hasta que cierta mañana aciaga nos quedamos sin el globo. En unos pocos minutos, nuestra suerte entró en picada.

Tal vez convenga decir cómo empezaron las cosas. La vida cambió en un suspiro por culpa de un nudo mal hecho.

Sampson era el primero en llegar por la mañana. Revisaba el gas, la fuerza del viento y el estado del barómetro. Se instalaba en la barquilla y tomaba nota tras nota. El Setembrada ya estaba flotando a unos metros del suelo, retenido por una soga. Luego llegaba Bebeto. «*Oi, Joaozinho. Tudo bem?*», saludaba desde abajo. «*Tudo azul*», contestaba Johnny Sampson. «*O senhor já tomou ou café da manhã?*», inquiría Bebeto, envuelto en el hedor sulfuroso del ácido que soltaba la máquina a medida que el globo tomaba cuerpo. «*Ahora bajo, Bebeto*», replicaba Sampson. «*Que día bonito, nao é, senhor?*», le comentaba Bebeto mientras hacía el mate cocido. Para chupamedias, Bebeto. Cada mañana lo mismo.

Un día estaba en plena lamida cuando el globo se disparó. Tal vez tenía demasiada presión, tal vez estaba liviano de lastre. Sólo alcancé a dar un grito al ver ese nudo suelto. La punta de aquella soga culebreó ante mis ojos. Quise alcanzarla de un salto, pero se me fue de las manos. Dios mío, cómo corrí ese día. John F. Sampson, ahora a treinta metros de altura, se alejaba de nosotros. Con Bebeto lo seguimos por el campo. *Tudo azul?* «Azul vas a quedar, infeliz, con las pelotas heladas», murmuraba entre jadeos. Lo malo era que el Setembrada había agarrado derecho en dirección a los topos. Un silencio de muerte se abatió sobre el campo. Todos estaban pendientes. Hasta los pacientes del hospital se asomaban a mirarlo. Los topos empezaron a dispararle mientras John E Sampson tiraba lastre a cuatro manos. Bebeto lanzó un gemido cuando el telescopio se estrelló contra el suelo. Ahora sólo esperaba que su guitarra siguiera el mismo camino, pero esto no sucedió. Bebeto guardaba su guitarra a bordo pues era el lugar más seguro. Ahora la había perdido. El globo cobró buena altura y se perdió para siempre.

Fantástico, pensamos nosotros. Acabábamos de quedarnos sin Sampson y sin la brigada aérea. De ahí a perder la guerra, pensamos, apenas restaba un tranco. Mamulengo ardía de furia, mientras bajaba sobre Bebeto una lluvia de alpargatazos. Luego empezó a vestirse con parsimonia. Iba a comunicar la desgracia. Se puso las bombachas rojas con polainas a media pierna, la chaqueta azul con bordados, la pechera verde langosta, el cuello recién planchado y su gorra de la Legión Extranjera medio tumbada sobre los ojos. Dicho en otras palabras, se puso hasta la última tira de su uniforme bahiano. No sé si ha quedado claro que Mamulengo también era un zuavo. ¿A quién se le habría ocurrido inventar semejante regimiento? Era un cuerpo de negros disfrazados a la africana, incluyendo a los oficiales. Apenas duraron un mes en el frente. No podían llegar a ninguna parte sin que les tomaran el pelo. Así

que los brasileros resolvieron disolverlo. Ahora los zuavos estaban redistribuidos por todo el teatro de operaciones. Era fácil reconocerlos arriba de los mangrullos o haciendo de percherones bajo el puño de Mamulengo. En cuanto a éste, nadie osó despegar los labios cuando salió de la carpa y se arrastró hacia el Estado Mayor. (Silvaninha me había dicho una vez que Mamulengo era el nombre de un títere pernambucano). Entré tanto, con Beбето seguíamos corriendo hacia el río. Ahí nos dejamos caer en la playita de arcilla.

Para peor, los topos ahora tenían su propia brigada aérea. Unos cuantos días antes habíamos visto su globo flotando sobre el pantano. «¿Y eso qué mierda es?», vociferó Mamulengo. Parecía un globo de utilería y todos corrimos a verlo. «*Patch work*», se limitó a decir míster Sampson. Era un indescriptible rejunte de trapos de todo tipo, perfectamente cosidos y barnizados. Cinco mil retazos de seda, calculaba Mamulengo. Las brujas del Gran Nidal debían haber mandado hasta el último corpiño, si es que esas putas usaban semejante dispositivo. Para colmo, tenía plantado en el medio un enorme retrato del Mariscal. El globo presentaba problemas, aunque a la noche volvió a las andadas. Lo descubrimos rápidamente porque contaba con fuego propio. Se distinguían las llamaradas lamiendo los bordes del aro. Mamulengo explicó que el fuego iba sobre unas planchas metálicas, alimentado por una mezcla de alquitrán, trementina y grasa. Pronto empezó a perder altura. Luego de atravesar la selva chorreando llamas, cayó sobre sus propias trincheras. Hubo como una explosión y unos fuertes alaridos. La verdad, era lindo imaginarse a los topos achicharrándose bajo el globo.

Estábamos con Beбето a la orilla del río, haciéndonos a la idea de que jamás volveríamos a ver a Sampson, cuando me llevé la mano al cogote buscando la medalla milagrosa. Por un momento pensé que la había perdido corriendo detrás del globo, pero aún la tenía en el pecho, tal como la había abrochado Silvaninha. Ella decía siempre que estaba más segura conmigo. Esa cadena con la medalla era todo lo que ella tenía en el mundo. Temía que el día menos pensado se le apareciera su madre y se la quitara de nuevo.

Silvaninha tenía sus buenos motivos. Su madre, entre otras cosas, se la pasaba anunciando su muerte. Cuando llegaba fin de año le daba por despedirse y repartía sus pertenencias. A cada hijo le tocaba algo. A Silvaninha un año le tocaba la medallita y al año siguiente, el anillo. Pero estaba cantado que al promediar el otoño su madre aún seguiría viva e intentaría recobrar todo. Cualquier casamiento en el barrio o una fiesta de bautismo la ponían de nuevo a punto y ya estaba reclamando sus joyas.

Me encantaban esas historias de Silvaninha. Podía pasarme la noche oyéndolas de sus labios, mientras luchaba por mantenerme despierto. Hay pocas cosas más dulces

que una paulista desnuda desgranando sus impresiones en la oscuridad de la carpa. «Sólo una puta francesa», comentó una vez Johnny Sampson, que era un hombre muy viajado. Pero supongo que al lado de Silvaninha, la puta más fina de Francia podría llegar a sonar como un chancho desentonado. Me gustaba verla rezando, dándome la espalda para esconderse la cara.

*Santíssimo Sacramento
Filho da Virgem Maria
Guardaime esta noite
Amanha todo o dia.*

Tanto plegarias como puteadas brotaban de Silvaninha como una balada tierna. Todo era contraste en esta mulata de Mangabeira, empezando por su mirada de gringa. Y en esos brazos perfectos ocultaba una fuerza de zuavo. Si alguna vez nos peleamos, deduje entonces, puedo acabar desnucado. Bastaba hacerle el amor para darse cuenta. Aquella chica cogía incluso cuando rezaba. O viceversa, no sé. «*Oh! María Inmaculada. Oh! advogada dos pecadores*», exclamaba en lo más interesante. Una vez que agarrábamos ritmo, en desenfrenados galopes que solían terminar en el suelo, yo sentía que si ella se excediera un poquito podría matarme en el acto. Me tenían nervioso esas manos tan bellas y poderosas. Aquella vez en el hospital, cuando salí del desmayo con mis manos entre las suyas, estuve más de tres días como si el carro de los pertrechos me hubiera pisado los dedos. Pero no la veía capaz de causarme un daño. Silvaninha, por una vez en la vida, sentía que alguien se ocupaba de ella. Eso me dijo un día, por la época en que perdimos el globo.

Aquella vuelta del río se llamaba Zarapelho. Así le puso Beбето, que vivía bautizándolo todo. Parece que Zarapelho era uno de los nombres del Diablo. Sus barrancas tenían algo especial: eran el sitio perfecto para dejar un rato la guerra, fuera del alcance de Mamulengo y de la policía del campamento. Sólo podían vernos desde la flota, que estaba fondeada a mil metros. Los domingos, incluso cuando llovía, nos quedábamos a pescar. Hasta los topos solían aparecerse en un bote y pescaban del otro lado. Ese día nadie los molestaba, aunque costaba aguantarse. En realidad, todo el tiempo me lo pasaba pensando en bajar a uno de un tiro. A los topos debía ocurrirles lo mismo, pero nunca llegaron a provocarnos. Nos pasábamos las horas con una caña en la mano. A Silvaninha le gustaba cebar las pirañas con bolitas de chipá. Ahora el lugar estaba desierto. Con Beбето nos tiramos a recobrar el resuello, esperando algún milagro. A continuación discutimos. ¿Valía la pena correrse hasta el campamento a buscar la carabina? Si el viento cambiaba de pronto y el Setembrada

volvía desde el Gran Chaco, deberíamos bajarlo a balazos antes que perderlo de nuevo.

Pero sólo quedó en una charla. Al final permanecimos allí, al abrigo de la barranca.

—Ya me veo de nuevo en el hospital —suspiró Bebeto, recostado en la playita con los ojos apagados.

A decir verdad, yo no me veía en ninguna parte. Mucho menos en la Mesa de Arena. En un tiempo había supuesto que nadie podría soñar con algo mejor que un trabajo en el cuartel general. Ahí conocí a Bebeto, que estaba a cargo del pelotón. Yo acababa de llegar al frente con una carta de mi madre para un coronel, de modo que fue el único sitio donde pudieron acomodarme. De cualquier forma, mis condiciones artísticas deslumbraron muy pronto a Bebeto. Hasta el jefe de la escuadra elogiaba mi talento para representar los arroyos con pintura celeste o tender una línea férrea con cordones de borceguí teñidos de anaranjado, porque jamás conseguíamos que llegara el bendito tarro de minio solicitado oportunamente. Al efecto niebla yo lo sacaba con yerba echada a perder. Mucho antes del ejercicio ya estábamos sobre la Mesa. El almidón simulando escarcha uno lo echaba al momento, para que la humedad de la arena no arruinara el efecto. Los barcos estaban tallados en madera de piano lustrada a muñeca. Eran barcos de acero negro destinados a escolta de acorazados. Mi favorito era el *Tabuleirinho*, con sus ocho *portinholas* por banda y el Withworth sobre cubierta con torreta giratoria. Ni siquiera faltaban esas esclusas que inundaban los tanques estancos y le permitían sumergirse al acecho como un saurio precavido que apenas asoma en el agua. La mascota de Bebeto era el *María da Gloria*. Este acorazado había tenido una vida difícil, incluso antes del torpedazo. Un destructor guaraní había ultimado a toda su plana mayor, tras meterle un cañonazo por la *portinhola* del comedor de oficiales. La obsesión de los topos, por encima de todo, era quedarse un día con algún acorazado. Pensaban que a partir de entonces, la suerte cambiaría de bando.

En la Mesa sólo éramos tres, para no estorbarnos en las maniobras. Ingresaban los oficiales y nosotros ya estábamos entrechocando los tacos. Venían todos los jefes del Estado Mayor de la Alianza. Entonces, entre café con masitas, discutían las próximas operaciones. Yo también tenía a mi cargo la movida de la escuadra. Sobre todo disfrutaba cuando maniobrábamos frente a San Bernardino. Este era el último obstáculo antes del Gran Nidal. Era una fortaleza en algún punto del río, con cuarenta cadenas tendidas de orilla a orilla para que no pasara la flota.

Esa región de la Mesa era mi gran orgullo. La fortaleza estaba reproducida al detalle, con los datos obtenidos de los topos que desertaban. Tal vez algo fuera de escala, como señaló el Director de la Mesa. Pero esto la hacía ver más temible, en lo alto de la barranca, dominando con los cañones la enorme curva del río por donde

debían pasar nuestros barcos. La maqueta me había llevado unos meses, aprovechando un armario en desuso que le saqué al coronel.

El pasaje de San Bernardino resultó devastador. Fue nuestro mejor ejercicio. Primero la flota hizo un cañoneo de ablande. A continuación destrozamos la artillería pesada, cuyas piezas más importantes podían llegar a tener hasta veinte toneladas, como El Panzudo y El Tata Dios. A un cañón llamado El Cristiano lo habían forjado con las campanas de las iglesias. El nuestro era de pino. Pronto el *Tamanderéy* el *Bahía* se abocaron a las cadenas y hundieron el centenar de barcasas que las aguantaban de orilla a orilla. Finalmente pasó la flota bajo el fuego enemigo, que rebotaba contra el blindaje de nuestros barcos. Como el operativo se hizo de noche, todo fue muy realista. Al dejar la sala de mapas, los almirantes se saludaban como si hubieran tomado San Bernardino en vez de un armario viejo.

Nosotros devolvimos la flota al fondeadero de siempre y nivelamos de nuevo la arena. Luego apagamos todo y echamos llave a la pieza. Teníamos una capibara a las brasas que estaba para chupar la parrilla.

Un yacaré de la orilla se metió en el agua con elegancia. Bebeto se había dormido. Yo pensaba, honestamente, que el globo pegaría la vuelta. Me hice a la idea de verlo llegar desde la margen opuesta, traído por la virazón de la tarde, un puntito en la distancia. Supuse que vendría en las últimas, prácticamente sin aire, quizá rozando los juncos que cundían en Zarapelho. Supuse que míster Sampson ya habría tomado la iniciativa de soltar hasta las chapas que blindaban la barquilla. Me preparé mentalmente para darme una zambullida. Si la tela del globo se desplomaba encima de Sampson, éste podía ahogarse como una rata. Incluso era peligroso si descendía sobre los juncos, que solían tragarse en medio minuto un carretón con mulas y todo. Pensé si Sampson atinaría a tirar el ancla a tiempo, para frenar su desbocada carrera. Un globo asentado en el agua era mucho más peligroso que un velero descontrolado.

Pero nada de eso fue necesario. De pronto me sacudió la voz de Universo.

—El señor Mamulengo quiere verlos ya mismo.

Había surgido de golpe, con el sigilo habitual de los topos. Bebeto, que dormía a pata suelta, ignoraba de qué le estaban hablando. Pero miró a Universo sin verlo. Vaya a saber de qué mundo venía.

—Hay que ir a buscar el globo —estaba diciendo el topo.

—¿Quién? —bostezó Bebeto.

—Nosotros, señor Bebeto.

—¿A dónde tenemos que ir?

—A donde sea, señor.

Fue la única vez que vi cabreado a Universo. No lo estábamos tomando en serio. No obstante, añadió delicadamente:

—A San Bernardino, si es necesario.

Bebeto se puso pálido. A San Bernardino, si hacía falta. Tal vez al Nidal de los Topos. Bebeto por fin entendió. Yo pensé en Silvaninha. La pérdida del Setembrada se convirtió de pronto en un drama. San Bernardino era el corazón militar de los topos. Los acorazados llevaban años procurando forzar el paso. La idea de entrar allí me tenía muerto de susto.

De modo que aquella noche resolví hablar con Universo. Quería saber algo más. Este parecía mejor informado que cualquiera de nosotros. Lo hallé debajo del carro, envuelto en su alfombra persa. Era típico de los topos. Hasta los soldados más pobres tenían su poncho de alfombra. La política de aquella gente era muy expeditiva. Cuando empezó a escasear la tela para uniformes, hicieron sacar las alfombras de todas las residencias. Los propios dueños de casa se ocupaban de reciclarlas. Ni siquiera se habían salvado las alfombras del Club Nacional. A Universo le gustaba hablar de los bailes que organizaban ahí, cuando hacía guardia en la puerta y *el Mariscal* llegaba escoltado por los Cabeza de Mono, o sea su guardia privada, entre música galopera y fuegos artificiales. Las viejas más ricas del Gran Nidal solían caer disfrazadas de gitanas o mariposas e incluso de María Antonieta, pero sólo la esposa del Mariscal se presentaba de reina.

Universo estaba dormido. Era cerca de medianoche. Apenas le puse la mano encima, se levantó respetuosamente. Siempre me ha gustado la gente que al despertarse no se pone como loca. Yo soy todo lo contrario. Silvaninha daba un gemido en cuanto yo llegaba a la carpa. Todo el tiempo pasaba lo mismo. Por despacio que me deslizara en la cama, ella entreabría los ojos y sonreía de oreja a oreja. Después murmuraba algo, buscaba mi hombro con su cabeza y se dormía como una piedra. No sé cómo explicarlo, pero eso me mataba. Si tuviera que hacer la lista de las cosas que me gustaban de ella, pondría esto al principio de todo.

Permanecimos callados mientras Universo bebía el mate cocido. Yo le había alcanzado un jarro con varias cucharadas de azúcar. Lo precisaba despabilado. Pero su placidez duró poco. Aquella pesadumbre de Zarapelho reapareció de inmediato. De pronto lucía tan divertido como si estuviera cagando un erizo. El plan de ir a San Bernardino lo tenía trastornado. No concebía que Mamulengo hubiera impartido esa orden. ¿Alguien tendría idea, aunque fuera una idea vaga, de lo que esto significaba? Seguro, repliqué yo. ¡Si la teníamos estudiada al milímetro! Era el principal elemento de nuestra Mesa de Arena, en el Estado Mayor. Le describí la fortaleza construida con el armario del coronel, gracias a la información de los desertores. Universo meneó la cabeza. De sólo nombrar a San Bernardino, parecía desesperado. Me rogó que hablara con Mamulengo. Teníamos que acabarla con ese proyecto estúpido. Yo recordé las maniobras en el Estado Mayor. Habíamos tomado la fortaleza mil veces, tanto por tierra como por agua. Nuestros jefes la conocían mejor que los topos. Eso

dijo, literalmente, el comandante del *Tabuleirinho*. Lo tenía justo a mi lado, durante un ejercicio nocturno. Habíamos estacionado la flota detrás de Ponta de Tabatinga. Llevábamos una semana cañoneando la fortaleza. En dos días, a lo sumo, nuestras tropas se hallarían adentro, con pérdidas insignificantes. Y ahora venía Universo a decirme que nuestra maqueta era un fraude.

Silvaninha, para colmo, se aprestaba a ir con nosotros. Beбето, mediante sus frondosos contactos, ya tenía dispuesto que fuera de polizón. Por nada del mundo quería dejarla en la Trincheirinha, lo cual parecía más peligroso que llevarla al país de los topos. A mí ni siquiera me consultaron. A esa hora, una cañonera se preparaba en el río para zarpar a la madrugada. Apenas pude cerrar los ojos.

II

Soldado pronto morre tonto

De modo que remontamos el río en procura de míster Sampson. De aquel trayecto en la *Ipaneminha* no me ha quedado gran cosa, apenas imágenes sueltas, hechos que supuestamente ocurrían sobre la costa pero que podían deberse a la fiebre. Yo dormitaba en cubierta debajo de un toldo blanco, sudando por la malaria, bien recostado a popa por indicación de Bebeto, que la consideraba el lugar más seguro. El capitán lo escuchó con desprecio. «Si llegamos a embocar un torpedo», explicó, «los pedazos de su amigo caerán a medio kilómetro, con el timón en el culo». Fue lo único que se dignó comentar con nosotros durante toda la travesía. De cualquier modo había apostado un hombre para vigilar la superficie del río. Era trabajo de balde, pues los torpedos a la deriva navegaban sumergidos.

La cañonera volaba. Desde la orilla lejana, un pelotón de topos armados con una Gatlic de diez cañones disparó unas ráfagas de metralla. Más adelante vimos unas mujeres acuchillando una vaca. Estaban sobre una playa de arena, prácticamente desnudas, con sus harapos al viento. Una al parecer era ciega y seguía dándole cuchillazos al bulto. Entonces otra la sujetó por atrás y le aplicaron un golpe en el vientre, hasta hacerle soltar el cuchillo. La vaca mugía desesperada sin terminar de morir, dejando asomar la lengua que chorreaba una baba verde. Estaba flaquísima y prácticamente sin pelo. Las mujeres ponían las manos para recoger la sangre y les daban de beber a sus hijos. Luego éstos chupaban la sangre directamente de las heridas. En ese tramo del río estábamos muy cerca de tierra, o sea en primera fila. Después de cinco minutos aún podíamos escuchar los mugidos.

Vimos una humareda contra el ocaso. Era un pueblo de coléricos. Las fogatas de eucalipto y guayabo oscurecían la costa e inundaban el río. Había un olor nauseabundo. A Bebeto le vino un ataque de tos. «Prefiero morir cagado de arriba abajo que terminar asfixiado», dijo bañado en lágrimas. Pronto avistamos a los enfermos. Estaban en las afueras del pueblo, al pie de un letrero clavado sobre la arena. «*Compaixao para os coléricos*», decía. Tenían la piel arrugada y los ojos sumergidos. Todos estaban violetas y les brotaban los huesos. Unos cuantos aún se arrastraban y los otros estaban rígidos. Algunos todavía mostraban jirones de uniformes brasileros. Todo indicaba que eran enfermos abandonados por el ejército. Sin decir agua va, el comandante viró hacia la orilla para prestarles ayuda. Universo

corrió a detenerlo. Le rogó que nos alejáramos cuanto antes. Apostaba cualquier cosa a que la zona estaba plagada de topos. Todo tenía el aspecto de una grosera emboscada. El comandante no pensaba dar marcha atrás a instancias de un topo, por lo que siguió a toda máquina. Ahora sus propios hombres intentaban disuadirlo. Los topos eran especialistas para camuflarse entre los cadáveres. Nadie sabía hacerse el muerto como ellos, para saltarte en el momento oportuno. Justamente había una pila de cuerpos a medio quemar, muy cerca de los coléricos. El capitán detuvo la marcha y ametrallamos la pila, hasta que el guardiamarina anunció que había visto moverse algo. Ni siquiera él lo creía. Entonces el capitán pareció satisfecho y continuamos la travesía. Los coléricos permanecían con la mirada perdida, velados por el humo de las sustancias hediondas que alguien les había dejado como única compañía.

La noche vino muy rápido. Un torpedo estalló a la distancia. Nadie pareció preocuparse, pues los torpedos vivían chocando troncos o reventando contra la costa. Pero resultó suficiente para que el capitán se fuera tirando a tierra. Advertimos que iba a desembarcarnos. Pronto detuvimos la marcha. Hacia el norte se divisaba un resplandor de fusilería. «San Bernardino», anunció el guardiamarina mientras bajábamos a la lancha. Sin el capitán a la vista, el guardiamarina entró en confidencias. Por lo pronto, nuestra misión le parecía una mierda. Peligrosa, para colmo. «¿Pero qué otro camino quedaba?», se preguntaba él mismo. Si la fortaleza resultaba impasable para la flota, «no había más remedio que tomarla desde adentro». A propósito: «¿Llevábamos al tal Universo para provocar un levantamiento?». Miré de reojo a Bebeto, que no se daba por enterado. ¿De qué levantamiento hablaba ese tipo? Nosotros íbamos en busca de Johnny Sampson. ¿A quién se le podía ocurrir que semejantes tarados podíamos tomar cualquier cosa? Pero lo más preocupante: ¿quién era Universo Morales?

Permanecemos junto a la orilla observando alejarse la cañonera. La luz blanca de popa desapareció rápidamente, pero seguimos oyendo la máquina. Sólo con el silencio decidimos entrar en la selva.

Me la pasaba soñando que íbamos en el globo. Nunca llegué a extrañarlo tanto como en esos días de marcha detrás de Universo, mientras cruzábamos los pantanos en dirección a la fortaleza. A veces me despertaba el recuerdo del viento sobre la cara y el aroma del café recién hecho. Bebeto, durante los vuelos, lo preparaba en el calentador de cal viva que llevábamos a bordo. Estaba orgulloso de sus artimañas para mejorarnos la vida en el Setembrada. Mi memoria estaba tan afilada que podía precisar cada minuto en el aire. Ahora, a la distancia, todo lucía bien, incluidos los malos ratos. Una vez habíamos estado a punto de entrar en un cúmulus nimbus y nos pusimos cabeza abajo y alcanzamos a distinguir a los percherones levantándose por el aire. Nunca me cansaba de ver los campamentos aliados. Desde arriba lucían prolijos

y limpios. Nadie hubiera dicho jamás que aquel maremoto de carpas y barracones con caminos marcados a la cal ocultaba una factoría gigante de ladrones y traficantes. En la retaguardia se podía comprar de todo: desde cerveza norteamericana hasta fusiles Berdan de origen ruso que terminaban en poder de los topos. Los mejores reducidos de artillería robada eran los coroneles de nuestro bando.

Con Silvaninha planeábamos poner un negocio en la Trincheirinha, así que yo examinaba todo con criterio de inversor. Habíamos resuelto desde el principio que una cantina sería lo más atinado. Ya nos veíamos de mudanza en mudanza. Los campamentos apenas duraban. Continuamente debían cambiar de sitio, pues todo empezaba a podrirse bajo la lluvia y el sol, especialmente los restos de las carneadas. Pero lo peor de los campamentos eran nuestros futuros colegas, los infames cantineros de la Alianza en operaciones, que podían llevar a la ruina a cualquier comerciante honesto. Con Bebeto solíamos ir a un boliche de la Rúa Ratoeira. A veces nos atendía Tito Sosa en persona, cuando tenía crisis de gabinete. Así le llamaba Tito cuando lo abandonaban los mozos. «No sé por qué seguimos viniendo», dijo Bebeto un día, mientras sacaba algo del plato. «¿Esto es un pelo de tu mujer?», dijo dirigiéndose a Tito. «Un pelo en el mejor de los casos», replicó éste. «¿Qué se van a servir?». «Algo que no tenga un vidrio como el de ayer», dijo Bebeto. Tito meneó la cabeza maravillado: «Qué pedazo de vidrio», exclamó. «Lo pusimos en aquella repisa. Estamos haciendo un museo con las cosas que hallan los clientes». «Tito: ¿Qué podríamos hacer para que no salga nada en el plato?», preguntó Bebeto. «Bueno, por cincuenta centavos más tienen el Menú Custodiado», dijo Tito. «Así ustedes tendrán derecho de ir con el mozo hasta la cocina y acompañarlo de vuelta con el pedido».

Me gustaba quedarme observando el movimiento de la cantina. En todo ese tiempo, con Silvaninha nunca dejamos nuestro proyecto de lado. Nos entreteníamos elaborando el menú o discutiendo el plato del día. (*Arroz branca com feijao preto*. Especialidades: *bobo de camama*, *frango ensopado*, *galinha cozida* y *jrigideira de bacalhau*. Postres: *bolo de brigadeiro*, *bocado mimoso*, *bananada* y *engorda-padre*. Bebidas: *cerveja*, *cachaga* y *batidas de coco y limao*. Nada de *suco e 'maracujá*, porque te aflojaba la picha). La noche nos hallaba en la hamaca repasando cuentas, sobre todo mientras caía la lluvia y se empantanaba la guerra.

Apenas puedo remitirme a esa época sin evocar el murmullo del agua sobre los árboles. Una noche paró de repente y sacamos la hamaca afuera y seguimos *batendo papo*, lo cual venía a significar que le dábamos a la lengua. Recién guardamos silencio al percibir las pisadas; los animales que se dejaban oír tan pronto cesaba la lluvia. Sentimos la respiración de un carpincho que devoraba raíces. Luego salió al sendero una mona con su familia. Un jabalí resopló entre las matas. Daba para quedarse la noche escuchando, pero Silvaninha bullía en proyectos. ¿Valdría la pena

hacerse pasar por mi esposa? Esa era su gran pregunta. En Mangabeira da Mossamedes, los únicos boliches decentes estaban a cargo de la familia. Me pareció interesante. «¿Y si empezábamos a decirlo ya mismo?», propuse. Ella hizo un ensayo: «Soy la señora del Chino». Sonaba bastante lindo, lo cual me llevó a zambullirme bajo el camisón de mi socia.

Era después de la lluvia, mientras charlábamos en la hamaca acerca de nuestro negocio. Se iba a llamar *Boa Mesa*. Incluso teníamos el cartel. Yo mismo lo había pintado de verde con *amarelo*, gracias a medio litro sobrante de mi trabajo en la Mesa. Ya me veía despachando pinga a la clientela del mostrador, mientras ahuyentaba a un borracho y le gritaba un pedido a Universo, pues Silvaninha ya estaba pensando en tomarlo de cocinero. Eso la pintaba de cuerpo entero. ¿Comprenden lo que les digo? No acabábamos de inaugurar cuando *Boa Mesa* ya tenía un empleado. Era la única sombra que amenazaba el futuro. Mi socia era un desastre para manejar el dinero.

Íbamos a través de la selva por el Camino Secreto. Luego de muchos intentos, Universo había encontrado la misteriosa ruta a San Bernardino. Llevábamos un par de días en territorio enemigo. El signo más elocuente fue un pasquín de los topos que apareció en el sendero. Universo lo alzó del suelo. Era del 6 de noviembre. La voladura del *María da Gloria* figuraba en primera página, junto al recuadro del hundimiento de la mitad de la flota. Los topos jamás se quedaban cortos. No parecía un diario de los que arroja la gente sino de los que aparecen en la bandeja del desayuno (Sampson había contado que una de las funciones de los mayordomos ingleses era planchar el diario al patrón para que éste no se enchastrara los dedos). El hallazgo alarmó a Bebeto, que ya se consideraba el jefe de la patrulla. Los topos nunca tiraban nada. Más bien parecía dejado adrede, teniendo en cuenta que estaba seco y veníamos de un tiempo de perros.

—Tu famoso *Cabichuí* —le dije más tarde a Universo, mientras charlábamos junto al fuego. Habíamos hecho alto en un claro. De la selva llegaba un olor a raíces y a helechos en mal estado.

Universo pasó la mano sobre la superficie del diario. La tapa tenía un dibujo. Era un enjambre acosando a un negro, supuestamente un macaco. ¿Un cabichuí era un tábano, tal vez una avispa africana? Eso me parecía, pero no me sentí dispuesto a consultarlo con Universo. Ya empezaban a cansarme sus continuas conferencias.

—Fíjese qué papel, padrecito —dijo—. ¿Sabía que lo fabricamos nosotros? Pura pulpa de caraguatá, fermentada con naranjas agrias.

Eso le recordó a Silvaninha que tenían algo pendiente:

—¿Y la mermelada, Universo? Todavía la estoy esperando.

—Apenas consigamos azúcar.

En tanto, Bebeto seguía buscando roña.

—Resulta que ahora es periodista —murmuró.

—No, padre. Yo sólo preparaba la pasta.

—Y hacen tinta con frutitas.

—Sólo en última instancia...

—¿No te dije? —exclamó Bebeto—. Estos tipos son unos genios. Hacen papel en medio del monte y fabrican tinta con meada de perro.

Hacía mucho calor. Dado el silencio que sobrevino, Universo se dedicó a la lectura. En eso le dio por reírse. Los chistes del *Cabichuí* mataban de risa a los topos. Entonces Bebeto se lo arrancó de las manos, lo rompió en varios pedazos y lo tiró a la fogata. Yo no pude rescatarlo. En mi mano quedó un fragmento del diario. Al almirante Polidoro le decían Pollo Loro, al general Osorio, general Osario. Éste era el humor de los tipos, pero de todas maneras, daban ganas de seguir leyendo. Miré de reojo a Universo, que contemplaba las llamas. Era la imagen del desaliento.

A este sector de la selva le faltaban todas las hojas por causa del cañoneo. Parecía un buen sitio para hacer noche. Universo entró en movimiento y despejó la maleza. Luego desapareció entre los árboles. Al cabo de unos minutos, Bebeto despertó sobresaltado.

—¿Adonde estará el cabrón? —preguntó.

—Fue a buscar leña —murmuró Silvaninha.

—¿Por qué tiene que esconderse tanto?

—Déjalo en paz —dijo ella.

—No me escondo, padre —dijo Universo desde el follaje—. Estoy buscando unas hierbas.

Siempre nos trataba de padre. Así trataban los topos a sus propios oficiales.

—¿Se puede saber para qué?

—Para salar el *feijao*.

—Ya se me hace agua la boca —dijo Bebeto.

—Otra especialidad de Universo —sonrió Silvaninha.

—Sí. Como la ensalada de naranjas amargas —dije yo.

—Universo, ¿sería mucho pedir que no te desaparezcas? —dijo Bebeto.

—Está bien, padre. Por mí no le pongo nada. Son ustedes los que extrañan la sal.

—Me mata este maricón, cuando empieza con sus rezongos —dijo Bebeto—. Ellos son los más pobres del mundo y los únicos que aguantan todo.

Universo hizo su aparición en el claro, sin rastros de sentirse ofendido. Tenía mucha paciencia.

—No se sulfure, padre. Aguantamos a la fuerza. Allá recibíamos una ración de sal cada quince días, que sólo alcanzaba para una comida.

—*Va se foder*, Universo.

Esto significaba que Universo se fuera a cagar o a coger o algo por el estilo.

Bebeto lo decía todo el tiempo. Míster Sampson había preguntado una vez si era lo mismo que *fuck you*, cosa que repetía constantemente, pero Universo no estaba seguro.

—Mañana es mi cumpleaños —dijo Bebeto al cabo de un rato—. Me gustaría cargarme un topo.

Pero pescamos la mentira al vuelo, pues su cumpleaños caía en febrero.

Desde la voladura del *Mari da Gloria*, Bebeto andaba hecho una furia. Sólo él se tomaba la guerra a pecho. El hallazgo del *Cabichuí* acabó de trastornarlo. Este diario era la pesadilla de los generales aliados. La infantería siempre lo estaba buscando. En el Setembrada, aparte de dirigir el fuego de artillería, debíamos notificar hasta lo más insignificante. Por ejemplo, cualquier carretón deslizándose entre los árboles. El *Cabuichí* deambulaba por la selva con una prensa a remolque y sus redactores a cuestas. Nunca se lo pudo localizar. Por eso, cada mañana, el diario llegaba a nosotros con su remesa de injurias. Los topos se las ingeniaban para dejarlos a nuestro alcance. Por ahí aparecía un paquete a dos metros del centinela. En la época del Estado Mayor solíamos ver esos diarios en la oficina del coronel. Éste llevaba un control furioso de cada edición secuestrada. Más adelante, desde la barquilla del globo, avistábamos cada tanto a unos soldados jadeantes transportando los paquetes. Eran los integrantes del pelotón de Requisa. Bebeto, por esos días, siempre lograba robarse algún diario. A menudo lo encontraba leyendo. Criticaba todos los chistes y copiaba los dibujos. «¿Llegó el *Cabichuí*», preguntaba. Le gustaba desayunar con el diario, por más que quisiera disimularlo.

Era un artista, si vamos al caso. Cada vez que hizo falta lo demostró en la Mesa de Arena. Era el alma del lugar, hasta los almirantes lo respetaban. Luego cayó en desgracia y lo trasladaron al hospital. Pero hasta entonces, la guerra no estaba tan mal. Llegábamos por la mañana temprano y abríamos los ventanales para que entrara la luz. El teatro de operaciones se desplegaba ante nuestros ojos. La Mesa ocupaba todo. Estaba a la altura del rostro, para que nadie viera más de la cuenta, o sea lo mismo que divisaba en el campo de batalla. Sólo el Director de la Mesa, trepado en la escalerita, tenía un panorama completo. Desde ahí nos pasaba las órdenes, para que moviéramos esto y aquello. Aquella mesa, decían, era lo mejor del mercado. Estaba hecha en Hamburgo por cuenta de Figuren Fabrik. Era el mismo modelo que usaban los alemanes, con accesorios originales. Pero el coronel renegaba pues las maniobras perdían realismo. Por empezar no había una sola palmera, pero sobran graneros con sus nidos de cigüeñas. En vez de jaguares y monos teníamos ciervos y ardillas. Todo era por el estilo. Únicamente los barcos eran los específicos, acorazados y cañoneras inglesas tallados en el propio astillero, los modelos en escala de los productos originales. El trencito estaba bastante bien, demasiado prolijo tal vez, con

sus señaleros y guardas de plomo y los vehículos estacionados a la puerta de la estación.

El auténtico tren conectaba la fortaleza con alguna zona secreta del Gran Nidal. Mil veces se habló de volarlo. En realidad, nadie lo había visto jamás. Mamulengo llegó a decir que era una invención de los topos pero Universo lo desmintió. El tren, efectivamente, llegaba con municiones hasta el corazón de la fortaleza, para retornar a la capital repleto de prisioneros. Lo sabía desde una lejana noche en que lo habían trasladado de cárcel. No es que lo hubiera visto pero lo había oído pasar. Estaba con sus custodios en un parador de la línea cuando advirtieron el rumor de la máquina que se acercaba al andén. Las luces estaban prohibidas a la llegada del tren, pero Universo oyó los gemidos de los prisioneros y el ruido de las cadenas y las imprecaciones de los guardianes. También percibió el temor que emanaba de sus propios guardiacárceles. Los tres estaban sentados en un banco de la estación. Pronto sintió que el tren partía otra vez, en dirección al Nidal. Cuando volvieron las luces le dieron un cigarrillo. El cartel decía San Bernardino. No era una estación a la inglesa, como la encantadora casita emplazada en nuestra Mesa de Arena. Uno de los guardianes quiso saber su nombre. «Universo», contestó éste. Esa fue toda la charla. Permanecían sentados, a la espera de su propio tren.

«Estamos cerca», dijo ahora Universo. Nuevamente nos encontrábamos sobre la orilla del agua. Al rato empezamos a descubrir ciertas señales amenazantes, como ser algunas cadenas tendidas desde la orilla que se hundían en el río. Eran las primeras defensas contra la flota. Pero ya no se trataba de simples bombas a la deriva sino de auténticos espineles, de torpedos en racimo que pendían en la corriente al acecho de la escuadra. Luego estalló un torpedo. «Ése fue un Colt», dijo Beбето. «Los hacen detonar desde tierra». «Creo que no, padrecito», se atrevió a decir Universo. «Fue un Guaraní 36, con regulador de profundidad» (o sea dos piedras colgando en la panza del torpedo). El Guaraní era una creación de los topos. Eran verdaderos maestros para los torpedos caseros. Lanzaban uno en el agua y lo seguían en bote, gobernándolo con un cabo como si llevaran un perro de la correa. Operaban siempre de noche y un hombre estaba a cargo de todo. Este se dejaba ir por el agua tras la estela del torpedo. Sólo daba pequeños golpes de remo para corregir el rumbo del bote. Amarrado en la cintura llevaba un sedal de pesca conectado a la espoleta (era un frasco de vidrio lleno de ácido sulfúrico, pólvora y azúcar blanca). Todo debía hacerse en silencio. Cuando el torpedo llegaba hasta el buque, el topo se zambullía. Alcanzaba la orilla a nado y detonaba el torpedo. El abandono del bote era el momento crítico. A la menor turbulencia los centinelas abrían fuego. Una vez, en el apuro, un topo se enredó en el sedal y el torpedo le reventó entre las bolas.

«Si todo fuera tan fácil», dijo Beбето, «ya nos habrían hundido la flota». Los

topos habían fracasado mil veces con esas mierdas domésticas. El río estaba sembrado con los cadáveres de sus comandos suicidas. Universo le dio la razón. Por eso, explicó enseguida, habían abandonado su sueño de reventarnos la flota. Al fin y al cabo, estaban más que cumplidos con el *María da Gloria*. Ahora pretendían quedarse con algún acorazado. Al menos era el rumor que corría. Sólo eso les faltaba para mandarnos debidamente al infierno. Eso creían los desgraciados.

Permanecimos mirando el agua. Un yacaré se había trepado sobre la enorme cadena, justamente en el punto donde ésta se hundía en el río. Recordé que entre los accesorios de Figuren Fabrik tampoco venían los cocodrilos. El que Bebeto talló finalmente era una morsa perfecta.

De cualquier forma lo depositó en una playa, sobre una curva del río pintado con tiza violeta. El coronel pensaba sacarle una foto a la Mesa, para mandarla a los alemanes. Supongo que le hubiera gustado encontrarla en el catálogo de Figuren Fabrik.

Nos quedamos con las ganas de ver algún yacaré por el aire con el vientre despanzurrado. Sólo volvimos al campamento cuando quedó demostrado que se las arreglaban muy bien para esquivar los torpedos. Era noche cerrada. Bebeto iba furioso, cagándose en María Santísima pero en los torpedos especialmente. Todo lo que le recordara al *María da Gloria* lo ponía como loco. ¿Había algo más inmoral que un torpedo?, le preguntaba a Universo. Alguien debería prohibir esas cosas que pendían de las cadenas o se dejaban ir por el río a paso de camalote. Estaba fuera de quicio y no dejaba de decir malas palabras.

¿No era que los macacos derrochan cordialidad? Es la opinión corriente, que son cálidos y gentiles hasta para mandarte al carajo. Pero ahí estaba mi amigo para demostrar lo contrario. La próxima vez que escuche algo así, voy a traerlo a Bebeto para que lo aguanten un rato.

Silvaninha se plantó en mitad de la senda, tiró la mochila al suelo y anunció que no pensaba seguir. Pensé que Bebeto se disponía a remolcarla del pelo, pero él también soltó la mochila y propuso que descansáramos. Silvaninha pareció desconcertada. Bebeto no se andaba con vueltas para tratar a su hermana. Siempre la estaba retando por algo o prendiéndole un botón de la blusa para teparle las tetas. Como decía a menudo, éramos un pelotón especial (*Unidos da Mangabeira*, según Bebeto) así que su propia hermana no podía andar por la selva como una puta cualquiera. De acuerdo: era peor el remedio que la enfermedad. Las tetas de Silvaninha eran ingobernables. Hasta el propio Universo parecía alborotado, eso que, según sus propias palabras, la tortura recibida en la cárcel le había dejado la picha como un pellejo vacío.

Pero Bebeto, por el momento, no tenía ninguna intención de agarrársela con su hermana. Venía perdido en sus pensamientos cuando ella se plantó en el sendero.

Justamente yo estaba diciéndome que la trompa de Bebeto no anunciaba nada bueno, que apenas nos descuidáramos se mandaría un discurso. Bebeto llevaba unas cuantas horas preparándose para hablarnos. Nuestros reclamos lo traían nervioso. ¿Qué sentido tenía seguir? Ésa era la cuestión. «Pongámosle que lleguemos», le había dicho yo mismo durante la tarde anterior, procurando acorralarlo. «Digamos que, por algún milagro, conseguimos sortear el foso y llegar vivos a las murallas». «Sólo quiero saber una cosa: ¿qué vamos a hacer entonces?». «¿Tocamos la campanilla?», dijo mi socia en el acto. Me gustaba esa sincronía, vivir pendiente del otro y rematarle sus pensamientos. Pero Bebeto zafó una vez más. Prometió que pronto sabríamos todo. Mañana mismo, agregó. Por si aún fuera poco, sacó su carta de triunfo. La cañonera venía siguiéndonos por el río. Pronto haríamos contacto. No podía decir más. Pasado mañana, a lo sumo, tendríamos los detalles completos. Ganó unas horas de tiempo, sin revelar nada nuevo.

Silvaninha se fue a dormir. Yo le seguí los pasos. Habíamos puesto la hamaca entre las raíces de un árbol gigante con lianas como brazos humanos. Desde ahí oíamos la voz de Universo filtrándose en la espesura. Ahora impartía a Bebeto una lección de estrategia, revelándole los trucos de un chino para tomar una fortaleza. Bebeto se habría dormido, pues no intentó interrumpirlo. En cuanto a nosotros, ya estábamos en otra vida, demasiado entretenidos para seguir a Universo. Nuestro equipo funcionaba de maravilla. Silvaninha se mostró más que discreta. Por una vez en la vida, no hubo que taparle la boca. «*Acho queja vou*», se limitó a decir dulcemente, con aire desfallecido. «¿A dónde se va?», atiné a preguntarle. «*Águas abaixo, para a eternidade*», dijo casi sin voz. Fue de verdad un alivio, pues Silvaninha, cuando acababa, hacía chillar a los monos y espantaba a las cacatúas. Nos dormimos uno debajo del otro. Soñé toda la noche con *Boa Mesa*. (El local estaba repleto. Plato del día: *buchada de jacaré con batatinhas* silvestres. Mientras ella repartía los platos de *feijao mulatinho*, Universo traspiraba en la cocina. Bebeto no cesaba de acosarlo. «Es nuestro chef guaraní», informaba a la clientela. «Solamente le pedimos que deje de comer carne humana». Universo me miraba con pesadumbre desde las ollas mientras Silvaninha pronosticaba: «Un día acabará matando a Bebeto»).

Pero el sueño se diluyó de inmediato. Eso pensé al despertarme. Universo seguía en clase. La noche zumbaba de insectos y las lianas chorreaban algo. Lo principal, declamaba Universo, era poner tus tropas en alguna ratonera, de modo que la única escapatoria posible fuera librando batalla. ¿Así peleaban los chinos?, observó Bebeto asombrado. Exacto, dijo Universo. Los soldados sólo pierden el miedo frente a un grave peligro. Cuando no tengan alternativa, lucharán hasta la muerte. Mientras no se vieran rodeados, les faltaría esa garra. Pero ojo, dijo Universo. Si le tocaba sitiar a un ejército acorralado, debía tener en cuenta que su enemigo lucharía hasta desangrarse.

Siempre convenía dejar un escape a un ejército en desbandada. Mucho cuidado con eso. Lo último que podía permitirse en la vida era que su enemigo perdiera la fe. Nunca se debe pelear contra gente desesperada. Todo esfuerzo sería poco para mostrarles alguna esperanza, convencerlos a toda costa de que aún podían salvarse. Sólo entonces debía lanzarse a su total exterminio. Con relación a sus tropas, insistía Uníverso, era preferible tenerlas en la más completa ignorancia. Uno sólo puede ganar cuando nadie conoce sus planes. «¿Se da cuenta, padrecito? Cualquiera chino le diría lo mismo».

Pude imaginarme a Beбето escuchándolo como en misa, como haciéndose a la idea de acorralar a un ejército sin dejarlo caer en el pesimismo. Uníverso al fin se calló. Hubo una larga pausa. Me pareció que estos dos alternaban más de la cuenta. Y Uníverso: ¿de dónde sabía tanto sobre el asunto? Pensé que no era un simple maestro ni un oscuro desertor sino un agente enemigo que nos llevaba hacia la catástrofe. Concretamente, un general de los topes. ¿Se dan cuenta de lo que digo?

Todo eso había sido la noche anterior. Ahora, mientras reposábamos en cuclillas junto al sendero, ambos cruzaron una mirada. Pensé que con Silvaninha estábamos fuera del juego, que sería preciso cuidarse. Por fin Beбето abrió su propia mochila. De adentro sacó un tubo metálico con el sello del Estado Mayor. El tubo tenía unos planos que representaban la fortaleza en todas las perspectivas. Ni siquiera faltaba un óleo mostrándola en una curva del río, bien camuflada en el monte por sus murallas color verde oscuro. Yo recordaba ese cuadro de la oficina del coronel. El resto eran los planos técnicos, trazados a la perfección. Uníverso los contempló fascinado. Jamás había visto algo igual. Figuraban desde los trescientos cañones hasta las letrinas aéreas, o sea las molduras de piedra donde la tropa ponía los pies en lo alto de las murallas, junto con las vigas salientes que usaban de agarraderas cuando defecaban en el vacío.

Era impresionante tenerlo en mis manos, ahí en medio del monte. Había sido el secreto mejor guardado en la Alianza. A Beбето también le había tocado dibujar algunas partes. Si había poco trabajo en la Mesa, nos llevaban a la oficina. Ahí tirábamos líneas o trazábamos un boceto. Por lo general, trabajábamos con algún topo que aportaba información. Un día debimos pasar en limpio el croquis del Pozo de Escucha. Por lo menos tres topes desfilaron aquella vez. Había dos oficiales encargados de interrogarlos. ¿La pared estaba revestida en ladrillo? ¿Cuántos metros le calculaban desde la boca hasta el fondo? Los topes examinaban el croquis y sugerían las correcciones. Comprendí que el famoso Pozo era vital en la fortaleza. Servía para auscultar sus menores trepidaciones. Abajo siempre había una guardia. Resultaba imposible cavar un túnel sin que ésta lo detectara, de modo que los intentos para volar San Bernardino habían resultado un fracaso.

Ahora mi pozo estaba en los planos, resaltado con tinta roja. Universo sonrió al descubrirlo. Explicó su funcionamiento y a continuación señaló las pilas de agua bendita. Eran platos de piedra como pilas bautismales, destinados a registrar los movimientos del agua, lo cual venía a indicar cualquier vibración extraña. Estaban en el fondo del Pozo y en lo alto de las murallas. El Pozo contaba con dotación permanente. Un sepulcro hubiera sido más cómodo. Tenían prohibido hablar entre ellos y todos andaban descalzos. Cualquier ruido implicaba un arresto. La idea era captar toda señal bajo tierra, así fuera una rata cavando. Del fondo del Pozo de Escucha partían a su vez cuatro túneles. Al extremo de cada uno siempre tenían un topo de guardia. Pues bien: había otro túnel en danza. Era el túnel de la Alianza. Pasaba, según Beбето, a lo largo de San Bernardino. Era un verdadero milagro que al hacer su Pozo de Escucha los topos no hubieran dado con él. En realidad, habían cavado ese pozo debido a las inquietantes señales que recibían a diario. Pero finalmente la Alianza había dejado el proyecto. Ahora la boca del túnel seguía oculta en la selva, a la espera de algún comedido que hiciera volar a los topos. Que según todo indicaba vendríamos a ser nosotros, los gloriosos voluntarios de *Unidos da Mangabeira*, la patrulla despachada por Mamulengo para rescatar el globo de Sampson. Alguien estaba loco, eso resultaba evidente, pero ya era tarde para plantearlo. Nuestra última esperanza era la cañonera. Ellos serían los encargados de colocar en la cueva las diez toneladas de pólvora. El resto correría por nuestra cuenta.

«Así no, padrecito, saque los ojos del blanco. Acuérdesse que es de noche. Hay que aprender a mirar en la oscuridad. Supongamos que Silvaninha es un tirador enemigo. Mire más bien al costado, a esas raíces gordas. ¿Con él rabo del ojo, dicen ustedes? Luego apunte despacio. Sobre todo no se distraiga. Deje tranquilo el reloj. No piense tanto en su casa o en la hora del relevo. Tampoco se deje llevar por el miedo. Lógico, es una boca de lobo, uno entra a delirar. Hay tinieblas y ruidos raros, cualquiera se hace en las patas. Pero el enemigo nunca está tan encima como parece. Usted sólo manténgase oculto. La cara de un tirador cuerpo a tierra se recorta perfectamente contra sus hombros. Por eso debe tiznarse, por oscura que sea la noche. Solamente tiznarse, no bañarse de carbón. En ese caso la luz rebota. Fíjese por ejemplo en los negros. Los negros son blancos perfectos. Encima les da por usar camiseta. Es el mejor sitio para apuntarles, el vértice de la camiseta en el pecho. Uno se cansa de matar negros de noche. Si no tiene corcho quemado estruje unos yuyos verdes hasta formar una pasta. Lo principal es concentrarse en el objetivo. Padre, vuelva a abrir ese ojo, ¿quién le dijo que debe cerrarlo? Apunte con los ojos abiertos y parpadee tranquilo, de lo contrario va a largarse a llorar. Tampoco se duerma apuntando, el objetivo pronto se pierde, el ojo se desafina. Hay que poner optimismo para acertar el disparo. Por eso le digo, padre, que todo pasa por la cabeza, así que no se quede pensando en su mala leche. El enemigo también tiene miedo. Usted sólo

mantenga la calma. A uno se le va la paciencia, pronto empieza a tirar al bulto. O peor, le dispara a los ruidos. Planifique sus movimientos. ¡Sáquese las balas del bolsillo! Téngalas bien a mano, no las deje entre los yuyos. Cuidado con la boca del arma, que no se le meta en el barro. Nunca se aposte en el pedregullo o detrás de la tierra seca. A lo mejor el amanecer lo agarra ahí todavía. Entonces verá si le conviene quedarse. Manténgase a la sombra, el contraluz es fatal. Los ojos del enemigo están fijos en usted. Y por favor quédese quieto, no se retuerza tanto. Permanezca en el sitio o avance. Si al final decide moverse, resuelva primero cuál será su próxima posición, no sea que ya esté ocupada por el enemigo. Bueno, ya estamos parapetados de nuevo. Ahora, ¿por dónde piensa hacer fuego? Sólo por el costado derecho, no se levante para disparar. Tampoco se asome a mirar los resultados de su disparo. Es posible que a esa altura usted ya esté todo meado o que tiemble como una hoja. No se preocupe, es normal. Otros se llenan de ronchas o se portan como pendejos, eso también sucede. Se van encogiendo de a poco y pierden conciencia de todo. Parecen niños abandonados. Se les cae la saliva y se llevan el dedo a la boca. Capaz que les da por comer caramelos o les viene una rabieta. Cualquiera podría entenderlo. No hay nada más complicado que combatir en la selva de noche. Uno está solo en el mundo, aunque su compañero se halle a diez metros. Más todavía si el enemigo es alguien como nosotros. De acuerdo; un topo, si usted lo prefiere, lo peor que podría tocarle. No se ría, padrecito. Usted ya sabe cómo es la cosa, peleamos hasta que nos matan. Podemos cruzar la selva descalzos y sin agitar una hoja. Con un hacha llegamos a hacer cualquier cosa, desde tomar un pozo de zorro hasta romper un vagón en pedazos. Entonces, lo peor que podría pasarle es que se le trabe el fusil. Si un topo armado con hacha corta consigue acercársele, vaya dándose por muerto. En todo caso no pierda tiempo mirando el filo del hacha. Sólo mire sus ojos. Usted necesita saber adónde irá el próximo golpe, así que no los pierda de vista. No hay diferencia entre un samurái y un hachero. Ambos darán un vistazo rápido a la zona que deben golpear. Pero tenemos nuestros puntos débiles. Mamulengo dice que somos estúpidos y poco creativos, que usamos más el instinto que la cabeza. No sé de dónde lo saca. Una cosa es segura: tenemos pésima puntería y siempre andamos cuidando las balas. Hasta el momento, es lo que ha salvado a la Alianza».

Universo era un hombre de libros. Cuando le daba por tirársela de maestro, no había quién le ganara. Podía pasarse las horas remando con sus palabras. Ahora yo estaba con él practicando tiro nocturno, mientras los otros dormían. Era una siesta devastadora, pero hacíamos de cuenta que había llegado la noche. Nos habíamos apostado detrás de un árbol caído. Yo sólo debía apuntar, mientras hablábamos en susurros. Tampoco debía accionar el cerrojo, pues el chasquido te delata a media legua. Sólo acariciaba el gatillo y contenía el aliento, mientras mis ojos se iban en lágrimas. De cualquier modo, la carabina estaba vacía.

Es difícil entender cómo no nos largamos de ahí, por qué marchábamos detrás de Beбето; por qué, a pesar de todo, lo seguíamos escuchando. Tal vez porque suponíamos que tarde o temprano iba a detenerse en la senda y luego de contemplarnos con aire rabioso (Beбето tenía la misma mirada de cierto capellán del Ejército, que te excomulgaba en privado sin que uno llegara a saberlo nunca), daría la media vuelta y tomaríamos rumbo al Nidal, donde Universo conocía gente que nos brindaría su casa de mil amores, pues sólo había que verse para admitir que *Unidos da Mangabeira* pasaría perfectamente por una familia de topos, con lo cual nuestras penurias podían terminar para siempre.

Pero seguíamos en camino. Digamos que fue Silvaninha la causa. Ella adoraba a su hermano y yo no quería perderla. En la última semana habíamos deambulado en las sombras para practicar combate nocturno, según órdenes de Beбето. Éste, a pesar de su belicismo, no cesaba de quejarse. Era la habitual divagación de Universo, sometida a arreglos propios. La guerra venía cada vez peor, antes se obedecían algunas reglas, se hacía una pausa para el almuerzo, las tropas se retiraban a cuarteles de invierno y jamás atacaban de noche, comentó en el desayuno con aire provocador, esperando cualquier amagón de Universo para llevárselo entre los cuernos. Pero éste no pensaba contradecirlo. Quién sabe qué estaba pasando por su cabeza. Quién sabe qué estaba pasando por la cabeza de todos. Dicen que no hay peor sensación de peligro que patrullar territorio enemigo. Una rama quebrada, una tos inoportuna y todo se va al carajo. Sin embargo, nosotros seguíamos como si nada.

Aquella madrugada llena de insectos, rompiendo el mutismo de práctica, Silvaninha se largó a canturrear por lo bajo el tema de Sao Benedito, la *Marchinha Camineira* que alborotaba a su pueblo durante las procesiones del santo. Nadie le dijo nada. Es más: a todos nos puso contentos. ¿Alguien podrá creer que nos enganchamos con eso y fuimos marcando el ritmo por el sendero? Cierto que a esa altura, hasta Universo admitía que la zona estaba limpia de topos. Si algo iba quedando claro, era que sus patrullas se habían evaporado y ahora estaban metidas en las casamatas situadas al pie de las torres. ¿Cómo íbamos a trasponer esa línea? Nadie se atrevió a preguntarlo. Las casamatas eran trampas mortales. Tenían entrada única, lo cual significaba una sola vía de escape para el personal apostado. Es lo que pasa con cualquier fortaleza del mundo. No hay muralla que valga. Adentro, todos comprenden muy bien que están librados a su propia suerte y que sólo podrán escapar si aniquilan al enemigo.

Así estaban las cosas durante la madrugada en cuestión. Se suponía que pocas horas más tarde, arrastrándonos por un túnel que sólo conocía Beбето, íbamos a volar medio mundo con todos los topos adentro. A la salida del sol, Beбето estaría en el río, arreglando los detalles con la gente de la cañonera, que tendría a su cargo la

colocación de los explosivos.

Silvaninha era hija del rey del Congo, había dicho Universo. Bueno, allá no era nada del otro mundo. Los morros se venían abajo de tantos reyes del Congo. Para cubrir este cargo, sólo se precisaba un buen pardo con ínfulas de caudillo. Si éste gozaba de ciertos contactos, no le resultaría imposible. Por ahí se haría preciso que estrangulara a su antecesor. Pero lo realmente importante sería que hablara con dos o tres tipos. Debía garantizarles que el lunes, como de costumbre, hasta el último de sus conocidos estaría de vuelta en los surcos, así hubiera flotado en *cachaba* durante todo el domingo.

De cualquier forma era lindo saber que andabas con una princesa. Pensándolo bien, sólo alguien de la realeza podía marchar por la selva con los aires de Silvaninha, aunque Universo dijera que medio país se meneaba así, no sólo en una congada sino cualquier día de santo, sobre todo de Sao Benedito, que no era otro que el santo negro. Lo mejor de este santo era que su cumpleaños lo decidía uno mismo. Salías cualquier mañana pensando, «Hoy es el día de Sao Benedito», buscabas algunos compinches y te ibas cantando con ellos detrás de la procesión.

Aquella tarde, sin la menor idea de las pasiones que levantaba, Silvaninha iba a través de la selva como si fuera la diosa del maracatú. Uno ya se la hacía en la coronación de su padre, bailando al ritmo de los tambores por la calle del Caboclo. Desde entonces, según Bebeto, no había africanada posible sin la participación de esta niña en su carácter de Princezinha. La disputaban de todas partes, pero ella sólo participaba en las congadas de los mulatos, que no podían soportar a los negros. El desfile empezaba a la medianoche del jueves y terminaba el domingo. Entonces todo el mundo se presentaba en la iglesia con su traje dominguero, «la ropa de ver a Dios».

Cualquier otra chica, decía Bebeto, hubiera perdido el seso ante aquel aluvión de ofertas. Silvaninha, por el contrario, había permanecido leal a su gente. Ella sonreía feliz. De vez en cuando el pendejo le echaba un piropo a la hermana, por más que se la pasaban peleando, a veces por cosas tan viejas, como que Bebeto jamás le había cedido el papel de monaguillo cuando jugaban a Sao Benedito. El resto del tiempo apenas cambiaban palabra, pero iban por la espesura como dos caballos inseparables. De cualquier forma, para Bebeto, después de su guitarra caipira, su hermana era prácticamente lo único que le quedaba en la vida. Le gustaba cargosearla con eso del orgullo mulato, aunque yo creo que Silvaninha, con tal de salvar a su hermano, hubiera meneado el culo en el maracatú de cualquiera. Me figuro que más de una vez se habrá soñado sambando en algún ostentoso maracatú de los negros. Ahí sobraba la plata. Más que una ceremonia de coronación, aseguraba Bebeto, parecían las mascaradas del Hotel Flamingo, donde la gente bailaba llena de plumas hasta la salida del sol. Los propios dueños de la negrada se ocupaban de financiarlos. Incluso

les daban en préstamo sus uniformes de coroneles y las joyas de la familia. Hasta el cura ponía el hombro. No quería ver tantos negros en manos de cabecillas ateos, lo cual explicaba sus preferencias. Así que el desfile empezaba en la iglesia y luego el rey Congo saludaba al alcalde y se detenía en cuanto capilla surgía por el camino para que el Menino Jesús bendijera a su pueblo, tras lo cual todo el mundo se sacudía a los pies del Crucificado hasta que éste bajaba por fin y se ponía a bailar junto a ellos.

Cuando Bebeto cerró la boca y el tema pareció terminado, Universo presentó su propia visión del caso, o sea por qué todo iba para los negros y los mulatos se quedaban con las ganas. Ésta era, a su criterio, la forma de dividir a los africanos, mantenerlos entretenidos con sus guerras de congadas y que no se les diera por alzarse a cada momento. Era maestro de alma, Universo, quiero decir. Por más que hablara y hablara, siempre daba la impresión de quedarse con lo más importante. Un buen maestro, reconocía Universo, debe saber el doble de lo que enseña. O enseñar la mitad de lo que sabe, le retrucaba Bebeto, que no le dejaba pasar una sola.

Estábamos de sobremesa al costado del arroyo. Junto a nosotros quedaban los restos de un asado de tatú. Silvaninha se largó a improvisar una de sus canciones tristonas mientras su hermano marcaba el ritmo en un tronco. Cada vez que lo veía haciendo eso pensaba en cuánto debía sufrir el pobre. Era evidente que echaba de menos la viola. En cierta forma, todos lo acompañábamos en el dolor. Nos habíamos habituado a escucharlo cuando cantaba en el globo. Nada desconsolaba tanto a Bebeto como aquella guitarra perdida. Si estaba en San Bernardino, decía, era más por la guitarra que por el globo de Sampson. Hasta entonces nunca se había apartado de ella. En la barquilla solía llevarla junto a sus piernas. Peleaba constantemente con Sampson debido a la falta de espacio. Era una guitarra caipira con cuerdas de tripa de mono. Tenía cerca de un siglo, o sea la edad de todos nosotros juntos, contándolo incluso a Universo. Esto podía saberse por las vetas de la madera: casi negras los inviernos; los veranos algo más claras. De cualquier modo, reconocía Bebeto, la selva la hubiera destruido. En Mangabeira, contó una vez Silvaninha, su hermano solía ponerle un ramito de ruda fresca para impedir que desafinara, mientras que jamás la obligaba a dormir con las cuerdas contra la pared de su cuarto, pues era ronquera segura.

Entonces llegó la siesta. Mientras Universo y Bebeto roncaban a pata suelta, Silvaninha se dispuso recitarme al oído su receta de tatú a la *Boa Mesa*, que pensaba incorporar al menú tan pronto nos instaláramos, siempre que lograra tener a mano la clave de dicho plato, el inolvidable *tempero de especiarías*, cuya receta parecía dispuesta a revelarme ya mismo. Su boca rondaba tan cerca que ya sentía su lengua cuando ella dictaba los ingredientes. «*Abacaxi* —susurró— (*urna rodela grossa*). *Umtatu*. *Tempero de especiarías* (7 *colheres de sopa*). *Marinada frita* (2 *xícaras de*

cha).» «¿Y entonces?», murmuré yo. «*Abrir o casco pela parte de baixo. Limpar o tatú com cuidado. Deixar a carne no casco. Picar a cebolinha verde.*». Como su voz se debilitaba decidí acudir en su ayuda, para lo cual avancé cuanto pude. «*Condimentar com tempero de especiarias*», prosiguió Silvaninha, bajando lentamente su boca hacia la zona debida. Una vez de regreso, señaló entre suspiros: «*Untar a carne com o abacaxi, espremendo suavemente*». «Ahora meta un chorrito de eso que usted le pone», le solicité por mi parte. «*Molhar com a marinada*», obedeció Silvaninha, para finalizar del siguiente modo: «*Cozinhar o tatú no próprio casco em fogo suave*». «¿Y el tempero?», reclamé sin aliento. «*Cebóla picada, cominho, cravo da India, lauro moido, noz moscada, orégano, pimenta do reino, sal, vinagre e pimenta malagueta, que é a que mais arde*», murmuró Silvaninha a punto de pegar un grito. Cuando terminó la receta, estábamos tan agitados que corrimos a las raíces, a sacarnos el diablo de adentro.

Con el correr de los años vamos a reírnos de esto, se me ocurrió al otro día. Dos *mulatinhos* de Mangabeira con un maestro de escuela que había extraviado a sus niños, más un Pata Blanca a remolque, éramos los encargados de volar el baluarte que había frenado por años a la tercera flota del mundo. Yo ni siquiera sabía disparar un matagatos. Toda mi instrucción militar se reducía a esa lección de Universo sobre combate nocturno. Encima no había parado de hacerme recomendaciones, no fuera que terminara por escapárseme un tiro. Eran los días de hablar en susurros, cuando suponíamos que los topos andaban sueltos. Con esa gente nunca sabías. Cuando ibas en plena selva podías pasar veinte veces sobre una posición de los topos sin sospecharlo siquiera.

Acorralamos de nuevo a Beбето en procura de algunas definiciones. Saber por dónde entraríamos; ésta era mi gran obsesión. Segundo, si teníamos que entrar disparando. Beбето jamás respondía lo mismo. ¿De qué combate le hablábamos?, replicaría esta vez. No habría ningún combate. Con los andrajos debidos, cualquiera de nuestra cuadrilla podría pasar por un topo. Por lo tanto, entraríamos como infiltrados. Por supuesto, luego del polvorazo. Era todo lo contrario de lo que había dicho Beбето sólo unos días atrás.

A esa altura, ya nadie se lo creía. Al fin y al cabo, no había ningún indicio de que las cosas fueran saliendo como decía Beбето. Por ejemplo, nuestra cañonera de apoyo. ¿Adónde estaba, realmente? ¿De veras venía detrás de nosotros? Del contacto con esa gente se había ocupado Beбето. Un día, cuando vadeábamos un arroyo, creímos sentir a lo lejos el apagado rumor de su máquina, pero estábamos tan apurados por llegar a la orilla que lo perdimos muy pronto. El problema con aquellos riachos era que todo el tiempo ibas muy ocupado en llegar a la otra margen con los dos huevos intactos.

Universo largó la risa. ¿De dónde sacábamos eso? Jamás había visto un soldado con los testículos devorados. Para defender su teoría, esa noche preparó una sopa de pirañas. A nadie le convenció demasiado, pues la carne era escasa y babosa. A los postres, por decirlo de alguna forma, aprovechamos para preguntar por el túnel. Hasta el momento sólo habíamos visto un mísero hueco en la tierra. Silvaninha quiso saber si podía meterse. Bebeto dijo que estaba loca. ¿Quería morir aplastada? Aquella galena fangosa se vendría abajo en cualquier momento. Por lo demás, la colocación de los explosivos no era problema nuestro. Eso estaba reservado para los tipos de la cañonera, entre los cuales venían mineros y expertos en voladuras. «Creo que no hay ningún túnel», me dijo Silvaninha esa noche. «Bebeto me tiene podrida».

Por eso, cuando la fortaleza voló por el aire, estábamos en el mejor de los mundos. Dormíamos a pata suelta. Hasta unos minutos antes, habíamos estado *batendo papo*, según la frase de Silvaninha cuando nos dejábamos llevar por la charla. Hablábamos del futuro. Ella pretendía casarse virgen, para lo cual tenía una receta infalible: un baño de asiento con cascara de *barbatimao* hervida en agua salada. ¿Y con quién pensaba casarse? Con Geraldo (¿con quién si no?), su primer amor de la escuela. Le recomendé que no se pasara en la dosis, no fuera que llegara al altar muy estrecha y luego anduviera en un grito. Ella dijo que tenía mil recetas como ésa, sólo que nunca las recordaba. Eran de su tía Matilde. ¿La misma que le dio el susto a tu hermano? Exactamente, respondió Silvaninha. Matilde abrió de repente los ojos y le metió un abrazo a Bebeto. Eso fue en el cajón, en el curso del velorio. ¿Qué dirías si fueras a darle a tu tía el beso de despedida y ésta te tomara del cuello chillando como una rata?

Fue lo que sentimos nosotros cuando se apagó el estallido. Que la muerte se nos había colgado del cuello y nos arrastraba al abismo. Primero nos reunimos en el oscuro, entre gritos y risas nerviosas. Supuestamente, era el momento de lanzarnos tras las murallas aprovechando la confusión. Estábamos a medio kilómetro, trasponiendo el monte de tamarindos. Pero Bebeto guardó silencio. Nos mantuvimos ahí, dejando pasar el tiempo. De acuerdo con Universo, un pelotón aterrado sólo tendía a escaparse. Únicamente los soldados enfurecidos adoptaban la determinación de luchar.

Decidimos aguardar la mañana. Sólo quedaba tirarse un rato, a ver si durante el sueño juntábamos algo de rabia. Nos dormimos abrazados, en aquella madrugada confusa. Antes de hundirme en las sombras descubrí que Silvaninha movía los labios. Le rezaba al Ángel de la Guarda del enemigo para que tuviera piedad de nosotros. Luego pude soñar y todo. Como era previsible, fueron escenas frenéticas, ligadas con ataques nocturnos. Estábamos en Lomas da Bananeira, ante una trinchera enemiga. A mi lado se hallaba Universo, disparando entre las tinieblas. Tenía los ojos de un

aguilucho implacable. Apuntaba con la certeza de alguien capaz de localizarte a mil metros en una noche cerrada, con el simple fulgor de la llamarada de un fósforo.

Hablando de sueños, hay uno que nunca me deja. Resulta que estamos en Mangabeira. Venimos bajando del morro para tomar de inmediato por la calle de la iglesia. Al frente marcha Universo, que acaba de ser coronado Rey Congo. Lo acompaña Beбето, en su carácter de secretario. Atrás viene el cuerpo de baile a cargo de Silvaninha, entre lanzaperfumes y serpentinas. Ella es la *porta-bandeira*. Yo voy de solista del grupo, alternándome con el coro. La gente de las veredas es una lluvia de aplausos. *Unidos da Mangabeira*, lo mejor de la tarde, eso que el nuevo monarca, en vez de la túnica real, apenas lleva sobre los hombros una colchita raída. Entre las voces del coro se destaca la niñada, que canta de una manera que te deja sin respiro. Luego toda la mulatada va replicando en falsete, bien al gusto africano. Entonces viene mi turno. Nunca logro saber qué canto. Sólo sé que lo hago en quincongo, la misma jerga del coro. Desde la selva, de contrapunto, llega un responso de monos. Es tan grandioso el efecto que termino llorando dormido en los brazos de Silvaninha. Yo, que jamás acerté una nota, ahora soy la nueva revelación musical en Mangabeira da Mossamedes.

Al final nos metimos por el portón principal, pues la fortaleza estaba vacía. Fue a la noche siguiente. Nos habíamos pasado el día espiando desde los tamarindos. Por empezar, la fortaleza seguía en pie. Los únicos vestigios del estallido eran tres gruesas columnas de humo. Pero Beбето no se desanimó en lo más mínimo. Al contrario, sólo se dedicó a ponderarse mientras continuábamos el avance, prometiendo que el estallido había hecho trizas el corazón del baluarte, junto a los polvorines y el Pozo de Escucha. No me molesté en discutir. Estaba muy ocupado contemplando las piezas de artillería que brotaban de las murallas. Había algo tan falso en aquello que recordaba a la Mesa de Arena, aunque resultaba difícil captarlo con nuestros gemelos de teatro. Pero tan pronto rebasamos las casamatas fue evidente que se trataba de cañones de guatambú. A esa altura ya sospechábamos que la fortaleza estaba desierta. Los topos se habían retirado en las sombras con toda su artillería. Imposible adivinar cómo lo habían logrado. Hasta último momento habíamos escuchado las bandas que tocaban *La Palomita*, junto con otros temas tan deliciosos como *Mamá Cumaná*, *London Carapé* y *Cuadrilla Boliviana*. Para Beбето, tanto los topos como los Patas Blancas teníamos el oído en el culo.

De vez en cuando un acorazado, oculto en una vuelta del río, había tirado unas andanadas, pero de la fortaleza jamás replicaron el fuego. Todo hacía pensar que las bandas eran una simple cortina, que sólo quedaban los músicos en el interior de la fortaleza. ¿Pero y si los topos aún permanecían adentro? En la Mesa de Arena decían que de los topos valía esperar cualquier cosa, como mantener los cañones callados

para hacerte morder el cebo mientras ejecutaban *La Palomita*. La música ya era parte del juego: tocaban tanto para celebrar sus victorias o disimular sus derrotas como para sugerir que no estaban en el sitio debido cuando en realidad te esperaban ahí justamente o en su defecto para todo lo contrario. Si ibas a creerle a Universo, la música de sus hermanos era mucho más refinada que el tam tam de Mangabeira. Admito que era lindo escuchar sus arpas en el crepúsculo, cuando aún no se habían robado los instrumentos que el coronel Vitoriano había reunido con tanto celo para tocar en los carnavales de la Rúa Bananeira.

Ahora resultaba evidente que adentro no había quedado un alma. De cualquier modo, avanzamos por los callejones oscuros con las armas amartilladas. A Beбето se le apagó el entusiasmo. Nos habíamos preparado para cualquier otra cosa. Hasta último minuto, Universo se había ocupado de todo. Para infiltrarnos como es debido, ni siquiera faltaría un guacamayo en el hombro de Silvaninha, ataviada como aquellas vendedoras descalzas que fumaban cigarros negros en la Plaza de los Leones, allá en el Nidal de los Topos. Supuestamente, la mañana nos hallaría como un pelotón replegado que reponía sus fuerzas en el puesto de la mujer de los pájaros, en medio del cañoneo y el resoplar de los trenes y las carreras de los soldados a poco del polvorazo.

Éste era el decorado previsto, sólo que el teatro estaba vacío. El interior de la fortaleza no difería en nada de cualquier emplazamiento enemigo. Ni siquiera se echaban de menos los barracones de las mujeres. Un campamento de topos era, ante todo, una legión de mujeres que iban de aquí para allá con muertos o municiones, mientras otras cocinaban o tendían la ropa sin soltar su cigarro, rodeadas de niños disfrazados de soldaditos que jugaban infatigablemente a la guerra. Cada tanto, algún tiroteo. Entonces los chicos desaparecían como por arte de magia, pues los aliados, especialmente los Patas Blancas, teníamos fama de levantarnos, cada vez que podíamos, alguna criatura al paso, para mandarla como recuerdo a cualquier tía de Buenos Aires.

Pero aún faltaba lo peor. Todo estaba saliendo al revés. Suspiré por los días felices de Lomas da Bananeira, cuando San Bernardino no era más que un armario entre una jungla de escarbadiantes.

No sólo la fortaleza estaba desierta: también el Nidal de los Topos, a cien millas de distancia. A esa hora, bajo la oscuridad de la lluvia, millares de viejos, mujeres y niños arreados por el ejército abandonaban la capital y se arrastraban con su miseria a cuestras, en busca de otro reducto para seguir resistiendo. Pero nosotros no lo sabíamos. No sabíamos nada de nada. Nos limitábamos a incursionar desplegados por la ciudadela desnuda, sin la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Por eso nos alarmó de tal modo la frase que resonó a nuestras espaldas: «*Te dou um beijinho de*

língua, depois arrebento seu cuzinho».

Era la voz de Sampson.

III

Los niños del Chirigüelo

Giramos la cabeza atónitos. Sobre una terraza vecina, nuestro antiguo camarada del globo bebía a la luz de las velas en compañía de un gordo. En realidad, ya estaba aclarando. Apenas repuestos de la sorpresa, llegamos arriba en dos saltos y empezamos a los abrazos. Al parecer, ya nadie tenía presente que la excusa de la misión había sido buscar el globo. Su acompañante observaba con una sonrisa gentil. Sampson pidió coñac para todos. Un topo de chaqueta blanca estaba a cargo de las bebidas. Descubrí la mirada que cruzó con Universo. Se me hizo que cambiaban señales como dos barcos en alta mar. ¿No era que cualquiera de nosotros podía pasar por un topo? Pero este topo ignoraba al resto del pelotón. Ni siquiera miró a Silvaninha. En cambio el gordo se babeaba con ella.

Había una corbeta en el río. Sobre la popa flameaba una bandera británica. El barco se disponía a partir. ¿Estaba al servicio de Sampson?

Éste advirtió nuestro interés por el barco.

—Dentro de un rato nos vamos —hizo saber.

—Perfecto —asintió Bebeto, como si encabezara la lista de pasajeros.

—Parece que somos los últimos —añadió el norteamericano.

—Sólo que nosotros partimos cuando se nos antoja —le confesó el gordo a su copa.

—Míster Clifford trabaja para el *Times*.

—Y éstos son sus amigos del globo —señaló Clifford.

—Así es. ¿Quiere que lo llevemos al barco? —quiso saber Johnny Sampson.

—Bueno —contestó el gordo, sin la menor intención de levantarse.

—Clifford debe telegrafiar un artículo —explicó el norteamericano.

No disimulaba las ganas de librarse del gordo. Supuse que habría un bote a la espera para conducirlos a bordo. Pero Clifford siguió arrellanado en su reposera de mimbre. Parecía intrigado con nosotros. En circunstancias distintas habríamos pasado a figurar en sus notas. Llevaba veinte años entre los topos, según supimos después, lo cual no sólo se notaba en su aliento al coñac sino también en su modo de hablar. Ahora había llegado el momento de salir huyendo de ahí. Mientras Bebeto narraba nuestra odisea para llegar a la fortaleza, los ojos del gordo vagaban por la selva circundante, como si quisiera hallar las razones que lo habían llevado a clavarse en

ese país espantoso.

Luego encendió su cigarro. Todos quedamos callados. Sampson continuaba incómodo. ¿Qué esperaban para largarse? La fiesta de la terraza lucía de pronto como una reunión forzada, a cargo de dos socios hostiles sin afecto societario.

Algo estaba por suceder.

—Pagaría por ver ese artículo... —murmuró Sampson.

—Usted ya conoce la línea —replicó el gordo.

—«Nuevo triunfo de la industria británica» —sugirió el norteamericano.

—Algo así —dijo Clifford.

—«Acorazados hechos en Liverpool doblegan la Fortaleza Invencible».

—Que no era para tanto, según parece.

—Usted lo ha dicho. Pero conviene regar el mito. De lo contrario no hubiera sido una gran victoria.

—Del *Maria da Gloria* ni hablar —dijo el gordo.

—Desde luego. Qué torpedazo, ¿verdad?

—Lástima que usted no pueda hacer propaganda.

—Cierto —admitió Sampson—. Después de todo, fueron torpedos nuestros.

—¿Conflicto de intereses, se llama eso?

—Mire, todo podría arreglarse con un mínimo de sagacidad periodística. «Doble triunfo de la industria británica. Sólo un torpedo Whithead podía mandar a pique el orgullo de Liverpool». ¿Qué le parece?

—Perfecto —aceptó Clifford—. Nada como un buen título para dejar en claro lo inexplicable. Pero fueron dos los torpedos, en realidad.

—Es verdad.

—Suerte que usted les vendió nada más que tres. ¿Cuándo usarán el que falta?

—Buena pregunta.

—He oído que los brasileros están nerviosos...

—Bueno, ya les quitamos la fortaleza de en medio, ¿no? —dijo Sampson.

Luego consultó su reloj y miró en dirección al río:

—Ya deberían estar pasando.

—Gracias a Dios que usted está en todo.

—No se imagina el trabajo que da esta guerra.

—Sampson: ¿cómo se puede ser tan cabrón? —dijo Clifford, más alegre que otra cosa.

—Lleva su tiempo. Diez por ciento de inspiración, noventa de traspiración.

Ya estaban bien entonados. Hasta el gordo había perdido su curiosidad por nosotros. En cambio Universo seguía pendiente de aquellas criaturas que lo estaban enfureciendo. Su contacto con el topo que oficiaba de camarero lo había despabilado. No había pasado de algo tan irrelevante como un cruce entre hormigas, a las cuales,

sin embargo, les basta frotar las antenas para comunicarse mil cosas. Recordé las misiones fallidas del Setembrada. Mientras flotábamos a la ventura sin ver nada de nada, la espesura se sacudía bajo la información de los topos.

La luz del día ya daba sobre nosotros, mientras se disipaban los vapores del río. Universo se revisaba las uñas. Pensar que en algún momento me había pasado por la cabeza que se trataba de un general de los topos dispuesto a darle otro cariz a la guerra. Ahora, bajo el sol de la mañana, nuevamente lucía como la vez que llegó a nuestras filas, pura pena y esqueleto, un pobre tipo como nosotros que tampoco tenía en claro para quién estaba peleando. Le di un palmetazo en la espalda. No pareció darse cuenta. Su vista vagaba a lo lejos, sobre una orilla del río, donde la corbeta de Sampson amenazaba con su partida, mostrando los fuegos a punto y las paletas por fin en el agua. Tenía cuatro plataformas para cohetes y un cañón giratorio en la proa y otro par en las bandas. Una típica corbeta británica, de las que sólo el Almirantazgo podía armar en cinco minutos para despachar donde fuera, en lo posible al otro lado del mundo. Era el único signo de vida en el río.

Bebeto aprovechó el intervalo para sacar un sobre lacrado.

—Traje una carta —dijo entregándola a Sampson.

¿Una carta? Era lo único que faltaba. Al final resultaba que éramos simples carteros. Sampson la leyó un par de veces, mientras al periodista se le iban los ojos tras aquellas líneas fechadas en el Estado Mayor de la Alianza. Luego Sampson dobló la carta y la metió en el bolsillo. Presentimos que había llegado la hora de mandarnos mudar. Nos envolvió en sus abrazos, incluyendo a Silvaninha. Únicamente ella, que acababa de conocerlo, parecía conmovida por este oso regalón que repartía abrazos de niño.

—«*Te dou um beijinho de língua, depois arrebento seu cuzinho*» —le dijo luego a Bebeto, para volver a abrazarlo entre carcajadas.

Que como nadie ignoraba, sólo quería significar: «Voy a darte un besito de lengua y después voy a romperte el culito».

Estrechó la mano de Bebeto, mientras le murmuraba algo al oído. Primero Bebeto se puso blanco, de modo que Johnny Sampson decidió caminar junto a él unos metros, sin sacarle el brazo de encima. La conferencia duró un suspiro. Fueron y volvieron varias veces. El propio Bebeto contaría esa noche los detalles de la entrevista. Con la guitarra nada que hacer, había dicho de entrada nuestro viejo amigo Sampson, pero en apenas cuatro semanas éste se hallaría de vuelta junto al Setembrada Segundo. Ya estaba vendido a la Alianza. Tenía capacidad para doce generales a bordo, además de sus tripulantes, que seguiríamos siendo nosotros. En lugar de percherones contaría con un malacate a vapor capaz de remontarnos a ochocientos metros de altura. En una de éstas ya estaba siendo cargado en los muelles de Porto Alegre. Por si eso fuera poco, había un nuevo producto en danza: un

submarino secreto que estaba aún bajo prueba en Carolina del Sur. Estas noticias, al parecer, alentaron a Beбето, que se acercó hasta nosotros para decir con alivio:

—*Tudo bem.*

¡Y nos fuimos! ¡Virgen Inmaculada! ¡Sacudimos nuevamente su mano, saludamos al periodista, dimos la media vuelta y partimos! *Unidos da Mangabeira* se replegaba por un callejón desolado. Pasamos junto a un batallón de muñecos agazapados tras las murallas. Eran topos de paja vestidos con chaquetillas, con fe gorra reglamentaria y un fusil de madera, aunque muchos sólo tenían la gorra y alguna rama de sauce que hacía de carabina. De cualquier modo, desde la selva, nos habían parecido soldados auténticos apuntando sobre el río.

Ni siquiera nos molestamos en buscar el Pozo de Escucha o los andenes del tren subterráneo. Mucho menos, el cráter de la explosión. La fortaleza podía ser una trampa a punto de volar otra vez, había deslizado Beбето. Con la moral por el suelo, nos retirábamos de la fortaleza vacía. También con un poco de alivio. Al fin y al cabo, pensé, jamás habíamos entrado en combate. La guerra era un asunto que resolvían los otros. El ejército se dividía en dos partes. Los que se hacían cargo de la pelea y los tipos como nosotros. Era una regla de hierro. Con Beбето nos habíamos cansado de verlo. Cualquier herido del hospital terminaba por admitirlo. Había pelotones enteros que en el curso de una batalla no disparaban un tiro. Avistaban al enemigo y quedaban petrificados. A la larga combatía un triste cinco por ciento. Deslomados por el calor, ahora buscábamos la salida. Era una verdadera suerte no tener que andar a los tiros. Solamente Universo se molestó. «¿Se puede saber adónde vamos?», dijo tomándonos por los hombros. Estábamos en las entrañas de un inmenso rancharío. Costaba imaginarse que hasta pocas horas antes, aquello hubiera sido realmente un dormitorio enemigo. No dejaba de ser insólito: nosotros charlando como si nada en aquel callejón barroso. Era un grupo de compadres tras una noche de juerga, dilatando la despedida bajo el farol de la esquina. Yo me senté en el suelo. «Doble triunfo de la industria británica...», refunfuñaba Universo. «¿Se puede ser tan hijo de puta? ¿Oyó eso, padrecito?», le dijo a Beбето. «Si no hacen más que vendernos basura...». Silvaninha parecía aburrída. «¿No ven que los tenemos a tiro?», volvió a reclamar Universo. Beбето lució vacilante. Matar a Sampson y al periodista no parecía imposible. Cuando llegaran los tipos de la corbeta, ya estaríamos en la selva. Nuestro amigo, al parecer, aún seguía bebiendo. «¿Vamos a irnos así como así?», preguntaba Universo. «Dos tiros serán suficientes», porfió. Beбето miraba hacia Sampson. Por un momento pensé que lo haríamos. No había más que concentrarse en el blanco. Trescientos metros, calculaba Universo. Ya me vi cuerpo a tierra, poniendo todo el optimismo posible para acertar el disparo, sin ladear la cabeza ni parpadear un instante, el brazo izquierdo bien relajado y la mejilla posada en la cachetera como indicaba el manual de tiro.

Pero Bebeto salió del trance y continuamos la retirada, finalmente rendidos a la evidencia: alguien deseaba estirar la guerra hasta lo imposible, dejar escapar a los topos cuantas veces fuera preciso para mantener las ventas en alto o algo por el estilo. Pronto estuvimos afuera, lidiando con la maleza. Recordé la época de las maniobras, cuando vagábamos a la deriva por la falta absoluta de mapas y ni los oficiales sabían dónde nos atraparía la noche.

«Estoy mareado», dijo Bebeto, mientras bajábamos hacia el río; «La falta de sueño», indicó Universo. «Ayer la pasé mal todo el día», reveló Bebeto. «Estuvo pensando», gruñó Silvaninha sin que su hermano pudiera oírla. «Cuando le viene una idea, enseguida le agarra el mareo», explicaba ahora a Universo. En eso llegamos a la ribera. Sólo entonces descubrimos una brutal humareda. Eran nuestros acorazados que rebasaban la fortaleza, la mejor tecnología de Europa en procura del Gran Nidal. ¿Y las famosas cadenas? No vimos que nadie quedara atascado. Sólo era una florida jornada de amena revista naval. De repente todos los barcos descargaron su artillería contra el bastión de los topos. «Una ofensiva es fuego que avanza», había dicho Universo cuando citaba a los chinos. Por fin yo entendía la frase. Continuaron disparando hasta perderse de vista. Una isla quedó envuelta en llamas por efectos del cañoneo, bajo la siniestra luz mañanera. El aire olía a resina hirviente y a carne de topo estofado. Bebeto miraba absorto este ataque a escala real. Por un instante, supongo, se habrá imaginado en la Mesa de Arena, sentado en el banco alto que dominaba el paisaje y transmitiendo las órdenes del jefe de operaciones.

Decidimos que ya era hora de retornar a la selva.

Este fue, me parece, el instante preciso en que *Unidos da Mangabeira* amenazó hacerse añicos. «¿Y ahora?», murmuró Silvaninha. Pronto estalló la disputa. ¿Cuál sería el próximo paso? Había tres alternativas. Mientras Bebeto bregaba por retornar a Lomas da Bananeira, yo proponía seguir hasta el Nidal de los topos. Universo tenía su propio plan: dirigirse a la sierra del Chirigüelo para cobijarse entre amigos. A nadie se le escapó que su verdadero propósito era encontrar la escuelita, pero no brindó explicaciones. Universo había perdido su antigua locuacidad. Ahora esquivaba el tema de sus alumnos. Empezamos a sospechar que tal vez conocía algo nuevo que se negaba a compartir con nosotros, a lo mejor un rumor obtenido en aquellos encuentros furtivos que, según Bebeto, solía mantener en la selva con alguno de sus congéneres desde nuestra partida a San Bernardino. En cuanto a mí, contaba con buenas razones para elegir el Nidal. La guerra sólo podía concluir en la capital de los topos. Parecía el sitio perfecto para subir a los barcos que nos llevarían a casa. Pero Bebeto era de hielo. No dio ningún argumento para sostener su propuesta de volver a Lomas da Bananeira, reducto de la Brigada a cargo del sargento mayor Madureira, Mamulengo para nosotros.

Silvaninha, ni por asomo, pensaba que alguien pudiera desear el retorno a la Sexta Brigada Aérea (la única que hubo en toda la guerra, pero los macacos llegaban al mundo sabiendo multiplicar), de modo que se la agarró con su hermano. Sólo éste podía tragarse el cuento del Setembrada Segundo. Del submarino ni hablar. A continuación la disputa se concentró en Mamulengo. ¿Qué podíamos ganar entregándonos otra vez a ese negro macumbeiro? Bueno, macumbeiro fue lo menos que dijo. Luego de un cruce violento, Bebeto zanjó la disputa haciendo valer su rango. Era lo peor que podía hacer con su hermana, que arrojó sobre Bebeto todas las malas palabras aprendidas durante la guerra. Este no dio marcha atrás y respondió con la misma moneda. Cuando menos lo imaginábamos, la vida de la familia Monteiro desfilaba ante nuestros ojos con pasmosa nitidez. No se privaron de nada. Vinimos a saber de un tirón que su mamá era negra y que a Bebeto le daba vergüenza salir con ella a la calle. Que los únicos claros de la familia eran Silvaninha y Bebeto. Que los padres los preferían a ellos, como era de suponer. Que Silvaninha, en un tiempo, no solo se teñía de rubio hasta la cotorra sino que pintaba también las trenzas de su muñeca bautizada Maribel. Que el resto de los hermanos tiraba más bien a negro. Que aunque el padre era un portugués de Madeira, la madre era mala de vientre, de modo que casi todos los hijos salían negros motudos. Que había sido Bebeto el primero en llamar negro de mierda a uno de sus hermanos, según declaró Silvaninha. A lo cual replicó Bebeto que se limpiara la boca antes de criticar al ejército (nadie lo había hecho, pero así era una discusión con Bebeto). Que si tanto le gustaban los negros, por qué vivía cogiendo con blancos, con lo cual vine a ligarla yo. Silvaninha repuso que seguiría encamándose con quien se le diera la gana. Que los negros no terminaban aún de sacarla cuando ya estaban pidiendo plata a la chica. Pero que nada autorizaba a Bebeto a decirles negros de mierda a sus hermanos de sangre. Que el mayor negro de mierda que conocía ella era el tal Mamulengo. No había nada peor, según Silvaninha, que darle poder a un negro. Ahí nomás se volvían despóticos y arrogantes, pues no estaban acostumbrados ni a mandar al gato de la familia. Así transcurrió, en resumen, aquella reunión fraternal. No sé por qué discutían tanto si en el fondo estaban de acuerdo: los negros les jodian la vida, con excepción de su madre. Aunque tampoco esto parecía claro. La vieja también tenía su historia, según fue surgiendo después. Que siguiera por ese camino y acabaría como su madre, previno Bebeto a su hermana. Ante lo cual Silvaninha le acertó una escupida en la cara. Total que debimos intervenir para quitársela de las manos. Cuando la saqué de su lado, Silvaninha temblaba como una hoja.

Más tarde me confesó que su madre estaba enferma. Bueno, tenía sífilis. Le pregunté quién tenía la culpa. Ella meneó la cabeza. Su madre seguro que no. Quizá tampoco su padre. Éste no era ningún *garanhão*, que en opinión de Universo (quien oficiaba de traductor cuando a Silvaninha le daba por expresarse al uso de

Mangabeira) no quería decir nada más que putaño o cafiólo o alguna cosa como ésa. Para Nemesio Monteiro, la única mujer de su vida había sido la madre de Silvaninha, una señora con todas las letras, una negra de alma tan blanca como una copa de nieve. Ésta vivía para sus hijos. Cuando la pobreza recrudecía, trabajaba como ama de leche. De modo que la infección, como suele ocurrir a veces, se la había pegado un bebito rubio, de las mejores familias de Mangabeira.

«Para un hombre es tan fácil...», suspiró Silvaninha en mis brazos. «Se buscan una negrita y ya está. Pero nosotras estamos fritas», dijo entornando los ojos. En Mangabeira bastaba con desvirgarse a una negra para sacarse de encima la peste. De pronto me pilló el pánico. ¿Y si yo también la tenía? Recordé una confesión de Beбето cuando íbamos en el globo. A Silvaninha la había violado su padre. Solamente me lo decía para que fuera bueno con ella. Ahora me pregunté si era cierta la historia del bebito blanco. O si el padre la habría violado como simple depurativo. Ambas cosas podían ser verdaderas. El bebito había fregado a doña Damacena Monteiro, ella se la había pasado a su esposo y éste se había acostado con Silvaninha obligado por las circunstancias. Al menos fue lo que sostuvo Beбето, quizá para disculpar a don Nemesio Monteiro. ¿Qué iba a ser de nosotros? Tal vez el mal se había esfumado sin dejar ningún rastro. Tal vez fuera santo remedio, eso de desflorar a una virgen, fuera negra o *mulatinha*. Una vez resuelto este punto, me sentí bastante mejor. Silvaninha rezaba de espaldas, de modo que la abracé con cuidado. ¡Cómo rezaba mi socia! Era como estar abrazado a la Santísima Trinidad. Sentí que algún aliento divino también protegía mi cuerpo. Así me fui adormilando.

«¿De veras le gustan mis tetas?», exclamó ella al rato. «Por no mencionar el *cuzinho*», dije dándole un beso. «No sé», comentó ella. «Si vamos a hablar de culos, tenemos que hablar de las negras. El culo de estas mujeres es una escultura de Dios», añadió a continuación. Tenía la cara bañada en lágrimas. Era obvio que pensaba en su madre. Sólo entonces pude ver lo triste que estaba esa chica. Aunque parezca mentira, en el fondo, los macacos tenían debilidad por los negros. Ahora el desvelado era yo. No se movía una hoja. Silvaninha por fin se durmió. Resolví abandonar la hamaca para reunirme con Universo, que vigilaba en un bordo.

Esa noche estaba de guardia. «No, señor», murmuró al cabo de un rato. «Ya nadie quiere ser negro. En un tiempo viví en San Pablo. Los negros que conocí se pasaban la vida procurando pasar por blancos. Si uno quiere casarse con alguna de sus hijas, le revisan hasta los dientes y el culo para comprobar que sea blanco legítimo». Él también cargaba su cruz, desde que Sampson, como al pasar, había incluido a Universo en el renglón de los negros. No es que lo hubiera insinuado ni nada. Simplemente lo había dado por hecho. Al verlo tan ofendido, Sampson se había deshecho en disculpas. Pero Universo estaba furioso. «Para éstos cualquiera es negro», le oí rezongar por lo bajo. Negros, lo que se dice negros, eran los del morro

del Quilombo.

Los Patas Blancas también teníamos negros, aunque nunca se supo del todo el destino de aquella gente. Un día salió ese tema en el curso de la comida. Todavía nos encontrábamos en Lomas da Bananeira. Eran los tiempos del globo. «¿Qué pasó con los negros de ustedes?», me preguntó Silvaninha. Sólo entonces se me ocurrió que aquella gente iba en camino de convertirse en fantasmas. Ya apenas veías alguno en las afueras del campamento. «Mueren mucho en combate», fue la deducción de Universo. Beбето meneó la cabeza. «*Negro não marre: desaparece*», fue su teoría final.

De modo que estábamos en el bordo, dejando que transcurriera la noche. No saben lo que era esa madrugada, con tantas estrellas encima y el vaho a rocío fresco que manaba de la espesura. Fue entonces cuando Universo sacó a colación su escuelita. Me contó miles de cosas de su vida de maestro. También habló de la vez que avistaron al Setembrada en el cielo.

Estaban en plena clase cuando el globo surgió en la ventana. Hasta entonces todo venía tranquilo. Los chicos aletargados luchaban contra la siesta, mientras el sol entibiaba la escuela. Universo ya se había sacado de encima la parte odiosa, como ser la tabla del cuatro. Ahora se despachaba a su gusto sobre vida y milagros de la floresta, sin fastidiarse un segundo por la deserción de los niños. Universo proseguía imperturbable. Nunca se molestaba en averiguar si estaban allí o en la galaxia de Andrómeda. Aquella tarde se ocupó del guardián de la selva, que si habías cometido el pecado de tumbar un árbol de balde te forzaba a vagar para siempre sin hallar el camino de vuelta a tu casa. A continuación se explayó sobre el pájaro pintado.

Fue una lección magistral acerca del urapira, que ni bien despegaba el pico todo quedaba en silencio y la bicharada del bosque se precipitaba a escucharlo. Esto despertó de inmediato la curiosidad de Pancho Goyena, que planeaba dedicarse hasta el fin de sus días a capturar tucanes y loros. Pero el resto de la clase continuaba inmovible, de manera que Universo se abocó a Pancho Goyena. Pero éste también renunció, en cuanto supo que al urapira resultaba imposible agarrarlo vivo, que si lo agarraban quedaba mudo y que en todo caso moría en el día. Visto lo cual Universo siguió hablando consigo mismo. Tenía a los niños sentados en semicírculo. Cada tanto los instaba a escuchar el canto lejano del urapira o el tam tam de los monos en la espesura, los chimpancés desgarbados del Chirigüelo a los cuales de repente, como a nosotros, se les daba por palmotear en un tronco hueco, cosa que los ponía infinitamente contentos, al punto que pronto estaban marchando en hilera por aquellos senderos de niebla que nunca llegaban a ningún lado.

Bueno, éste era el clima en la escuela la vez que apareció el Setembrada. Un chico surgió del sopor y le apuntó con el dedo. No hace falta describir lo que vino

después. Salieron al patio como una estampida de capibaras, sin que Universo hallara la forma de hacerlos volver de nuevo. Ahí se quedaron toda la tarde, por si el globo retornaba.

Eso era lo que contaba Universo, la noche de guardia en el bordo.

De pronto, a falta de algo mejor, ahora nos limitábamos a seguir a Universo, al que sólo parecía inquietarle la suerte de sus alumnos. Aceptamos sin chistar el nuevo cambio de rumbo. ¿Qué podíamos perder? Lanzarse detrás de una escuela parecía inofensivo. Dimos por hecho que así nos iríamos alejando del frente. Nunca llegamos a suponer lo contrario. Ni siquiera Bebeto se puso difícil. Andaba de capa caída después de San Bernardino. El golpe de gracia le había llegado durante aquel aparte con Sampson, a la vista de la goleta británica que se aprontaba a evacuarlo junto con el enviado del *Times*. Bebeto le volvió a preguntar por su viola. Sampson meneó la cabeza. Apoyó compasivamente las manos en los hombros de Bebeto. El Setembrada se había hundido en el río, a poco de romper sus amarras en Lomas da Bananeira. De milagro no lo había matado. Sobre cómo llegó luego a la fortaleza, jamás explicó una palabra. Bebeto enmudeció de dolor. En el fondo, creo que Sampson le había tomado afecto. Tal vez por eso inventó la historia del Setembrada Segundo.

Pronto íbamos de pueblo en pueblo preguntando por la escolita. Universo empezaba a angustiarse. Todas las pistas llevaban hacia los bosques de Aquibadán. Aquellos chicos sólo podían hallarse en los Batallones de Dios, o sea las fuerzas de retaguardia, la cuña que habían deslizado los topes entre su ejército en retirada y las tropas de la Alianza.

Universo tenía firmes indicios acerca del destino de sus alumnos. Una vez había llegado a la escuela una comisión de los topes que andaba en tren de reclutamiento. El oficial encargado se refirió a las ventajas de pertenecer al ejército. Era el capitán Balmaceda. Enseguida desempacó el uniforme que usaba para sus charlas. Era un modelo copiado de la guardia del Palacio de Buckingham, especialmente cortado en París para los Cabeza de Mono. Había pertenecido a un teniente de la escolta del Mariscal.

Luego de exhibirlo a la clase, colgó la percha en el frente. Para coronar su faena, colocó sobre la mesa los zapatos del uniforme. Universo no pudo menos que echar un vistazo a los pies del capitán. Éste andaba descalzo. Sólo de mayor para arriba se conseguían zapatos. Tampoco llevaba uniforme. A esa altura de la guerra, una camiseta marrón era lo único que distinguía a un oficial de los topes. Balmaceda interceptó esa mirada sin manifestar su fastidio. Ya estaban acostumbrados a combatir en pelotas. En nuestro bando era distinto. Cualquier oficial de la Alianza se habría metido un balazo antes de entrar en batalla en las condiciones de un topo, lo cual debía multiplicarse por diez en el caso de la escuadra. Los marinos eran los peores.

Cuando se hundió el *María da Gloria*, sólo quedaron a flote el grumete y el comandante. Dado el irreversible naufragio, ambos se fueron nadando a la costa. El grumete propuso que se quitaran los pantalones para nadar algo más sueltos, pero el comandante arguyó que su rango le vedaba llegar en calzoncillos a tierra.

De modo que Balmaceda, de acuerdo con Universo, había retirado las balas de la recámara para dejar que los escolares acariciaran la carabina. Si alguien quería una como ésa, no tenía más que decirlo. Deberían portarla durante las marchas, para entregarla a un tirador en el momento oportuno. Por el momento, ésa sería su única obligación. Esto defraudó a Pancho Goyena, que ya maquinaba algo. De cualquier forma siguió atentamente la charla de Balmaceda, que ahora empezaba a explayarse acerca de grados y disciplina. A Pancho le quedó en claro que mientras un cabo podía dar cuatro palos y un sargento quince a lo sumo, los oficiales gozaban de cupo libre. Balmaceda dijo de paso que ya tenían quinientos chicos bajo bandera. Dicho lo cual entró a describir un típico día de campamento, sin olvidar el almuerzo. Éste fue un argumento clave. A esa altura los chicos sólo tenían en el estómago el jarro de mate cocido preparado por Universo. El capitán estimó que el objetivo estaba cumplido y se retiró de la escuela.

Universo lo alcanzó junto al mástil. ¿De veras pensaba que aquellas criaturas podrían servirle de algo? Balmaceda lo examinó fríamente. No sólo pensaba eso: eran lo mejor del ejército. Por empezar, jamás discutían las órdenes. Raramente desertaban y no conocían el miedo. Tampoco pedían sueldo. Ejecutaban a un prisionero sin tantas vueltas. Encima buscaban leña y ayudaban en la cocina. Eran elementos irremplazables en las misiones suicidas, capaces de cualquier cosa con tal de marchar adelante. Eso venía muy bien para caso de emboscada. Balmaceda aprovechó para reclamarle a Universo su apoyo incondicional. Para mañana quería una clase acerca del Mariscal. Luego reanudó su camino sin dejarlo abrir la boca.

Al otro día una patrulla retornó por Universo. Lo sacaron en plena clase, cuando éste machacaba hasta perder el aliento sobre la resta con decimales. Del Mariscal ni palabra, como quedó demostrado. Fue la última vez que Universo estuvo frente a su clase. En adelante, ya nadie pudo volver a la escuela. A los alumnos les informaron que la zona estaba sembrada de explosivos quiebrapatas. Al poco tiempo los chicos empezaron a desaparecer de sus casas, levantados por grupos de Balmaceda. Que no eran otra cosa que chicos como ellos armados hasta los dientes. El show del capitán Balmaceda tenía un exclusivo propósito: marcar a sus próximas víctimas. Quedaban afuera los menores de siete y las niñas poco agraciadas. Para esto no había nada mejor que ir de escuela en escuela.

Unos cuantos se enrolaron por su propia iniciativa, corridos por la pobreza. Un chico lo resumió de este modo: «Comen los que tienen un arma». Entre los

voluntarios figuró Pancho Goyena, que ya maduraba la idea de liquidar a su padre.

Era difícil creer que los topos fueran en retirada, mucho menos con un batallón de criaturas a cuestas. Pero desde la orilla se palpaba el desastre. El río bullía de barcos que retornaban del Gran Nidal. Eran cargueros aliados con el botín del saqueo. A esa hora la capital de los topos ardía por los cuatro costados, aunque nosotros aún lo ignorábamos. Cada tanto, pasaba una cañonera encargada de mantener el tránsito en orden.

Una mañana, mientras hacíamos la comida, dos buques de la flota de guerra fondearon frente a nosotros. El acorazado *Maracaná* y su correspondiente barco de apoyo. Esa vez le tocaba cocinar a Silvaninha, quien dejó la cuchara en el aire. Beбето dijo que nos aprestáramos a disfrutar de algo bueno. Del otro lado del río había un destructor guaraní, que no era precisamente una joya de guerra sino una balsa rasposa remolcada por un bote o eventualmente por nadadores desnudos. Al centro tenía un cañoncito fijo. Apuntar el cañón era un drama: la balsa debía enfilarse al milímetro, aún contra la corriente. O sea que, en lugar del cañoncito, apuntaban la propia balsa. Una vez conseguido esto, el acorazado era blanco seguro. Sólo restaba un problema: los proyectiles de hierro fundido se hacían polvo contra las chapas de acero, así que los topos no tenían otro remedio que disparar a las *portinholas*.

Había tantas probabilidades de meter un disparo por uno de aquellos boquetes como que Mamulengo se transformara en el vizconde de Cambuquira, de manera que en la flota nadie perdía el sueño por eso. Digo, durante los días del globo, cuando todavía volábamos sobre Lomas da Bananeira y el *María da Gloria* era la reina del río. Una tarde, sin embargo, el cañonazo de un destructor guaraní acertó contra la malla de acero de una de sus *portinholas* de popa. Que justamente pertenecía al comedor de oficiales del *María da Gloria*, quienes se habían reunido a brindar por el cumpleaños del almirante. El proyectil del 68 se redujo a tiras muy delicadas sobre la malla de acero, que inundaron el comedor como avispas enardecidas. Fue una carnicería en regla, que eliminó personal de cuatro barcos distintos. A partir de aquella masacre, en cuanto surgía un destructor guaraní, los de la escuadra entraban en pánico. El cielo se recubría de Luces de Angustia que ardían sin pausa, incluso después de posarse en el agua. Las ametralladoras abrían fuego. La noche desbordaba de lamentos, como si las almas de los pantanos hubieran salido a la superficie chorreando camalotes y lodo, hasta que retornaba la oscuridad y todo volvía a la calma.

Nada indicaba, en consecuencia, que tendríamos un almuerzo tranquilo. Guarecido entre la arboleda de las orillas, el destructor guaraní se aprestaba para el ataque. El *Maracaná* permanecía fondeado con total indiferencia, a corta distancia del enemigo. ¿Qué podía turbarlo? Era capaz de hundir cualquier cosa, fanfarroneaba

Bebeto. Por el contrario, aún no se había inventado nada que pudiera mandarlo a pique. Bebeto ya se había olvidado de su *María da Gloria*. Pero en el fondo tenía razón. En definitiva, un acorazado era nomás una excusa para mantener cañones a flote, que de sólo escucharlos te tiraban el ánimo al piso, pues cada disparo era un tren al infierno que pasaba volando por encima de tu cabeza.

«¿Nos darán tiempo a comer?», preguntó Silvaninha, que continuaba con el almuerzo. Su menú, desde el arranque, se había limitado a dos platos: sopa guisosa y guiso soso, aunque ella lo llamaba *fricassé*. Mientras Silvaninha limpiaba un dorado, fuimos a pescar a la orilla. Desde ahí se divisaban los topos que preparaban su asalto. Eran cerca de doscientos. La balsa ya se mecía en el agua. Yo sabía de sobra lo que vendría, al punto que apenas me interesaba mirarlo. En determinado momento, uno de aquellos sujetos se plantaría en la balsa, mientras otra veintena de sus compadres abordaban un par de botes y el resto se zambullía en el agua. En unos instantes apenas, la fuerza de choque pondría rumbo al acorazado. Todo iría tranquilo hasta que los avistaran del *Maracaná*. Entonces sus dos ametralladoras entrarían en acción. Si los topos ya estaban cerca, prácticamente toda la dotación de los botes caería acribillada, lo cual no resultaría tan grave pues un nuevo grupo de nadadores tomaría de inmediato sus puestos. En este punto, quizás, empezaría una urgente maniobra para colocar en posición de tiro al destructor guaraní. Es posible que esto les costara a los topos otro par de tripulaciones. El artillero era el único a salvo de la metralla. Agazapado tras un chapón herrumbroso, buscaría desesperadamente una *portinhola* en la mira de su cañón. A medida que se acercaran al barco quedarían fuera de alcance de la metralla. Con los cañones no había problema. La artillería del *Maracaná* estaba pensada para algo más que una balsa.

Pero pronto se haría presente la peor amenaza del río: uno de los monitores de apoyo que iban detrás de la escuadra. La escolta del acorazado ya llegaba a hacerse cargo. Su proa surgiría de golpe por detrás del *Maracaná*. Era un barco de acero negro que apenas sobresalía del agua, el arma secreta de los aliados, el barco de casco invisible que mandaría a los topos al otro mundo. Ya estaba sellada la suerte del destructor guaraní. La torreta giratoria buscaría la balsa con amorosa dedicación. A lo sumo, un cañonazo de prueba; el segundo la haría saltar por el aire. De los topos en el agua no quedarían ni rastros. Algunos alcanzarían la costa del Chaco. El monitor volvería a su puesto con un suave zumbido de máquinas, mientras Silvaninha sacaba la olla del fuego y nos llamaba a los gritos.

Al día siguiente tuvimos una visita. Se trataba de la madre de Clarisa Talavera. Llevaba un par de semanas pisándonos los talones, tan pronto circularon rumores del

retorno del maestro. Clarisa era la abanderada de quinto. En cuanto divisó a la mujer, Universo rompió en llanto. Ella se abrazó a sus rodillas. Oímos que lo trataba de padre, como estilaban los topos con sus propios oficiales, como el mismo Universo acostumbraba hacer con nosotros. Otra mujer que venía con ella le cubrió las manos de besos. Era la madre de Pancho Goyena. Ambas iban en busca de los Batallones de Dios. A diferencia de otras mujeres que se habían lanzado detrás de los chicos sin pensarlo demasiado, éstas habían optado al principio por permanecer con el resto de la familia. Ahora marchaban detrás de su inexorable destino. Universo, de barba negra, camisa de hilo de cocotero, medio sombrero de paja y piernas al aire que todavía portaban un pantalón en hilachas, parecía un Jesús de los trópicos impartiendo consolación.

De la escena fueron testigos los hermanos de Clarisa. El pelotón de pequeños permanecía distante. Aquellas actividades no anunciaban nada bueno. Algo se estaba incubando. Sus vidas ya eran lo suficientemente embrolladas como para no preocuparse. Hasta que una belleza de ojos enormes se desprendió a la carrera y se aferró a su mamá. Los otros llegaron despacio. A partir de entonces, todo varió de ritmo. La mujer se apartó con sus hijos para despedirse de apuro. Los abrazó uno a uno, peinándolos con la mano. Era lo único que parecía a su alcance. Desde que habían llegado al mundo, no registraba un momento sin verse haciendo algo por ellos. Al final los empujó hacia el camino. Lo más difícil fue la pequeña. Luego se perdieron de vista. Total que pronto seguíamos viaje tras los Batallones de Dios. Las mujeres venían junto a nosotros. El tiempo se había compuesto. Hasta Bebeto lucía mejor. Ahora cambiaba opiniones con la madre de Clarisa como si llevara de nuevo el timón. Era difícil desanimar a un hombre de Mangabeira. «Con éstos no se gana para sustos», comentó Silvaninha. Se refería a Universo y Bebeto. Había dos días de marcha hasta los bosques del Aquibadán, donde los topos se congregaban para la batalla final. Para Bebeto, esta misión no era otra cosa que el retorno triunfal de *Unidos da Mangabeira*. A lo largo del trayecto, Universo y las mujeres irían codo con codo, dándose fuerza entre ellos mientras intercambiaban historias acerca de aquellos chicos. Calculé que al llegar a destino sabríamos tanto sobre Pancho y Clarisa que sobraría para hacer varios libros.

Clarisa llevaba medio año fuera de casa. Cuando ya todos la daban por muerta, a su madre le habían llegado noticias de los ausentes. Otro alumno de Universo había logrado fugarse de los Batallones de Dios. En realidad, se había dejado el arma por el camino y lo hicieron volver a buscarla. Se llamaba Belarmino. Retornó sobre sus pasos a través de la espesura, sin intención de encontrarla. Contra lo que había supuesto al principio, aquel cachivache peligroso e incómodo no le había deparado demasiada diversión. La guerra, hasta donde Belarmino podía saber, era dolor de

oídos y clavícula machucada. Además, una sed abrasadora en medio del tiroteo. Cada uno de sus disparos aún le resonaba en los tímpanos. El dolor del hombro lo despertaba de noche. Rogó que alguien se hubiera llevado el arma, pero ésta seguía de pie contra un árbol. De cualquier forma pasó de largo, sin amagar levantarla. Sólo se hizo de un palo para espantar a los monos arrebatadores que pululaban junto al sendero. Subsistió a bananas y mangos. Al cabo de una semana en la selva le dio por imaginarse que cometía un error. ¿Y si en su casa ya no quedaba nadie? Ahora vagaba en círculos. El asunto era volver a los Batallones sin que lo fusilaran.

Aquella noche sintió una quemazón en el cuerpo, como si la piel estuviera en llamas. No le sorprendió en lo más mínimo. Recordó que el maestro se había referido en clase al cazador de leones que se cubría de manchas cuando acechaba entre las tinieblas y de pronto experimentaba el cimbronazo del miedo. Esto venía desde el pozo de los tiempos, una reacción primitiva para confundirse con el terreno. Melanosis de miedo, había dicho Universo, aunque a Belarmino se le había borrado el nombre. Su cabeza era un sumidero. No le quedaban los números ni las palabras difíciles, aunque sabía perfectamente lo que había querido decir Universo.

Pero por la mañana no había en su piel ninguna huella de ronchas. Apenas abrió los ojos exploró detenidamente su cuerpo y luego siguió durmiendo. Una mujer lo halló bajo un árbol, a medio kilómetro de la escuela. Enseguida lo condujo a su casa, donde le dio de comer lo que pudo. Antes de caer dormido otra vez, Belarmino reveló su odisea en los Batallones. Refirió lo sucedido desde que otro grupo de niños lo había arrancado de su cama para llevarlo a la rastra. Lo mismo había ocurrido esa noche con los demás de la escuela. Al cabo de unos días de marcha, arribaron al campamento. A las chicas les asignaron esposos y a él lo mandaron a la cocina. La única indicación fue que debía cocinar ligero. Si el enemigo descubría el humo, sería el único responsable. Belarmino se tomó el aviso en serio y pasó a convertirse en un cocinero muy rápido. Luego le tocó trabajar de burro, lo cual implicaba transportar el equipo de otro soldado más viejo. A éste lo mataron durante una emboscada, de modo que Belarmino heredó el fusil. Ahí empezó su calvario con el dolor de los tímpanos. De Clarisa sólo podía decir que estaba perfectamente. Ahora esperaba un hijo del capitán Balmaceda. Pero a la dueña de casa le interesaba la suerte de Pancho. ¿Todavía estaba vivo? Belarmino no estaba seguro. Pertenecían a distintas unidades. El problema era que Pancho ya era toda una leyenda, aunque ninguno de los rumores podía tomarse al pie de la letra. Decían que echaba pólvora en el mate cocido para reponer el valor y que había alcanzado el grado de comandante. Pero Belarmino llevaba unos cuantos meses sin verlo. A otro chico lo habían matado a hachazos por pretender escaparse. Todos pensaban que este trabajo había corrido por cuenta de Pancho. A esa altura de su relato, a Belarmino le pesaban los párpados. Luego cayó en el mutismo. Jamás volvería a tocar su vida como soldado. Pero aquello fue

suficiente para que la mujer saliera corriendo en busca de su vecina, la madre de Clarisa Talavera.

Pero en aquellos momentos, mientras nosotros marchábamos con Universo en busca de sus alumnos, Pancho no estaba precisamente en la gloria sino entregado al uruguayana, la última revelación de los topos en materia carcelaria. La sesión llevaba seis horas. Todo había empezado en la Leonera, un paraje del campamento reservado a los castigos. Era posible, incluso, que aún continuara allí. Pero Pancho no hubiera podido jurarlo. Hasta donde atinaba a expresarlo, sus despojos rodaban por la inmensidad de la noche, reducidos a puro dolor. Por un tiempo había sentido la presión de un fusil contra el rostro, que se hallaba metido entre sus rodillas. Pero eso ya era historia. Sus miembros se habían ido apagando de a poco. Ahora sólo quedaba una mano flotando en el espacio remoto. Ella también, estaba seguro, acabaría por esfumarse. Ese cuerpo devastado que en sus diez años de vida le había jugado tan sucio, hoy lo estaba dejando solo por culpa de sus pecados.

Cerró despacio la mano para probar su funcionamiento. Pero entonces, como un milagro, la mano de Universo Morales apareció entre sus dedos. Ya no estaba en la Leonera sino en la escuela del Chingúelo. «Estoy dormido», supuso. De acuerdo: estaba soñando. Era lo mejor que podía pasarle a un reo del uruguayana. Lo bañó una luz apacible. Había un ruido de fondo. Era el murmullo del aula en una mañana de otoño. Universo hacía una cuenta en el suelo. El pizarrón funcionaba directamente en el piso. Era una cama de arena suave, hecha con cuatro tablones. Cada tanto, Universo borraba lo escrito y apisonaba la arena húmeda con un palo de amasar. Los chicos miraban absortos la superficie borrada, mientras Universo la llenaba de nuevo con sus rasgos diminutos. El pizarrón era un sitio promiscuo. Junto a las cinco vocales y la silueta del urapira se desplegaba la funesta tabla del siete. Cada uno vigilaba su zona. Para el novato Pancho Goyena había una gran mayúscula. Era la primera P de su vida. Universo trabajaba con un alambre afilado que hacía las veces de tiza. Entretanto, Pancho no lo soltaba del brazo, esperando el momento propicio para atraparle la mano.

Era el primer día de clase. A Pancho le dolía la panza. Esperaba con desazón la hora de la salida. Podía pasar cualquier cosa. Aquella misma mañana, había sufrido un ataque. Ni bien entraron al aula, el Hombre de Quinto le había aplastado el pie. Pancho Goyena, que por entonces sólo tenía seis años, había soportado en silencio aquel ataque bestial. Se hallaba contra la puerta, paralizado de horror. Sus ojos buscaron inútilmente a Universo. Este ni siquiera podía verlo. De su enemigo brotaba un hedor selvático, mientras seguía aumentando la presión de su pie.

Sus peores premoniciones no habían hecho más que cumplirse. Había pasado una noche de perros, atorado por las preguntas. ¿Se reirían de él en la escuela? ¿Y si les daba por mirarlo todo el tiempo? ¿Y si le achacaban alguna cosa? ¿Y si al final

resultaba que nadie quería hablarle y el maestro lo detestaba?

Para Pancho Goyena, la vida había ido hasta entonces sin mayores sobresaltos. Sus tribulaciones jamás habían pasado de alguna pesadilla difusa o la sombra de una alimaña contra la pared de su cuarto. En cambio ahora estaba amenazado de muerte. Eso había dicho su agresor entre dientes. Pancho no sabía muy bien el alcance de eso, pero pensó que el Hombre de Quinto sería capaz de todo. Aunque sólo le llevaba cuatro años, su agresor lo duplicaba en altura. A Pancho le parecía increíble que nadie notara su espanto. La clase continuaba su curso. Universo seguía hablando como si nada. Todo el mundo estaba en la suya. Otro alumno pasó junto a Pancho y lo miró con indiferencia. A lo mejor eso era la muerte: que alguien metido en apuros se tornara invisible a los ojos de los demás. «No es nada», dijo su madre esa noche, sobándole la patita. «Te dieron un pisotón».

Morir era dejar de ser visto. ¿Acaso en su propia casa no había escuchado algo por el estilo?: «Ya van a ver cuando yo me muera...», solía decir su padre. «¿Qué vamos a ver?», había susurrado Manuela al oído de su madre. Ella la hizo callar. Que el viejo está por morirse, arriesgó Pancho Goyena, para inquirir a continuación si en tal caso podría quedarse con el machete de cabo negro. Eso le costó una paliza y aquella noche se quedó sin comer.

De modo que aprovechó para pensar un rato en la muerte, mientras estaba en la cama. ¿Cuándo se daría por muerto a alguien? ¿En qué momento preciso uno podría disponer de sus cosas?

Pero la primera en morir fue su madre. Algo se la llevó de repente, tal vez una enfermedad. Fue una idea de Pancho, pues nadie le había explicado nada. De pronto sobraba espacio en la casa. «Para mí esta mujer está muerta», le había oído decir a su padre. Pero Pancho comprendería a la larga que la muerte era distinta. En definitiva, su madre sólo se había ido de casa. Dicho de otra manera, los había abandonado. Ahora dormían los tres en el colchón de su padre, su hermana menor en el medio, con el camisón de batista. Pancho recibió un día la orden de hacer abandono del cuarto. Lo último que alcanzó a percibir fue el terror de Manuela. Ella tenía nueve años. Pronto sus gritos llegaron al patio. Pancho ya estaba sentado en el umbral de la puerta. Tenía el perro a su lado. Al escuchar a Manuela, el perro lanzó un gemido. Luego reapareció su papá. Manuela irrumpió en el patio con instrucciones de no llorar y de lavarse en el pozo. Entonces llegó el turno de Pancho. Lo que vino después prefería olvidarlo. Cuando quedó solo en la pieza, pensó que quizá la muerte no fuera tan mala como había supuesto en todos aquellos años, desde aquel lejano primer día de clase en que el Hombre de Quinto le reventaba el pie contra el suelo mientras lo arrinconaba contra la puerta y amenazaba matarlo.

Pero ya no estaba en la escuela sino en el suelo barroso de la Leonera. Un lloriqueo a

su lado lo trajo de vuelta a la realidad. Tal vez era un prisionero. Dedujo que éste debía hallarse en su misma situación. Pancho sólo veía el pedazo de suelo donde asentaban sus pies. El otro detenido estaba con alguien. Pancho identificó esa voz acogedora. Era un cura del campamento, encargado de interrogar prisioneros. El detenido protestaba entre lágrimas: jamás había dicho algo así; tampoco que perderían la guerra. El cura no lo apremiaba; solamente le suplicaba resignación. «Sáqueme de aquí...», rogó el prisionero. «Cálmese, hijo mío...». «Le juro que nunca...». «Vamos a rezar los dos juntos...». «Padre, déme un poco de cucumelo...». «El cucumelo es pecado...». «El capitán Balmaceda me da...». «Eso es distinto...». «¿Por qué?». «Ustedes lo necesitan para el coraje...». «Ahora preciso coraje...». «No. Ahora debes tener la cabeza limpia para encontrarte con Dios».

La Leonera no daba abasto. Los topos llevaban un par de semanas arribando al Aquibadán. En las últimas horas habían desfilado tres regimientos con un arreo de pobladores. A su paso quedaba un tendal de traidores destinados al uruguayana, cuya ejecución correría por cuenta de los Batallones de Dios. A continuación, éstos deberían permanecer en el sitio a la espera de los aliados, mientras el grueso de los topos se replegaba hacia los bosques. Entre tanto, el uruguayana operaba a pleno. Era realmente práctico. Los detenidos quedaban solos. Pero la Leonera no pasaba de ser una barraca ruinoso. A su llegada al Aquibadán, los alumnos de Universo solían mirar desde lejos ese antro misterioso, mientras buscaban con disimulo a los culpables de su desgracia. Belarmino, por ejemplo, no hacía más que indagar por el encargado de su secuestro para volarle la cabeza de un tiro.

Sin embargo, no sucedió nada de eso. Un día el chico se le acercó en son de paz, con una pelota en sus manos. ¿Quería jugar un rato? Belarmino lo reconoció de inmediato. Era el mismo que lo había arrancado de su casa a punta de carabina. El chico estuvo muy parco. Únicamente arguyó que se había visto obligado a hacerlo, prediciendo que Belarmino andaría pronto en lo mismo. De cualquier modo, sostuvo, cualquier cosa era preferible a que llegaran los negros y lo usaran de esposa, para luego meterle un tiro. Belarmino no tenía ningún interés en pasar a ser la esposa de nadie y mucho menos de un brasilero, así que su bronca se fue diluyendo, hasta que un día se vieron en la canchita ubicada tras la Leonera e incluso hicieron juntos un gol.

A esa altura, los alumnos de Universo ya tenían mucho más claro lo que significaba vivir a presión. Viviana Cornejo, por dar un caso, una chica de tercero, había logrado fugarse. Iba junto a su compañía en busca de agua potable cuando hizo que se apartaba para orinar. Como a la noche seguía ausente, Balmaceda despachó una patrulla a su casa. Ahí quemaron el rancho con sus abuelos adentro. De acuerdo con los rumores, el jefe de la patrulla había sido Pancho Goyena.

Lo mejor que podía pasarles era que los mandaran a la Leonera. Era la única

forma de librarse del servicio. Eso pensaban los infelices. El propio comandante Goyena consideraba al uruguayana como un castigo liviano. Era un método expeditivo que podía ser aplicado incluso en operaciones. Una vez dejaron a un chico en la selva con intenciones de recogerlo más tarde. Pero sólo a la semana siguiente se descubrió que aún continuaba en el monte. Fueron corriendo a buscarlo pero el chico ya estaba muerto. Ni siquiera consiguieron retirarle los fusiles. Era un nudo de carne y huesos enredado en las carabinas. Todos empezaron a culparse a gritos. Nadie hubiera imaginado que esto podría ocurrir.

No había nada peor que el uruguayana. Era preferible que te despellejara las bolas y después te las sumergieran en ácido. Pero nadie lo sabía realmente hasta que estaba en el baile. Al parecer, no pasaba de una variante sencilla de todo lo visto hasta entonces para mantener inmóvil a un tipo. Siempre habría dos fusiles a mano y algunas correas de cuero crudo. Esto disimulaba su verdadera naturaleza. Al uruguayana recién se lo descifraba cuando a uno le llegaba su turno. Era fácil subestimarlo. El propio Pancho Goyena, cuando lo hicieron sentar en cuclillas con el rostro entre las piernas, se limitó a unas inspiraciones profundas, como si fuera a participar en alguna competencia. Le ordenaron que pusiera sus manos por detrás de la cintura y enseguida se las ataron. A continuación deslizaron un fusil por debajo de sus rodillas y cruzaron otro sobre su nuca. Finalmente amarraron ambos fusiles por los extremos, con unas tiras de cuero crudo que fueron tensadas al máximo. Ahí comprendió su error. El fusil sobre la nuca y el que tenía bajo las corvas lo prensaron como un matambre. Pancho sintió que le restallaban sus vértebras cuando su cara quedó aplastada contra la carabina de abajo. Debió de haber comprendido entonces que el objetivo era picarlo en pedazos y botar su alma a los perros, pues había sido testigo de cosas que ninguna criatura humana debería haber visto jamás. Un cosquilleo frío fue trepando por sus miembros y se extendió por el cuerpo. Pronto aquel entumecimiento se transformó en puro dolor. Sus piernas muertas le hundieron el pecho. Los ojos le saltaron de las órbitas. Su cuerpo se fue vaciando entre orines, vómitos y oídos sangrantes. Fue entonces cuando sus despojos terminaron por remontarse hacia las regiones heladas. Tal vez este proceso había llevado unas horas, pero la cabeza de Pancho vagaba perdida en el Tiempo. Tuvo el momento de paz mencionado cuando al fin logró deslizar su mano en la palma de Universo. Para entonces, el Hombre de Quinto era sólo un mal recuerdo. Lo invadió el murmullo del aula, el sol irrumpiendo por la ventana de otoño, la fragancia a tierra húmeda del pizarrón recién alisado. Pero todo finalizó con la voz de Balmaceda. El aula saltó en pedazos. Nuevamente se vio agazapado en el piso de la Leonera. Estaba en poder del uruguayana. El capitán le ordenaba a un soldado que apretara otro poco los nudos.

Pancho infirió que Universo le había soltado la mano.

Pero él mismo se lo había buscado. Nadie le había mandado meterse entre los dientes del lobo. Con sólo arrestar a Tristán, todo hubiera sido distinto. Estaba completamente seguro. Por algo había sido en un tiempo el comandante Goyena. De eso habían pasado mil años.

Sin embargo, apenas eran dos días. Ése era el tiempo que llevaba en la Leonera. Concretamente, desde la mañana del sábado. Recordaba confusamente sus últimas horas de comandante. Se había despertado pensando si el día iba a empezar como siempre, o sea matando a alguien. Pronto debió salir de patrulla al frente de un pelotón. Junto a él, según la costumbre, se desplazaba el comandante Tristán Caballero. Aunque éste le llevaba unos años, ya eran inseparables. El clima de rivalidad y sospecha que reinaba en los batallones había forzado a diversas alianzas. Ahora pululaban las bandas. Las peleas internas recrudecían. Era difícil saber cómo nacía una banda. Bastaba con haberse juntado para algún operativo. Estaban, por dar un caso, los que habían quemado vivos a los abuelos de Viviana Cornejo, que ahora comían solos. Luego estaba la banda de los subcomandantes y otra que había diezmado un pueblo. También estaban los hermanos Chumbita. Eran unos hermanos que habían recibido el encargo de ejecutar a sus propios parientes. Por lo general, nadie ocultaba sus muertes, pero callaban las violaciones.

A Pancho le enfurecían las bandas. Esto se lo debía a su madre. Ella le había enseñado a cuidarse de las malas compañías. Los que andan siempre juntos terminan por parecerse. En un tiempo había integrado una pandilla. Planeaban saltar una verja para husmear en un sitio prohibido. Nunca supo claramente por qué debían hacerlo. Era una casa antigua, rodeada por jardines espesos. Pancho sólo esperaba que adentro no hubiera un perro. A la vuelta de la escuela solían pasar por ahí. Entonces guardaban silencio y aceleraban la marcha. Nunca pasaron de eso, pero llegó a tomarle horror a la casa. Andaba tan asustado que un día terminó por echarse llorando en los brazos de su mamá, al tiempo que confesaba todo. Ella sólo le dijo que debía buscarse otra compañía para volver de la escuela.

Luego ella se fue con un tipo y Pancho ya no tuvo con quien hablar estas cosas. Con el tiempo volvió arrepentida, pero Pancho ya estaba en los Batallones. Ahora ella lo andaba buscando. De haberlo sabido, la vida de Pancho hubiera tomado otro rumbo. Se había ido tras Balmaceda con la idea de procurarse una carabina para matar a su padre. Pero ahora no hacía falta. Apenas supo lo de Manuela, su madre se la había llevado a lo de Clarisa Talavera. Enseguida volvió a su casa y esperó que su marido se fuera a dormir la siesta. Entonces lo ejecutó a martillazos y lo tiró en el aljibe. Se llamaba Enriqueta Goyena. Ahora venía junto con nosotros rumbo a los bosques de Aquibadán. Ella misma nos reveló esa porción de la historia. Esperaba que, a pesar de todo, su hijo estuviera bien en los Batallones de Dios.

Pero Pancho vivía en peligro. Era el responsable de todas las fugas. Su peor

dilema, por el momento, era que Tristán Caballero también pensaba evadirse. El mismo Tristán le había confiado su idea. Conocía la situación de su jefe. Por lo tanto le había propuesto que se escaparan los dos. Se lo había dicho mientras iban de patrulla, aquella mañana en que Pancho se había despertado pensando si el día iba a empezar como siempre, o sea matando a alguien.

Pancho no quiso escucharlo. Era imposible salirse de los Batallones de Dios. ¿A dónde iban a ir? Tenían fama de criminales. Las propias madres del Chirigüelo acababan de maldecirlo. Una de ellas le había enrostrado desde la orilla que incluso después de muerto seguiría pagando sus crímenes. En ese momento, Pancho la tenía en la mira. Debía mantenerlas a raya. Por orden de Balmaceda, las mujeres debían guardar distancia. Para el capitán, eran un problema insoluble. Sabía que algunos chicos cruzaban el río de noche para llevarles comida. Esas mujeres eran una bomba de tiempo, por eso «quería espantarlas. Pancho vivía haciendo disparos al aire. Pero a nadie se le ocurría que fuera capaz de tirarles. Sin embargo, Tristán Caballero tenía malos presagios. Al ver que Pancho seguía apuntando, lo empujó con indignación. Era el único capaz de hacer algo así con el favorito de Balmaceda. Por la cuarta parte de eso, Goyena hubiera empezado a los tiros. Sin embargo, ahora sólo dio media vuelta y se alejó del lugar.

Llevaban seis meses juntos. A la llegada de Pancho, Tristán había sido el primero en hablarle. Se reencontraron al cabo de mucho tiempo, luego de aquella temporada en la escuela. Tristán se convirtió en su instructor. La misma tarde de su llegada, Pancho se había visto obligado a participar en una limpieza de prisioneros. Balmaceda no perdía un minuto en extirpar todo prurito acerca de la matanza. Como Pancho tardaba con el gatillo, Tristán lo mantuvo bailando a la vista del capitán. Pero a la hora del rancho ya eran amigos y Tristán le dio de su plato.

Ahora pretendía fugarse. Por la noche se apareció junto a Pancho. Este ya estaba acostado. Era la hora perfecta para pasar junto a los centinelas dormidos y dejarse llevar por el río. Pero el comandante Goyena se negó a acompañarlo. No pensaba desertar sin haber solucionado el asunto de su padre. Permanecieron un rato en silencio y cambiaron un abrazo. Cuando su amigo se retiró, ya no pudo cerrar los ojos. Había dejado partir al único amigo que le quedaba. Su amistad llevaba cuatro años. En su momento, Tristán había sido la criatura de raza humana que más terror le había causado.

Recordó aquella remota mañana de clase, cuando Tristán Caballero le puso la pata encima mientras juraba matarlo. Entonces Pancho ignoraba su nombre. Ese día empezaba la escuela.

Volvió a su casa muy pálido, sin atreverse a contarle. Ni siquiera el propio Universo llegó a saberlo jamás. Correría mucho tiempo hasta que el Hombre de Quinto se marchara de sus pesadillas. Ahora Pancho lo había dejado escapar y quizá

lo fusilarían por eso.

Así fue el paso de Pancho por los soldaditos de Dios. Al menos fue lo que Pancho le reveló a Silvaninha, mientras dejábamos venir la mañana sobre un pequeño banco de arena surgido en medio del río. Ahora voy a explicar cómo fuimos a dar ahí. Pero antes quiero decir que aquello era un retazo muy pálido de lo que realmente ocurrió, pues jamás llegará a conocerse la verdadera historia de Pancho en los Batallones de Dios. Supongo que aquella bola no dejará de crecer. La leyenda de Pancho Goyena, el azote del Chirigüelo.

Hay gente que a cierta altura ya no puede torcer su destino, le dije luego a mi socia en tren de filosofar. Pancho ya estaba dormido. Nadie puede cambiar el destino de nada, argumentó Silvaninha. No es cierto, repliqué yo. Universo habría podido cambiar la suerte de Pancho, siempre que Tata Dios lo hubiera dejado. «*Quem pode, pode; quem nao pode, se sacode*», se limitó a murmurar mi socia. De cualquier modo ésa fue la historia que oímos de los propios labios de Pancho, la noche de nuestra llegada al Aquibadan. No era el mejor momento para entrar en confidencias. Una tormenta de fuego pendía sobre nosotros. La Alianza batía la zona. Creo que a esa altura, los últimos topos sobre la tierra eran menores de quince años. Al resto los habíamos matado nosotros, en opinión de Bebeto.

Apenas tres horas antes habíamos desembocado sobre la margen del río donde acampaban las madres. Éstas gritaban llamando a sus hijos. Era noche cerrada. Muchas se lanzaron al agua, seguidas por Universo. Enriqueta Goyena fue a la cabeza de todas. Supusimos que Bebeto habría hecho lo mismo. Jamás volvimos a verlo. En cambio Universo volvió con Pancho. Debió pasarlo en canoa, pues éste apenas podía tenerse. Lo había sacado de la Leonera. Pancho sólo llevaba unas horas afuera del uruguayana. De inmediato Universo volvió a cruzar al otro lado para traer nuevos chicos. «¡Nos juntamos río abajo!», le oímos gritar desde el agua. Pancho nos salvó aquella noche. De lo contrario Silvaninha habría ido detrás de su hermano y yo la habría seguido. Pero con Pancho junto a nosotros resolvimos marchar río abajo. De la docena de planes desplegados por Universo y Bebeto, parecía el único en pie: un punto de reunión río abajo en el desbande nocturno. A esa altura ya no sabíamos cuál de los dos era peor. Universo podía pasarse el día hablando como el general Sun Tzu, pero ni siquiera había sido soldado ni conocía San Bernardino ni había estado cautivo ni había integrado las filas de nadie ni mucho menos de los Cabeza de Mono. Sólo era un maestro del Chingüelo que andaba detrás de sus chicos.

El agua bullía de Luces de Angustia. Las cañoneras pasaban haciendo estragos. Disparaban a cualquier cosa que se moviera en la orilla. Sobre los Batallones caía fuego graneado. En un respiro de la artillería alcanzamos a oír el llanto de un soldadito que clamaba por su mamá. Fue el único chico al que sentimos llorar. Luego

sabría por Pancho que nadie lloraba nunca entre los soldaditos de Dios. A los llorones los agarraban a culatazos desde el principio. Además del llanto del chico, pudimos oír un gallo. En las noches de combate, los gallos cantan fuera de hora. Luego se reanudó la batalla y decidimos meternos al agua. Nos dejamos ir río abajo, tomados de una balsa que encontramos en la playa. El agua estaba templada. Navegamos a la deriva a través de la noche. A lo lejos resplandecía el furor de los cañonazos. Hubiéramos seguido así hasta la salida del sol, pero un banco de arena se ocupó de atajarnos. Quedamos varados en medio del río. El banco estaba lleno de ramas. En ese punto el río era inmenso. Parecía un sitio adecuado para esperar el amanecer. Resolvimos trepar a la balsa. Luego nos abrazamos para entrar en calor. Silvaninha estaba temblando. El cuerpo del comandante Goyena se percibía tenso y lejano.

Por la noche me despertó varias veces el murmullo de aquellos dos. Mientras permanecimos allí, se la pasaron hablando. De pronto ella le enseñaba a decir el nombre de nuestra patrulla. Era su forma de serenarse. Estaba intranquila por la suerte de Beбето. Por Universo también, aclaró. A la salida del sol, decidió, iba a llamarlo a Sao Diño. Si uno lo invocaba tres veces, aparecían las cosas perdidas. A propósito, agregó: en cuanto estuviéramos juntos de nuevo, propondría un cambio de nombre. ¿Por qué *Unidos da Mangabeira*, había preguntado Pancho. Bueno, porque Beбето jamás consultaba nada cuando algo se le ponía entre cejas. Ella le hubiera puesto algo más inspirado, tal vez alguna palabra digna de figurar en un verso, como *Corafoes Unidos o Inimigos da Tristeza*.

Una cosa llevó a la otra y enseguida estaban hablando de Clarisa Talavera. Era una sombra en el aula, la clásica chica perdida entre los bancos del medio. Si alguien la recordaba de golpe, era para joderle la vida. Hasta Pancho Goyena, en algún momento, se había considerado en derecho de tironearle las trenzas. Silvaninha ya se la imaginaba. Era como verse en el espejo. Se la pasaría callada, dejando lucirse a los chicos. Exactamente, admitió el comandante Goyena. Esta era Clarisa. No le hubieran preguntado algo en clase así se sacara el hombro mientras levantaba la mano. Era imposible verla reírse: sólo una vez que la disfrazaron de pájaro. Luego, en los Batallones, Pancho apenas se la había cruzado. Era esposa de Balmaceda. Estaba durmiendo poco, alcanzó a decirle ella una vez que se encontraron. De día estaba en servicio y por la noche, el hombre podía llamarla en cualquier momento. Intercambiaron secretos de veteranos. Ella también masticaba pólvora, no para recobrar el coraje sino para que no la preñaran. Al igual que todo el mundo, se drogaba con cucumelo, esos pequeños hongos que brotan después de la lluvia en la bosta del cebú. Mientras oía las palabras de Pancho, me pregunté si la madre finalmente la habría encontrado. A continuación Pancho sacó del bolsillo una bolsita de cucumelo que repartió entre los tres. Masqué despacio mi parte y recosté la cabeza en la balsa dispuesto a soltarme un poco. Las pobres estrellas del río relumbraron

como soles. Ahora estábamos los tres estábamos boca arriba.

Los maestros no saben nada, suspiró Silvaninha. A la hora de hacer preguntas, siempre eligen a un chico. A ella, cuando era pequeña, la disfrazaban de *beija-flor*. A Beбето lo vestían de león. No dejaba de ser cómico. Después de todo, Beбето vivía en brazos de Silvaninha. Era lo peor que podías hacerle a una nena: ponerle un hermano a cargo con mil recomendaciones, haciéndola responsable de todo lo que pasara.

Me quedé con la imagen de Silvaninha vestida de *beija-flor*, mientras luchaba con la fatiga al tiempo que me hundía en un pozo. Soñé que ella venía rodeada de *batuqueiros* por la Calle del Caboclo. Los tambores atronaban la selva. Pero mi atención estaba pendiente del río. Algo se deslizaba por el fondo pegajoso, entre los árboles sumergidos y unos delfines rosados provenientes del Amazonas. ¡El submarino de Carolina que había rentado la Alianza! Su torreta negra emergía cerca del banco de arena, oliendo a río fangoso. La escotilla se abría despacio y aparecía la cabeza de Sampson. «*Calma no Brazil*», decía lo más sonriente, mientras el agua bullía en la hélice como un festín de pirañas.

Pero no se trataba de un submarino sino de una cañonera de la Alianza. Los tres despertamos de golpe. Al incorporarnos de un salto, la vimos prácticamente encima. De inmediato nos tiramos al agua, lo cual fue un error estúpido. Eso puso en aviso a los tipos. Era lo único que precisaban para derrochar unas balas. Lanzaron dos o tres ráfagas, sin molestarse siquiera en bajar un poco la marcha. Sentí un impacto seco. Silvaninha se dobló junto a mí. Comprendí que le habían dado. Sólo atiné a sostenerla mientras nos íbamos a la deriva. Pancho se ubicó al otro lado. Creo que ambos ya lo sabíamos. Pero ninguno quería soltarla. Su cuerpo bien relajado flotaba perfectamente y era fácil llevarla. El cielo estaba muy claro. La luz de la cañonera se perdía en la distancia. Nosotros íbamos también río abajo. No se movía una hoja. Era una noche redonda.

Por un momento le descubrí una sonrisa. Fue debido a la luna que rebotaba en el agua. La última vez, si se quiere, que la vería hacer eso. Era la sonrisa de costumbre, cuando yo entraba en la carpa y Silvaninha se despertaba. Nunca puteaba ni nada. Por despacio que me acostara, siempre ocurría lo mismo. Baluceaba alguna cosa, buscaba mi hombro con la cabeza y se dormía como una piedra. Ya lo dije mil veces. Si tuviera que hacer una lista de las cosas que me gustaban de ella, pondría al frente de todo aquella sonrisa suya en la mitad de la noche.

Eso se me ocurrió mientras íbamos al garete. Mi cabeza era un infierno. Debía tomar una decisión. Ganar la costa con Silvaninha o dejarla hundir en el agua. Pero estaba tan asustado que hasta pensé en suicidarme. Abracé cuanto pude a mi socia, en busca de alguna señal. Recordé el cuadrado del Niño Dios que colgaba sobre mi cama: «No hay nada que entre tú y yo no podamos arreglar». Pero esto ya no tenía remedio, de modo que la dejamos ir lentamente. Mi socia se deslizaba con elegancia hacia el

fondo cenagoso, rumbo al reino de los delfines provenientes del Amazonas. Hasta en eso mostraba su clase. Algo de mí se iba con ella. Por un instante pensé en seguirla. Me aterraba la idea de haberla soltado con vida. «Estaba muerta», murmuró Pancho, como si adivinara mis pensamientos. Pensé en invocarlo a Sao Diño, el santo de las cosas perdidas. También pensé en Mangabeira y en la coronación del Rey Congo. Lo que hubiera dado yo por salir de la pesadilla, Lo que hubiera pagado, supongo, para que sólo fueran efectos del cucumelo. Lo que hubiera dado por verla otra vez, quizá recostada en la hamaca a la siesta mientras Universo me daba clases de tiro o bajando de los morros como reina de la sambada. Incluso en plena macumba, sudando al ritmo de los tambores, enchastrada con sangre de gallo y temblando de la cabeza a los pies, los ojos medio perdidos y la ropa hecha pedazos, dando mordiscones al aire antes de caer desmayada junto al Menino Jesús.

IV

Samba de Silvaninha

Eso es todo por ahora. A lo mejor en el curso del viaje, vayan surgiendo otras cosas. Voy por el río rumbo a mi casa, en un carguero de los aliados. Acabo de ver un arroyo donde nos bañábamos con Silvaninha. La noche viene en camino. Por los costados del barco pasan flores gigantes que superan el metro de diámetro. Ha terminado la guerra. El aire hiede a *victoria regia*, como diría Universo. Es la hora del crepúsculo, cuando uno va con la mierda al cuello, o sea triste y vacío y sin ambiciones y sin saber qué hará de su vida. El único remedio posible sería tenerlos cerca a esos dos. Hablo de Silvaninha y Bebeto, que siempre aportaron su magia. Hay veces en que sólo te salva la música. Una noche como ésta, mientras Silvaninha bailaba semidesnuda a la luz de los relámpagos, se me ocurrió que a los topos debía pasarles lo mismo. No por nada, en Lomas da Bananeira, iniciaban su recital a esa hora fatídica. Ahora entiendo a Bebeto, que gritaba despavorido al soñar que su *viola caipira* venía cayendo desde el espacio. Ya no lo puedo recordar de otra forma que abrazado a su guitarra, sentado en el suelo con las piernas entrecruzadas mientras brotan de su boca silbidos y tarareos y las notas de todos los instrumentos que conoció en Mangabeira. Dicen que un instrumento termina por parecerse a su dueño. Creo que algo así sucedía con esa viola, empezando por las minúsculas cicatrices que le marcaban la caja, cada uñazo recibido de la gente que alguna vez le puso las manos encima.

Estoy solo en la cubierta de popa. No queda un alma a la vista. Como diría mi madre, sería el momento justo de abrirles mi corazón, de revelar de una vez para siempre lo que significó aquella chica, si fue el amor de mi vida y todo eso. ¿Qué podría sumar a lo dicho? ¿Que no podía dejar de mirarla? ¿Que no podíamos funcionar sin el otro? Bueno, no pienso decir nada de eso. Ni siquiera me nacería decírselo a Silvaninha. A ella sí le salía, porque era romántica y todo. Pero jamás andaba pidiendo que uno le dijera nada. Solamente una vez, en lo mejor del asunto, quiso saber si me gustaría algo nuevo. Algo como qué, dije yo. Cualquiera cosa, aclaró Silvaninha. Bueno, para mí todo estaba perfecto. Silvaninha insistió. Francamente, no me salía nada. Ella pareció desilusionada. ¿De veras que nada de nada? ¿Algo para romper la rutina? ¿Alguna pose bonita? Bueno, ahí estaba el problema. A mí me encantaba la forma en

que venían las cosas. Luego era lindo quedarse en hamaca hablando de *Boa Mesa*. Otra lo habría tomado como un desprecio, pero Silvaninha al final se sonrió. Tal vez hubiera debido decirle que ella nunca tendría que hacer nada distinto. Si se me hubiera ocurrido. Pero mis palabras nunca llegan a tiempo. Por inexperiencia, supongo. Estuve con cuatro chicas sin contar a Silvaninha. Las tengo perfectamente contadas. Nada del otro mundo, seguro. De una sólo recuerdo sus piernas frías, era como estar casado con una gallina mal desplumada, una de aquellas mujeres que viven contándote cosas: me depilé, me indispuse, tuve diarrea toda la noche.

Vengo de un pueblo horrible. Acostarse con alguien, más que un acontecimiento, era un verdadero milagro. Mi hermano jamás me perdía los pasos. Si alguna vez llegaba a encamarme, decía, iban a darme un pergamino firmado por todo el pueblo. Lo malo, por el momento, era que tenía razón. El hijo de puta siempre daba en el clavo. Yo me quedaba callado. Nunca fui de hablar mucho, lo cual irritaba a mi madre. Ella hubiera preferido un hijo que no se emboscara en el cuarto y que le abriera su corazón. Una vez, cuando limpiaba mi pieza, dejó una revista sobre la cama: la gente era puro espíritu y siempre salía adelante. Desde entonces me di un atracón de novelas. No pienso volver a hacerlo. Me parece que los libros y las revistas sólo te arruinan la vida. Si llego a tener un niño, no dejaré que toque esas cosas. Que no se imagine jamás que luego todo se arregla al estilo de los libros.

De modo que sigo camino a casa, donde nadie baila el batuque ni anda prácticamente en pelotas ni tiene santitos negros. Vaya a saber si llegue. Tal vez me tire del barco y vaya nadando a la costa por la estela que deja la luna cuando despunta en el río. Es posible que estemos cerca de Zarapelho, donde pescábamos bajo la niebla mientras Silvaninha cebaba pirañas con sus bolitas de arroz. Entonces, si alguien rompía el mutismo, era exclusivamente para pedir un anzuelo o un fósforo. El máximo palabrerío posible podía llegar a esto: «¿Y si algún día vamos de picnic hasta la chacra de los zapallos?». Ahí se cortaba todo. El autor de la iniciativa continuaba con su pesca, mientras el resto maduraba la idea en silencio. Desde luego, nunca lo hacíamos. A propósito: ¿qué será de la vieja que retozaba contenta al vernos pasar en el globo? Una noche soñé con ella. El Setembrada cruzaba el cielo entre las palmeras y los pollos huían desesperados. Ahora pienso que si uno camina hacia el este, tal vez consiga dar con su chacra.

Pero lo más seguro es que permanezca en la costa, tendido sobre la arena mientras recobro el aliento. Si es que llego a tirarme del barco. Siempre lo pasábamos a gusto en esa pequeña playa. Era el único sitio donde podíamos considerarnos al abrigo de la guerra, incluso a la vista del enemigo. Cada uno pescaba en su zona y nadie buscaba roña. Una sola vez, que yo sepa, se quebró la paz del domingo. Un coronel de los topos fue arrimado a la escuadra por la comente. Se había pasado la tarde pescando al garete, yendo de aquí para allá en el bote. Al comandante del *Tabuleirinho* se le

acabó la paciencia, asumiendo que se trataba de una insufrible provocación. Luego de aguantarlo tres horas a la vista de su barco, le zampó un metrallazo rasante. El coronel acabó en nuestra costa con una pierna pendiendo de un hilo. Una patrulla de Mamulengo lo condujo al hospital. Bebeto fue el encargado de rematar el trabajo.

Aquella noche el coronel pidió noticias del bote y preguntó por su pierna. Bebeto le hizo saber que aún estaba en la enfermería. El coronel preguntó si podría darle un vistazo. Bebeto se la alcanzó en una caja de municiones que depositó junto a la cama. El coronel preguntó si podía tenerla un rato. Bebeto asintió con un gesto y se marchó de inmediato. Al cabo de media hora, Bebeto volvió por la pierna. El médico era muy obsesivo en materia de amputaciones. Uno jamás debía olvidar que estábamos prácticamente en los trópicos, sobre todo tratándose de una pierna. Capaz que a los veinte minutos se marchaba por su cuenta. «Ya es hora, mi coronel», dijo Bebeto. El coronel mantuvo silencio. Ni siquiera la había mirado. Sólo quería tenerla cerca. «Me la tengo que llevar», dijo Bebeto después. El coronel de los topes permanecía de cara hacia la pared. «Proceda, soldado», dijo finalmente con voz tranquila, pero era imposible saber lo que pasaba por su cabeza.

De todos los mundos posibles, hay uno al que vuelvo y vuelvo. Lo malo es que ya no existe. De cualquier forma cierro los ojos y hago de cuenta que vamos cruzando la bruma. Las voces de abajo se pierden. La tarde se ha descompuesto. El Setembrada se bambolea. Cuando dejemos los nubarrones, el gas volverá a calentarse y tendremos una buena trepada. Ahora podría decirse que ha terminado el ascenso. A veces resulta difícil averiguarlo. ¿Cuándo se sube realmente? ¿Cuándo se empieza a caer? Apenas nos vemos las caras. Sólo se distinguen las sogas que sujetan la barquilla. Permanecemos colgados en el vacío. «Creo que estamos bajando», murmura Johnny de pronto. Para establecer la verdad, Bebeto suelta el papel de un caramelo. Si el papelito se va para arriba, estamos perdiendo altura; de lo contrario, no hacemos más que subir. Cuando flota junto a nosotros, es porque estamos de nuevo inmóviles. Entonces yo alargo la mano y recupero el papel.

«¿Qué pasaría si uno se tira?», le pregunté una vez a Universo en el desayuno, mientras inflaban el Setembrada y Mamulengo bailaba a los percherones. Mi pregunta era puramente académica. «Que abajo no llega nada», fue la contestación de Universo. «¿Cómo que nada?», objetó Johnny Sampson. «El cuerpo se disgrega en el aire», explicó pacientemente Universo. «A tierra no llega más que una lluvia de moléculas». «Estás loco», dije yo. «Le digo que sí, padrecito. Por culpa de la fricción», insistió Universo. «Si uno viene desde tan alto, se cocina como un bife». «¿De dónde sacaste eso?» intervino Bebeto. «Lo dice la física», sostuvo Universo, que había sido maestro en el Chirigüelo.

Por una vez en la vida, Bebeto mantuvo cerrada la boca. Jamás se le habría

ocurrido que uno pudiera terminar achicharrado, por más que viniera en caída libre desde el Reino de los Cielos. Seguro que estaba pensando si con su viola sucedería lo mismo.

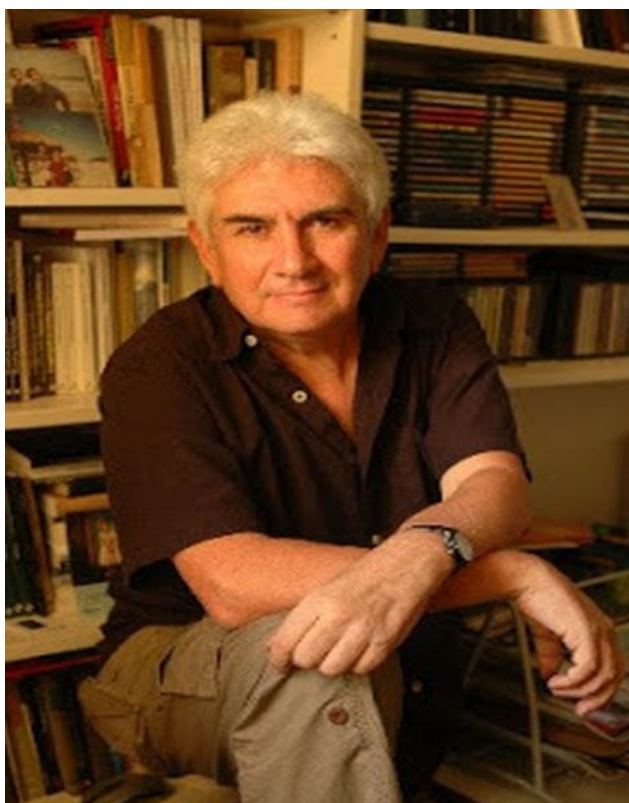
Pancho Goyena ha retornado a cubierta. Llevamos veinte minutos mirando el agua. Casi no hemos abierto la boca. Admito que la culpa es mía. Nunca sé de qué hablarle a un pibe. Quieren jugar cuando uno está reventado y hacen preguntas incontestables. Es inútil mostrar interés. «¿Qué pasó hoy en la escuela?». «Nada». Luego uno sabe que explotó el edificio o asesinaron al director. La vez que comentan algo, nadie sabe qué contestar. «María no quiere ser mi mejor amiga». ¿Qué se puede decir entonces? Mi hermana siempre salía con eso. Claro que éstos son diferentes. Sólo Dios sabe qué piensan. Te acuchillan con la mirada. A lo mejor están planeando matarte, pero se dejan conducir de la mano.

De cualquier forma lo llevo a casa. Ya me imagino a mi vieja cuando aparezca con él. «No quiero verte caer por acá con un hijo», dijo toda la vida. Ni pensar en lo que diría de aparecerme con Silvaninha. De algún modo este chico es lo único que guardo de ella, junto con la medalla que aún cuelga de mi cuello. Algo pasó en el corazón de mi socia al encontrarse con Pancho. Pude verlo en su mirada esa noche del banco de arena. Pancho tiritaba de frío. Ella no halló nada mejor que ponerse a contarle un cuento. Todavía me lo acuerdo. Era del tiempo en que no existía la noche y había sol a destajo. Debe haber sido una mierda, vivir al sol todo el tiempo. «*No principio, nao havia noite: día havia todo tempo. A noite estava dormida ñas profundezas das aguas*», empezó a contar Silvaninha con esa voz medio ronca y dulzona de reina de la sambada. Siguió en la misma línea hasta que el comandante cayó dormido en sus brazos. Pronto lo siguió Silvaninha. De veras, parecían dos ángeles. Para entonces, me parece, algo había pasado con Pancho. Por lo pronto, su cara lucía distinta. Supongo que fue a partir del momento en que Silvaninha le reveló el final de su padre. Su madre lo había vengado y ya no necesitaba seguir con la carabina. Silvaninha se lo contó de un tirón, sin omitir detalles. Supongo que ya estaría resuelta a quedarse con Goyena. Últimamente ella sólo pensaba en dos cosas: inaugurar la cantina y encargarse «*um bebezinho*» conmigo. Llevaba un tiempo con eso. Venía haciendo las mil y una para terminar preñada en la hamaca. Quería probar una pose. Era otra fórmula garantizada de su tía abuela Matilde, que andaba por el décimo niño. «¿Y si lo tenemos antes de abrir *Boa Mesa?*», susurró junto a mi oreja. «Ni loco», repliqué yo. Entonces ella hizo *biquinho*, que es cuando las criaturas fruncen los labios como para hacer un puchero. «De acuerdo. Pero yo arriba», tuve que decirle al final.

Vamos a ver qué pasa.

La gestación de *Setembrada* requirió de amistad, lecturas y asesoramientos varios. Debo expresar mi gratitud a Andrés Rivera, Alberto Díaz, Guillermo Saccomano, María Fasce, Guillermo Schavelzon, Mónica Herrero, Fernando Esteves, Ricardo Capellano, Miguel Ángel Inchausti, Mercedes Sacchi, Rodolfo Fogwill, Adriana Kanzepolsky y May Lorenzo Alcalá.

Como a noite aparecen, el cuento que Silvaninha le narra a Pancho, es un fragmento del Génesis de los antiguos sudamericanos, según José Vieira Couto de Magalhaes, un general que también participó en la guerra del Setembrada.



EDUARDO BELGRANO RAWSON. Es un escritor, periodista y guionista de historietas argentino nacido en la ciudad de San Luis (provincia de San Luis) en 1943.

En 1961, con 18 años, se trasladó a Buenos Aires a estudiar cine. Luego se dedicó a escribir historietas y, finalmente, al periodismo. Según cuenta: «Me vine de San Luis a Buenos Aires cuando terminé el secundario, supuestamente a estudiar. Luego hice, como debe ser, ese inevitable paso fugaz por Derecho. [...] Cuando había llegado a la mitad de la carrera me dediqué al periodismo, estudié cine y también escribí guiones de historieta para las famosas revistas de Editorial Columba. Con seudónimo, claro».

De 1975 en adelante hizo varios viajes a Tierra del Fuego, lo que serviría de inspiración para su novela *Fuegia*, que trata sobre el exterminio de los indígenas de esa zona. Como periodista, ha trabajado en la revista *Primera Plana* (años 1960), en el diario *La Opinión* (años 1970) y en la revista *Temas y fotos*.

Entre sus obras, cabe citar: *Fuegia* (1991), *Noticias secretas de América* (1998), *Setembrada* (2001) y *El sermón de la victoria* (2012).